

BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
COLEGIO DE HISTORIA



LA “AVENTURA MEXICANA” EN OAXACA A TRAVÉS DE LA MIRADA VIAJERA
(1857-1867).

TESIS PRESENTADA PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADA EN HISTORIA

PRESENTA:
TANIA AVENDAÑO ARIAS

DIRECTORA:
DRA. ÉRIKA PANI BANO

JUNIO 2018

Agradecimientos

Agradezco a la Academia de Mexicana de Ciencias y al proyecto *Verano de Investigación Científica* por confiar en mí al aceptarme como becaria dos ediciones continuas.

Particularmente en la edición del año 2015, en el que conocí a Érika Pani, quien desde el primer momento me apoyó en la elaboración de este proyecto orientándome en la bibliografía, observaciones y atención general sobre el proceso.

A mis docentes del Colegio de Historia por contribuir a mi formación académica con su particular enfoque sobre la disciplina y en este sentido a la formulación de esta investigación.

Debo un agradecimiento al Mtro. Pablo Acuahuitl por despertar en mí el interés por los registros visuales de viajeros decimonónicos.

Muy en especial agradezco al CEDART “Miguel Cabrera” porque contribuyó en gran medida a mi interés por las Humanidades, el arte y particularmente a la Historia. Asimismo a mis entrañables amigas Kenia, Isabel, Liliana y Natalia, y muy recientemente a Jacqueline, próxima colega.

Quiero agradecer a mis padres Salvador y Carmen que estando en otro estado supieron apoyarme en la distancia, al igual que mi hermano compañero en la vida y en el camino de las humanidades. Esta tesis no puede dejar de agradecer a mis abuelos: Avelino, Reina, Angélica y Bonifacio, quienes me han demostrado los favorables resultados de la perseverancia.

Finalmente esta tesis está dedicada a los hombres y mujeres que por interés personal o profesional dan continuidad a la práctica viajera en estos tiempos.

Gracias a los grandes descubrimientos casi simultáneos de la brújula, de los instrumentos ópticos, de la imprenta, de otro hemisferio, gracias á estos nuevos descubrimientos combinados con los antiguos, la escena del hombre ha variado. El ha corrido los mares, ha descubierto todos los países, ha sacado conocimientos, y tesoros: los ha cambiado y trasplantado, y los ha hecho brotar en todas partes. Desde entonces la esfera de sus ideas se ensanchó: el globo no pareció, cuyos beneficios por consiguiente lo eran también a todos sus habitantes.

-*El Iris, periódico crítico y literario*, 1826

¿No sueñas a menudo con globos? El hombre del futuro disfrutará quizá de inmensas alegrías. Viajará hasta las estrellas, con píldoras de aire en los bolsillos. Nosotros llegamos demasiado pronto o demasiado tarde. Llevamos a cabo aquello que resulta más difícil y menos glorioso: la transición. Para establecer cualquier cosa duradera, es necesaria una base fija; el futuro nos atormenta y el pasado nos retiene. He aquí la razón por la que el presente se nos escapa.

-Gustave Flaubert, *Viaje a Egipto*, 1850.

Nuestros sabios sólo viajan por orden de la corte; los despachan, los mantienen les pagan para ver tal objeto moral (...) Si en un país cualquiera viajan curiosos a su costa, nunca es por estudiar a los hombres, sino por instruirlos; y no necesitan de ciencia, sino de ostentación. ¿Cómo han de aprender en sus viajes a sacudir el yugo de la opinión cuando tan solo por ella los hacen?

-J. J. Rousseau, *Emilio o de la educación*, 1762.

Índice

Agradecimientos

Índice

Introducción -----6

Capítulo I: Los factores que en el s. XIX promovieron el conocimiento del mundo y

algo más. El lugar de México en el orden mundial----- 16

 El sansimonismo en el segundo imperio francés.----- 18

 El fin del aislamiento y el inicio de una idea económica mundial.----- 26

 Manifestaciones culturales de la *conciencia planetaria*.----- 34

 Los viajeros como proveedores de conocimiento.----- 37

 México en las exposiciones europeas de mediados de siglo.----- 42

Capítulo II: Los antecedentes de la “aventura mexicana” desde las impresiones de dos viajeros. ----- 54

1.- Oaxaca durante de la guerra de Reforma a través de la lente de Désiré Charnay----- 59

 Désiré Charnay, un viajero del segundo imperio francés.----- 61

 En el fondo, el plano internacional e histórico.----- 67

 La lente de la guerra en México, 1855-1861.----- 73

 Oaxaca durante la guerra de Reforma en la mirada viajera ----- 79

 Las interpretaciones sobre el México prehispánico.----- 89

2.- Charles Brasseur y su <i>Viaje por el Istmo de Tehuantepec</i> .-----	96
Los atractivos naturales del Istmo de Tehuantepec, múltiples aspiraciones que merodearon la ruta interoceánica en el s. XIX.-----	100
Percepciones de la violencia en el Istmo.-----	109
Permanencia de la cosmogonía prehispánica en el s.XIX.-----	116
 Capítulo III: La vida del cuerpo de voluntarios austriacos en Oaxaca en las memorias del barón Henrik Eggers entre 1865-1867.-----	123
1.- Diferentes brigadas, diferentes intereses alrededor del proyecto imperial. La heterogeneidad de los cuerpos de voluntarios.-----	126
2.- La resistencia imperial y el fin de la “aventura mexicana”.-----	135
 Reflexiones finales -----	151
Bibliografía -----	160

Introducción

La “aventura mexicana” de Napoleón III ha tenido sobre sí miradas múltiples tanto del interior como del exterior de México, que tratan de explicarnos los motivos que llevaron al imperio francés a involucrarse en esta región de América, a tal grado de influir para el establecimiento de la monarquía en México. La mirada extranjera de la época nos proporciona una gama amplia de registros (correspondencia privada y diplomática; crónicas de viajeros, así como litografías y fotografías) que nos demuestran la atención y el seguimiento que México recibía de otras naciones, y en casos específicos su contribución a este proceso, ya fuera como actores directos o con la influencia que ejercieron a través de sus escritos. De esta forma las crónicas de viajeros son fuentes importantes para el estudio decimonónico que nos ilustran diferentes momentos y espacios del desarrollo de la “aventura mexicana”.

La presencia de extranjeros en México durante el siglo XIX fue continua. Desde la consolidación de su independencia en 1821, el arribo de hombres y mujeres de diferentes nacionalidades y ocupaciones estuvieron guiadas por objetivos diversos dentro de las tareas científicas, diplomáticas, comerciales, colonizadoras; y otros más aventureros movidos por intereses turísticos. En este sentido sus impresiones sobre el territorio mexicano y la forma de registrarlas dependían de su misión y del contexto inestable en aquel siglo.

Los registros de viajeros que nos hablan de la “aventura mexicana” tienen un lugar importante para el estudio de este hecho. Sus miradas diferentes, en tiempo y espacio, enriquecen las perspectivas del proyecto que Napoleón III emprendió en México; su relevancia no se limita a la descripción de paisajes, población, historia y cotidianidad, más bien recae en gran medida en la utilidad de esta información para entender que las travesías fueron parte de un proyecto con mayor profundidad e interés para Francia ¿Qué utilidad tenían para el segundo imperio francés los viajes hacia México? En una primera impresión la respuesta no es clara, la indagación de Pascal Riviale titulada *Los viajeros franceses en busca del Perú antiguo (1821-1914)*, es un trabajo enriquecedor para este tema, en el que nos señala que América Latina ocupó el tercer lugar en importancia –después de Asia y África– como destino de las travesías que el imperio organizó entre 1855-1869. En esta perspectiva, resulta casi incomprensible la decisión del imperio francés de intervenir México, un espacio del que

tenía escasas nociones. Por tal motivo, uno de los objetivos de esta tesis es tratar de dar una respuesta a la pregunta anterior.

Con la configuración de los estados nación en los siglos XVIII-XIX, el mundo experimentó modificaciones en lo que Mary Louise Pratt llama el *orden y conciencia planetaria*, es decir la “concepción de Europa sobre sí misma y sobre sus relaciones globales” (Pratt, 2010, pág. 59). En este reacomodo del mundo, los viajeros destacan como actores invaluable, por lo que dicho término resulta medular para esta investigación. A partir de esta idea se orienta la construcción del contexto del segundo imperio francés que dio cabida a los viajes hacia México. De esta forma, se trata de reconocer las características y factores que experimentó la práctica viajera entre 1855-1865, una década en la que México pasó de ser una región sin mayor atractivo para Francia a ser el territorio con tal relevancia para promover las misiones de la *Commission Scientifique du Mexique* y el segundo imperio mexicano.

Al repasar rápidamente la obra de Louise Pratt, observamos el desarrollo y avance en la práctica viajera. Hasta el siglo XVII la mayoría de las travesías¹ se habían concentrado principalmente en los recorridos marítimos por los bordes continentales; posteriormente en el s.XVIII comenzaron las exploraciones y documentación científica, principalmente naturalista, de las tierras interiores continentales; finalmente durante el siglo XIX los viajes y sus registros se plantearon en lo que la autora llama la *vanguardia capitalista*, es decir la formulación del discurso de conquista y logros orientada hacia objetivos determinados entre los que destaca las misiones de Robert Proctor en la Cordillera de los Andes (1825); Charles Cochrane (1828) y Gaspar Mollien (1824) en Colombia (Pratt, 2010).

Al tratar de explicar el *orden y conciencia planetaria* de Francia y sus viajeros en el contexto de la “aventura mexicana”, es indispensable hablar de la *sociedad industrial* que Saint Simon expuso, y cuya doctrina influyó en gran medida al segundo imperio. A lo largo de esta tesis se observa cómo la articulación de este par de ideas, además de promover las travesías hacia México, sus relatos contribuyeron a dos cosas: la primera fue la definición eurocéntrica gala del territorio mexicano otorgándole un lugar en la comunidad internacional

¹ El caso de Hispanoamérica llama la atención por el celo con que España mantuvo a su colonia de la incursión de viajeros extranjeros por temor al espionaje hasta el siglo XVIII. Siendo las crónicas indianas, fuentes únicas.

que se configuraba ¿en qué calidad y cómo? Serán dos aspectos que tratamos de explicar a lo largo de la investigación; en segundo lugar se habla de la “aventura mexicana” que movilizó al ejército mejor preparado de la época y al archiduque austriaco hacia territorio mexicano.

Para hablar sobre las aspiraciones de industrialización en México en la temporalidad que aquí se ha determinado, es necesario conocer el panorama que le precedió, para lo cual se vuelve indispensable revisar el estudio de José Covarrubias titulado *Riqueza, ilustración y población en el pensamiento mexicano, 1821-1847*. Desde los inicios del México independiente, propios y extraños se ocuparon del estudio, medición y evaluación de la “fuerza política” del territorio. La finalidad fue plantear qué proceder convenía más para la prosperidad e inserción del espacio en la cosmovisión y economía internacional. Los planes que se generaron fueron múltiples y se sustentaron en diferentes teorías políticas y económicas de la época, lo que demuestra las inquietantes aspiraciones y contratiempos que los eruditos enfrentaron en sus intentos porque México fuera una nación próspera. Los casos que Covarrubias plantea demuestran el constante revisionismo estadístico, económico e histórico sobre qué política económica convenía más al territorio recién independizado. El historiador se concentra en la primera mitad del siglo y nos bosqueja la atención y urgencia de hombres como Humboldt, Ortiz de Ayala, Alamán, Lorenzo de Zavala y Lafragua mostraron por la industrialización de México. Estas figuras que fueron parteaguas en la apertura de factores potenciales que brindaba la región ya no se limitaron exclusivamente a la explotación de la plata, sino que ofrecieron otras alternativas como la agricultura y la industria fabril. Demostrando así el cambio de paradigma en torno a la riqueza del territorio mexicano y su aprovechamiento. Covarrubias plantea manifestaciones intelectuales que oscilaron entre el proteccionismo, librecambismo y prohibicionismo dejando entrever la conciencia planetaria de éstos hombres decimonónicos así como sus diferencias y coincidencias. Como veremos a lo largo de esta investigación sus planteamientos nos sirven de antecedentes, ya que bosquejaron la constante modificación de perspectivas y expectativas sobre cómo estabilizar y construir el valor del territorio mexicano, que le haría merecedor a un lugar en la comunidad internacional. Los aspectos que se recuperan de esta lectura de Covarrubias y que se demandan al estudiar la conciencia planetaria y la sociedad industrial que aborda esta investigación, son principalmente dos: la concepción de la riqueza de México y sus relaciones económicas con el

extranjero a mediados del siglo XIX. Al igual que esta investigación lo destaca, los aspectos climáticos, geográficos, naturales así como políticos, sociales e históricos son relevantes para la identificación de la riqueza, su evaluación y formulación de proyectos industriales. Como veremos a continuación, los viajeros franceses que esta investigación expone son continuadores de la literatura que plantea las formas en que México pudiera industrializarse, su propuesta principal radicó en la colonización e intervencionismo exclusivamente francés, pues la historia demostraba que hasta entonces ni España ni Estados Unidos eran las convenientes para el desarrollo de México. ¿Qué aspectos consideraron como riquezas estos viajeros? ¿Qué proceder sugerían en sus evaluaciones? ¿Cómo visionaron la industrialización de México a partir de sus recorridos a mediados del siglo? Son preguntas que nos surgen tras la lectura de Covarrubias y que se procuran resolver en las páginas siguientes.

Esta investigación trata de explicar cómo los viajeros que se dirigieron al territorio mexicano, específicamente a Oaxaca, entendieron y registraron la conciencia planetaria, que consecuentemente dio cabida a la “aventura mexicana”. Para los franceses esto se plantea desde la visión de grandes planes que abrían las posibilidades de ver materializada la sociedad industrial. Por su parte, Eggers nos muestra un escenario diferente, con contratiempos en las campañas imperiales que eventualmente hicieron inevitable el fin del imperio de Maximiliano.

La literatura de viaje ha sido un género permanente en la historia de la humanidad y en este sentido cuenta con una bibliografía extensa que incluye novelas, crónicas y diarios, se han realizado estudios especializados referentes a su teoría y tipología. Dentro de la disciplina histórica en México han sobresalido los relatos de viajeros decimonónicos, reflejándose en la industria editorial, producción historiográfica² y como una fuente constante y complementaria para los estudios del gremio; sin embargo se ha presentado un contratiempo. Las compilaciones de relatos en forma monográfica que José Iturriaga y Martha Poblett Miranda —por menciona algunos— han realizado en últimas décadas, se delimitan a ciertas entidades federativas, cercenando la crónica escrita. Debido a la multiplicidad de espacios y temas que

² Numerosos personajes han sido partícipes de la producción historiográfica que aborda las crónicas de viajeros, destacando como principales exponentes Juan A. Ortega y Medina *México en la conciencia anglosajona* (1953) y *Zaguán abierto al México republicano* (1987). Brígida Von Mentz *México en el siglo XIX visto por los alemanes* (1980). Jorge Silva *Viajeros franceses en México* (1944). Jean Meyer *Los franceses en México durante el siglo XIX*. José E Covarrubias *Visión extranjera de México, 1840-1867* (1998).

estos relatos abordan pareciera ser que tal organización de textos compilados son prácticos para ubicar personajes, espacios y obras, como un catálogo. Por el contrario no lo son para la indagación histórica crítica, pues su estructura fragmentada limita las dimensiones en que la narrativa y su contenido puedan analizarse.

Los estudios en que los viajeros figuran como tema principal de investigación son contados³ y en otros casos muy recientes, más aún si nos referimos a algún relato que resultara de la “aventura mexicana”. El trabajo colectivo titulado *La imagen del México decimonónico de los visitantes extranjeros: ¿un estado-nación o un mosaico plurinacional?* que coordinó Manuel Ferrer Muñoz es una aportación valiosa que intenta explicar el papel de los viajeros frente al contexto mexicano durante diferentes momentos del siglo XIX. Este estudio cuenta con una aportación de Erika Pani quien hace una revisión somera de cuatro viajeros extranjeros que recorrieron México en los años del segundo imperio.

La “aventura mexicana” atrajo los reflectores internos y externos desde su planeación, tal como lo demuestra la historiografía del imperio. Sin embargo, si repasamos rápidamente los estudios de viajeros decimonónicos notamos que hasta hace poco existía un vacío que coincide con éste proceso y que no terminamos de entender su razón. En este sentido la investigación que a continuación se presenta trata de contribuir como una pieza del rompecabezas que es el estudio histórico del segundo imperio en territorio oaxaqueño, a partir de tres relatos de viajeros.

Si bien es cierto que la producción de estudios sobre las causas y desarrollo de la intervención francesa y el segundo imperio mexicano es diversa, se ha fijado poco en las regiones fuera de los estados de Puebla, Querétaro y Veracruz. Esta investigación surge en parte motivada por la inquietud de subsanar el hecho de que el estado de Oaxaca ha quedado olvidado como un espacio relevante en la “aventura mexicana”. Este momento de la historia no ha tenido material nuevo y/o de constante producción para el caso oaxaqueño, el más reciente fue en 2012 durante las celebraciones del 150 aniversario de la batalla de Puebla, que

³ Es de reconocer la figura de J.A. Ortega y Medina quien dedicó parte de su vida académica al estudio de viajeros decimonónicos, desde Humboldt hasta los anglosajones.

figuró con una aportación breve de Francisco J. Ruíz Cervantes titulada *La resistencia oaxaqueña ante la intervención francesa* (Cervantes, 2012).

Es indiscutible que la región del Istmo de Tehuantepec ha tenido importancia permanente en estudios históricos del siglo XIX⁴ principalmente por dos motivos: la riqueza natural y su ubicación privilegiada que ofrece conexiones por mar y tierra entre Oriente y Occidente. A mediados de siglo la *Louisiana Tehuantepec Company* trataba de conectar los océanos Atlántico y Pacífico con la construcción de la ruta transísmica. Aunque los textos sobre esta región son múltiples, sería un error pensar que fue el único atractivo de la región en el que los extranjeros vieron grandes oportunidades. Por lo anterior, esta investigación es un acercamiento a la contemplación histórica más amplia que considera diferentes espacios que componen el territorio oaxaqueño.

La siguiente investigación tiene como propósito interpretar los relatos de tres viajeros que recorrieron Oaxaca antes y durante la “aventura mexicana”, con lo que se pretende ofrecer una perspectiva histórica de la importancia de esta región como un escenario clave en los precedentes, desenvolvimiento y desenlace del proyecto imperial. Oaxaca ha sido una de las regiones más diversas —en diferentes sentidos— del territorio mexicano. En este sentido, las impresiones de los viajeros permiten reconstruir, analizar y develar los diferentes atractivos que motivaron la movilización del ejército europeo más poderoso del mundo hacia América; el desplazamiento de un príncipe extranjero hacia el trono de México y finalmente su fusilamiento. Las crónicas que se estudian en esta investigación son los resultados de viajeros con misiones específicas, que recorrieron el territorio oaxaqueño entre 1857-1867. En primer lugar encontramos las *Ciudades y ruinas americanas* de Désiré Charnay (1857); posteriormente el *Viaje por el istmo de Tehuantepec* de Charles Brasseur (1860) y finalmente, las *Memorias de México* del Barón Henrik Eggers (1865).

⁴ Leticia Reina A. (2013). *Historia del Istmo de Tehuantepec. Dinámica del cambio sociocultural, siglo XIX*. México: INAH. Ana Rosa Suárez Argüello (2013). *El camino de Tehuantepec: de la visión a la quiebra (1854-1861)*. México: Instituto Mora. Samantha Álvarez Macotela (2003) *El peso de nuestro descontento: la diplomacia británica en torno al paso interoceánico por el istmo de Tehuantepec, 1847-1858*. México: Instituto Mora. Samantha Álvarez Macotela (2000) *El paso interoceánico por el istmo de Tehuantepec, 1847-1855. Una idea británica de las relaciones México-Estados Unidos*. México: Revista Secuencia, Instituto Mora.

Con la finalidad de comprender con mayor claridad el tema, esta investigación se desarrolla en tres apartados que se articulan cronológicamente, de forma que las causas y consecuencias de la “aventura mexicana” sean evidentes. En la primera parte se aborda el contexto europeo, que a mediados del siglo XIX fomentó el desplazamiento de mayor número de personas, para lo cual se tratan tres ejes principales: la doctrina sansimoniana que permeó al imperio; el desarrollo técnico de transportes y las manifestaciones culturales. Con mayor detalle se habla del imperio francés principalmente por tres motivos: 1) su interés en las travesías hacia diferentes regiones del mundo; 2) por ser el actor intelectual de la “aventura mexicana” y 3) tierra natal de los dos primeros viajeros que aquí se analizan.

El segundo capítulo habla de los viajeros franceses que se dirigieron hacia México financiados por el Ministerio de Instrucción Pública de Francia. Las crónicas de Désiré Charnay y Charles Brasseur se plantean aquí como antecedentes de la “aventura mexicana”, que sirvieron para atraer la atención del imperio al mismo tiempo que motivaron intervenciones políticas, económicas y científicas en México. La atención se centra en sus impresiones sobre el territorio oaxaqueño entre 1857-1860. En medio del contexto de la guerra de Reforma estos viajeros bosquejaron la inestabilidad así como los contratiempos orográficos y sociales que limitaban sus tareas y por consiguiente retardaban las aspiraciones de Napoleón III y su idea de la *sociedad industrial*. En esta perspectiva Pratt señala que para estos viajeros decimonónicos “la belleza se encuentra, en cambio, en paisajes domesticados” (Pratt, 2010, pág. 278), como veremos más adelante esta ausencia de *belleza* sobresale en los relatos de los viandantes franceses a su paso por Tuxtepec, Tehuantepec y Mitla. En sus recorridos al interior de Oaxaca, los viajeros prestaron gran atención al desenvolvimiento sociocultural de las poblaciones así como su relación con el paisaje y su impacto económico; un aspecto que la historiografía nacionalista relegó por mucho tiempo; y que por el contrario debemos considerar como una influencia para el desarrollo de la “aventura mexicana”, pues como bien señala Pratt: “en esta literatura la naturaleza no explotada es vista como molesta o fea, y su estado primigenio mismo indica una falta de espíritu emprendedor. El abandono se convirtió en la piedra de toque de una estética negativa que legitimaba el intervencionismo europeo” (Pratt, 2010, pág. 277).

Algunos de los espacios que estos viajeros recorrieron fueron Mitla, Tuxtepec, la Sierra Norte y con mayor relevancia, el Istmo de Tehuantepec, una región de gran interés para la comunidad internacional a la que Brasseur dedicó todo su relato. Al llegar al tercer capítulo nos encontramos en el siguiente momento de la “aventura mexicana”, el proyecto de instauración imperial en la figura de Maximiliano de Habsburgo. En esta parte se concede la palabra al barón danés Henrik Eggers; como miembro del cuerpo de voluntarios austriacos nos relata las dinámicas militares y experiencias dentro de la brigada imperial durante su estancia en la región de Oaxaca, dejando entrever que la diversidad de hombres que configuraron este sector fue el factor principal que debilitó al régimen porque su fragmentación impedía la coordinación entre decisiones y acciones; y en ese sentido evitaba que el proyecto imperial se afianzara. Esta estructura que primero nos muestra el arribo de viajeros científicos y después el de las brigadas militares, nos bosqueja la forma en que el imperio francés condujo las campañas en el extranjero. Francia no prestaba demasiada atención al territorio mexicano, por lo que necesitaba saber qué había en él, de tal forma que Charnay y Brasseur fueron algunos de los proveedores de información que evaluaron en qué medida valía la pena que el imperio se inmiscuyera en una región geográficamente distante. En este sentido las propuestas intervencionistas cobraron fuerza por diferentes medios, dando forma al contexto que posteriormente permitió la introducción de las brigadas militares extranjeras en 1862 y 1865 con las intenciones de establecer un régimen imperial.

Al estudiar la región oaxaqueña durante los diferentes momentos de la “aventura mexicana”, se analizan los atractivos y contratiempos de la región como dos aspectos inevitablemente vinculados en los registros de viajeros, casi como una fórmula que sirvió para la promoción y desarrollo de la “aventura mexicana”. Esta temporalidad que se enmarca en la *vanguardia capitalista* se caracterizó por los contratiempos que los viajeros experimentaron, ocasionados por la ineficiencia de traslados, incomodidades, mal tiempo y demoras por los pésimos caminos; Pratt nos recuerda que la sociedad hispanoamericana fue “codificada como un conjunto de obstáculos logísticos para el avance de los europeos” (Pratt, 2010, pág. 276). Frente a esto, los planteamientos sucesivos de los viajeros legitimaron la intervención europea a través de proyectos orientados al aprovechamiento y conveniencia del imperio francés. Así, surge la “postura conscientemente antiestética, introduciendo una retórica pragmática y

economicista” (Pratt, 2010, pág. 276). En esta especie de dualidad del diagnóstico/propuesta; el primero respondía a las preguntas ¿Cuáles fueron las atracciones de la región y en qué estado se encontraban?, por consiguiente la resolución planteaba alternativas de cómo subsanar las deficiencias aprovechando sus recursos.

Dada la diversidad de temas que relatan los viajeros, se han seleccionado solo los que son más convenientes para develar los intereses y razones que llevaron al imperio a emprender la “aventura mexicana”, así como su desarrollo y final. En el capítulo dos, se plantean los antecedentes a través de las crónicas de Charnay y Brasseur. En *Ciudades y ruinas americanas*, sobresalen principalmente tres ejes temáticos: el primero es la perspectiva del viajero francés sobre el contexto internacional en el que bosquejó desde una retrospectiva las posturas de España, Inglaterra, Francia y Estados Unidos en relación con México; el segundo eje es el pronunciamiento, como una manifestación característica de la población mexicana y por consiguiente el origen de la inestabilidad durante el siglo XIX; el tercer aspecto son los reflejos socioculturales y político-religiosos del movimiento reformista en diferentes espacios del territorio oaxaqueño. Finalmente, la arqueología sobresale porque fue la disciplina que principalmente atrajo a Charnay hacia México. Por su parte, al hablar del *Viaje por el Istmo de Tehuantepec* de Brasseur, se desprenden otra tríada de temas: 1) las impresiones sobre la Compañía Louisianesa de Tehuantepec; 2) las revueltas regionales del Istmo de Tehuantepec a mediados de siglo, refiriéndonos al movimiento de Gregorio Melendre como un ejemplo local de los pronunciamientos de la época; y 3) la permanencia de la cosmogonía indígena en las poblaciones zapotecas del Istmo de Tehuantepec a mediados del siglo XIX. Por último, el tercer apartado se centra en las *Memorias...* del Barón Henrik Eggers, en el que se tratan dos temas: la configuración del cuerpo de voluntarios austriaco así como el contexto y dificultades para el afianzamiento del imperio en territorio oaxaqueño.

Como veremos a lo largo de esta investigación, el tema principal se construye de tres aspectos esenciales: la idea sansimoniana de una sociedad industrial; la conciencia planetaria del segundo imperio francés y la “aventura mexicana”. Su conjugación nos permite bosquejar un estudio que plantea el contexto de la práctica viajera en el siglo XIX como la actividad principal de un cúmulo de manifestaciones orientadas a la construcción de significado de las diversas regiones del mundo, y la forma en que México y la región de Oaxaca figuraron en los

relatos. Los tres viajeros que aquí se exponen colocan al territorio oaxaqueño en el escenario histórico de la “aventura mexicana” en dos de sus momentos importantes, el de los antecedentes y de las campañas militares que dieron fin al proyecto de Napoleón III.

Capítulo I: Los factores que en el s. XIX promovieron el conocimiento del mundo y algo más. El lugar de México en el orden mundial.

La “aventura mexicana” promovida por el emperador francés Napoleón III en 1861 fue un proyecto que se construyó a partir de los intereses directos e indirectos de las facciones tanto mexicanas como europeas. Mientras los conservadores monárquicos buscaron en Europa un rey para el trono de México, los liberales mexicanos lucharon por la consolidación del republicanismo en la figura de Benito Juárez. En Francia, el interés de Napoleón III para la realización de la aventura mexicana estuvo motivado por, lo que los historiadores han llamado *la gran idea del reino, la grande pensée* (Schefer, 2012, pág. 11). Esta idea consistió en el acercamiento comercial entre Oriente y Occidente⁵, promoviendo así una interpretación particular de pensar y ordenar al mundo, basada en los beneficios económicos y comerciales.

Diferentes fuentes han permitido conocer los aspectos que contribuyeron al interés del emperador para intervenir en México. Algunas de estas son los despachos de sus Ministros franceses, la correspondencia remitida por los conservadores mexicanos y las crónicas de viajeros. Cada una de ellas exponía, bajo su propia estructura, ya fuera directa o indirectamente, por qué Francia debía intervenir, y en varios casos la necesaria instauración de un imperio con influencia gala en esta región de América.

Las crónicas de los viajeros que se estudian en los capítulos siguientes se articularon entre sí en la construcción de la “aventura mexicana” ya fuera como espectadores de la Guerra de Reforma (1857 a 1861) o como actores en la instauración del Segundo Imperio mexicano (1864). Para identificar cómo se vincularon los intereses del emperador francés con estos relatos de viajeros, este capítulo describe el contexto ideológico y sociocultural de Europa a mediados del siglo XIX. Conocer sus características y limitantes es importante ya que nos dibujan el paisaje del cual provinieron estos hombres.

En un primer momento se exponen las ideas principales del sansimonismo. Su importancia para esta tesis radica en que dicha doctrina permeó a personajes relevantes como los hermanos Pereire creadores del Crédito Mobiliario, Paulin Talabot, politécnico y creador

⁵ Del mayor número de espacios geográficos posibles.

del P.L.M., Michel Chevalier politécnico y principal teórico de la economía liberal, los banqueros Fould, el prefecto del Rhóne y Haussmann, prefecto del Sena (Soberanis, 2004). La importancia de esta doctrina fue tal que impactó en los proyectos de política interna, exterior e intervencionista del segundo imperio francés. Saint-Simon (1760-1825) disertó acerca de la idea de una sociedad industrial que se basaba en el desarrollo de transportes y comunicaciones. Con esta premisa el emperador interpretaría el sansimonismo en las dualidades de la guerra y la paz, la civilización y la antigüedad. Michel Chevalier, como uno de los hombres cercanos al emperador, se inclinó por esta escuela de pensamiento; brevemente se habla de su *“México Antiguo y Moderno”* como una extrapolación de estas ideas con lo que se pretende mostrar el lugar que esta región tuvo a los ojos de un sansimoniano allegado al emperador.

Posteriormente se describen los factores industriales y culturales que propiciaron las travesías durante la segunda mitad del siglo XIX, y que se convirtieron en símbolos de la modernidad e industrialización europea. En el desarrollo industrial destacan la navegación y el ferrocarril como los medios de transporte que permitieron la comunicación y el comercio al interior y exterior de Europa. Por otra parte se enuncian la literatura, las imágenes y el coleccionismo como manifestaciones socioculturales que promovían el conocimiento de otros espacios y experiencias.

Esta exposición tiene como objetivo principal mostrar los factores que fomentaron el pensar al mundo a partir de los beneficios económicos y comerciales que sus diferentes regiones ofrecía. Al mismo tiempo esto nos permite identificar con mayor precisión los intereses de las potencias europeas para promover las travesías hacia ciertos lugares en particular.

El sansimonismo en el Segundo Imperio francés

El sansimonismo es un tema cardinal para esta investigación debido a que el emperador Napoleón III vio en él los fundamentos de lo que fue su política al interior y exterior de Francia en su interés por configurar la *sociedad industrial* de la que habló Claude-Henri de Saint-Simon. Este orden proponía que la articulación sociopolítica entre los diferentes estatus era el camino hacia la paz y por consiguiente, en una especie de efecto domino, era la piedra angular en el desarrollo industrial y la configuración nacional europea. De lo contrario se estaría hablando de una sociedad antigua. En este sentido, las ideas sansimonianas dan un panorama de las categorías sociales y económicas bajo las que Napoleón III interpretó no sólo el proyecto de la “aventura mexicana”, sino al mundo.

Después de la revolución francesa de 1789, el orden sociopolítico tardó en alcanzar la estabilidad y la paz. Desde entonces la organización de los estados nacionales enfrentó dificultades para su consolidación a lo largo del siglo XIX; los intentos por la construcción del nuevo orden se apoyaron en diferentes formas de pensamiento: liberalismo, positivismo, socialismo de Marx y Engels; y las ideas sansimonianas. La escuela sansimoniana se formó después de la muerte de Claude-Henri de Saint-Simon en 1825. Este pensador nació dentro de la aristocracia francesa, viviendo su revolución y transformaciones siguientes (Ionescu, 2005, pág. 27). Su postulado principal fue la formación de una sociedad industrial en la que los trabajadores —los que con sus actos y/o producción contribuyeran al mejoramiento social— fueran los que organizaran el nuevo orden. La efectividad de sus ideas radicarón en que la política y el poder debían organizar los quehaceres que beneficiaran a la mayoría: “La política es pues, para resumir en dos palabras, la ciencia de la producción, es decir la ciencia que tiene por fin el orden de cosas más favorables a todos los géneros” (Ionescu, 2005, pág. 145). La idea de política aparece principalmente como árbitro y cuidadora del flujo continuo de relaciones entre los diferentes grupos sociales sustituyendo a la de idea de posesión de poder absoluto y arbitrario: “Los gobiernos no dirigirán ya a los hombres, sus funciones se limitarán a impedir que los trabajos útiles sean entorpecidos” (Ionescu, 2005, pág. 141).

Para Saint-Simon, la base de este modelo recae en la vinculación a diferentes escalas —entre los estratos sociales, laborales y de naciones—, cuya finalidad principal fueran el

progreso y la paz. Critica por el contrario las naciones como Inglaterra, que se preocuparon por regirse bajo una política antagónica, puesto que trabajaba solo para el desarrollo propio:

Mientras fomentó en su país la navegación, el comercio y la industria, obstaculizó su desarrollo en los otros países. Sostuvo con su poder a los gobiernos arbitrarios que aplastaban a Europa y reservó para sí la libertad y los bienes que proporciona. Su oro, sus armas, su política, se sirvió de todo para mantener ese pretendido equilibrio (...) De este doble sistema político proviene este coloso de la potencia inglesa, que amenaza con invadir al mundo; de esta forma, Inglaterra, libre y feliz en su territorio, dura y despótica en el exterior, maneja a Europa entera a su voluntad, hace ya un siglo (Ionescu, 2005, pág. 115).

Las claves de la sociedad industrial son enumeradas por Saint-Simon: la navegación, el comercio y la industria fueron los factores determinantes que consolidaron a Inglaterra como el *coloso* al que se refiere, y a la que Napoleón III, también debió admiración no sólo en sus *Ideas Napoleónicas* sino en los hechos, al querer incluirla en la “aventura mexicana”.

Las categorías que Saint-Simon inscribe al disertar entre lo industrial y no industrial son la moralidad-inmoralidad y nacional-antinacional; las primeras de ambas dualidades corresponderían a las sociedades modernas, mientras que las segundas se refieren a las sociedades de antiguo régimen.

En el partido nacional o industrial se encuentran incluidos (...) todos los sabios que se han entregado al estudio de las ciencias positivas (...) En el partido antinacional figuran los nobles que trabajan el restablecimiento del antiguo régimen; aquella parte de los sacerdotes que identifican la moral con la ciega credulidad en las decisiones del papa y del clero; los propietarios de inmuebles que viven como los nobles, es decir, sin hacer nada (Ionescu, 2005, págs. 180-181).

Sin duda la polaridad de estas categorías fueron retomadas por el segundo imperio para denotar la brecha entre Francia como una nación industrial; y México, aquella región de América que se veía acosada por la violencia y faccionalismo interno, que desde los inicios del siglo XIX le impedían su configuración nacional y un lugar en la comunidad internacional. La nación que aspirara a integrarse en éste orden mundial, debía presentarse con estabilidad y apertura para la circulación e intercambio comercial y cultural.

Para Saint Simon la configuración de la *sociedad industrial* radica principalmente en los vínculos que entretejen a la sociedad, en un reconocimiento mutuo de identidades y quehaceres llegando a impactar en las escalas nacional e internacional; en esta idea no cabe el desarrollo de un espacio geográfico en particular y de forma aislada, pues las relaciones internacionales son lazos que permiten interactuar y convenir intereses entre las naciones que integran la comunidad internacional garantizando su armonía. Muchos historiadores han referido la influencia del sansimonismo sobre Napoleón III y sus estrategias en la política exterior e intervencionista del segundo imperio, en este punto nos preguntamos inclinados al tema central de esta investigación ¿De qué manera esta idea sansimoniana se reflejó en las travesías de Charnay, Brasseur y Eggers? ¿Cómo veía el imperio francés a México? ¿Qué intereses podían atraer la mirada internacional sobre el estado de Oaxaca? estas interrogantes no deben perderse de vista, ya que procuramos tratarlo detalladamente con el análisis de las crónicas.

Saint Simon consideró que Inglaterra y Francia eran los llamados a reformar el orden, la paz y la industria: "...a medida que una nación liberada se una a la sociedad anglo-francesa, la deuda le será común en proporción de sus riquezas. El interés de la confederación anglo-francesa consistirá en estimular con todo su poder la reorganización de Europa" (Ionescu, 2005, pág. 126). De esta forma la adscripción de otras regiones a las estructuras políticas de dichas naciones, además de garantizar su configuración nacional, se integraban a la cosmovisión anglo-francesa de industrialización y civilización. Aunque esta escuela de pensamiento giraba en la idea de obtener mayores beneficios, la condición era la adhesión de estas dos potencias. Inevitablemente esto nos lleva a pensar en su contraposición, aquellos espacios que en muchos aspectos de su historia y desarrollo, fueron distintos y distantes, confiriéndoles categorías de antigüedad e incivilización que la mirada del *otro* europeo acuñó. A mediados de siglo, Napoleón III buscaría expandir esa organización incluyendo a México, Cochinchina y Algeria.

El pensamiento sansimoniano permeó a los contemporáneos del segundo imperio francés entre los que destacan los hermanos Péreire, financieros franceses; los Talabot, Lesseps; y el ingeniero y senador Michel Chevalier (1806-1879) (Bury, pág. 50). Este último fue un personaje importante en la construcción de la "aventura mexicana", ya que sus escritos

pueden verse como contribuciones discursivas en la gesta de este proceso. Conducido por las ideas sansimonianas, sus conocimientos como ingeniero y con una identidad latina eurocéntrica y en ocasiones desde la supremacía gala, Chevalier expuso las conveniencias de que Francia interviniera México.

Chevalier cursó dos años en la Escuela Politécnica entre 1823-1825 y egresó como alumno de la Escuela de Minas (Ramírez Sevilla & Ledesma Mateos, 2012). Fue director-fundador del diario *Le Globe* (1830-1832). A partir de textos extraídos de este periódico estuvo constituida *Religion Saint-simonienne. Économie politique et politique* (1831) entre cuyos autores figuraron Péreire, Enfantin y el mismo Chevalier. La producción bibliográfica de este sansimoniano no escatima en mostrar el hondo interés que tuvo por los transportes como el medio principal para alcanzar la sociedad industrial y la modernidad, bastaría leer sus títulos para darnos cuenta de esto: *Des Intérêts matériels en France. Routes, canaux et chemins de fer* (1837), *Essais de politique industrielle* (1843), *L'Isthme de Panama, suivi d'un aperçu sur l'isthme de Suez* (1844). Entre 1833 y 1835 Adolphe Thiers lo comisionó para ir a Estados Unidos y estudiar canales, ferrocarriles, los sistemas financiero y bancario. La figura de Chevalier comprende entonces una fuerte carga *religiosa* de las ideas sansimonianas.

La figura de Chevalier tiene un lugar relevante en de la historia del México decimonónico; el México Antiguo y Moderno, *Le Mexique ancien et moderne* (1863)⁶ y su participación en la *Commission Scientifique du Mexique* (1864), como presidente del *Comité de economía política, estadística, trabajos públicos y asuntos administrativos*, —encargado de estudiar las riquezas y recursos naturales de México (Ramírez Sevilla & Ledesma Mateos, 2012)—, nos hablan de un hombre dinámico con los recursos intelectuales, discursivos, económicos y políticos para contribuir a una idea sobre el territorio mexicano que permitía pensar y diseñar estrategias para su aprovechamiento.

Bajo el orden mental europeo de incipientes manifestaciones industriales y modernas, el *México Antiguo y Moderno* (1863) de Chevalier es una extrapolación de las ideas sansimonianas; desde las primeras líneas del apartado *Acerca de los recursos y del futuro del*

⁶ En ocasiones se utiliza *La expedición a México*, título con que se publicó *México Antiguo y Moderno* en la selección Jean Meyer de la edición conmemorativa del 150 Aniversario de la Batalla de Puebla.

país, el francés hace un balance de la situación en México: “Hoy en día, México constituye entre los pueblos civilizados lo que suele llamarse un “sin valor” (...) sin embargo, este eclipse total de México sólo obedece a circunstancias pasajeras” (Chevalier, 2012, pág. 61). La causa principal de este contexto fue la disputa por la administración política generada entre los partidos liberal y conservador; la guerra de Reforma es a los ojos de estos franceses sansimonianos un conflicto de intereses entre dos grupos y no los de una población mayoritaria —que a muchos de ellos les solía recordar a Francia después 1789—; esta forma en que concibieron a la *mayoría* no se limitaba a la población mexicana, sino que ya se contemplaba que la comunidad internacional podía verse afectada, ya fuera por los beneficios o negación de éstos, “por sus mismas características naturales este país debería desempeñar un importante papel en el escenario internacional; bastaría con que sus habitantes tuvieran la voluntad necesaria para ello y se organizaran de manera que valoraran los dones que les ha confiado la Providencia” (Chevalier, 2012, pág. 61). La idea de que los mexicanos no tenían conciencia de su territorio y recursos se empleó continuamente como un recurso retórico de las misiones oficiales y una herencia discursiva de las crónicas indianas con la intención de evidenciar la ignorancia de su población respecto a las innumerables riquezas de la región del trópico. Se añade además a este fórmula literaria la generalización de la población mexicana, Chevalier no distingue bandos en confrontación y en este sentido anula tajantemente los proyectos, políticos y/o económicos, que pudieran estarse gestando al interior de México.

Ahora bien, Chevalier pensó al mundo según la doctrina que profesaba. Al tiempo que planteaba la latinidad católica confrontada al protestantismo, se lee un tipo de designio del papel predilecto que Francia estaba llamada a jugar en aquellas regiones con las que compartía la doctrina:

La civilización occidental o cristiana comprende una rama muy distinta, que suele definirse mediante la denominación de razas latinas. Tiene su sede en Francia, en Italia, en la península hispano-portuguesa y en las comarcas que las naciones francesa, italiana, española, portuguesa, han poblado con sus vástagos. (...) Sin afán de menoscabar a nadie, puede afirmarse que Francia es desde hace mucho tiempo el alma de este grupo —no sólo su alma, sino también su brazo. Sin ella, sin su energía y su iniciativa, el grupo de las naciones latinas estaría condenado a no ser en el mundo sino una figura subalterna, y hace mucho que habría sido totalmente eclipsado (...) con todos los atributos del poder y la civilización, las naciones disidentes —protestantes de distintas

confesiones y griegos— llama la atención, y a la vez causa consternación, constatar todo lo que los primeros han perdido y todo lo que los segundos van ganando (...) Las naciones católicas parecen estar amenazadas de verse sumergidas por un mar que no deja de crecer (Chevalier, 2012, pág. 102).

Con este tinte religioso, Chevalier pretendía justificar las medidas que Francia optaba para involucrarse en los espacios latinos; en América, las políticas expansionistas de Estados Unidos preocupaban a estos franceses sansimonianos pues invadían los espacios que antiguamente habían acogido el catolicismo, según esto América del Norte correspondía a Inglaterra y la América del Sur, la América Latina a Europa Meridional.

Chevalier asimiló las ideas sansimonianas para el beneficio de la gran mayoría de las naciones; desde la perspectiva de ingeniero identificó las regiones que por su terreno convenían para su aprovechamiento. Con la mirada puesta en América, este francés encontró que Panamá: “presenta varias depresiones muy pronunciadas que parecen invitar a la industria humana a enlazar ambos océanos” (Chevalier, La expedición a México, 2012, pág. 63). Esta convocatoria no es inocente; más adelante y al igual que el resto de la literatura que enmarca la “aventura mexicana”, se percibió que la nación más conveniente para obtener los resultados tan esperados “por todas las naciones” era Francia de la mano con Inglaterra, ambas naciones que eran referentes de la paz y el progreso.

Al señalar la necesidad para la política francesa de volver a levantar a los Estados habitados por las razas latinas, disto mucho de excluir la alianza inglesa; al contrario, ésta debe considerarse como fundamental. La buena avenencia entre las dos naciones más poderosas del globo, es hoy en día la condición misma de la paz general y del progreso de la civilización (Chevalier, 2012, pág. 103).

La segunda razón que motiva a Francia a intervenir diferentes regiones es la ampliación comercial e industrial. Asumir a Europa como profeta de la civilización estuvo motivado por el crecimiento e influencia de Estados Unidos sobre el resto de América, ya que sus relaciones en la política exterior —expresadas en la Doctrina Monroe (1823)— amenazaban la idea de una sociedad industrial que estos sansimonianos defendían.

... se aúna ese sentimiento de que el globo terráqueo es patrimonio de los hijos de Jafet, ese pensamiento que se apodera de los grandes gobiernos de Europa,

de que les corresponde inmiscuirse en los asuntos de los pueblos de la civilización oriental y derribar las barreras en las cuales éstos se obstinaban en volver su rutina y su vanidad. El cañón de Europa ha forzado las puertas del más populoso imperio de la tierra, China, donde vive el doble de personas que en todo Europa (Chevalier, La expedición a México , 2012, pág. 80).

Nuevamente observamos el sentido hondamente religioso que Chevalier empleó para justificar los proyectos intervencionistas que el viejo mundo venía haciendo en pro de la civilización. Se lee el afán sansimoniano de derribar los obstáculos que limitaban los beneficios regionales al resto de las naciones. En Oriente, la formación de la Indochina francesa, en 1862, era el caso más reciente de una intervención fuera de Europa dirigida por Francia e Inglaterra. De esta forma podemos comprender una moral y expectativas altas por ver los beneficios que se proyectaban si se emprendía una campaña similar en México.

Ahora bien, el sansimonismo que influyó a Napoleón III quedó constatado tanto de forma discursiva como material. *Ideas Napoleónicas* fue un texto que escribió en 1849, en el que defendió los métodos que su tío empleó al interior y exterior de Francia durante el primer imperio; de manera muy concisa hablaba de las obras públicas y su impacto como el medio que eliminaría aquellas barreras que privaban del progreso a las sociedades y sus individuos. Por una parte este texto tendía el vínculo familiar entre Napoleón I y Napoleón III, que incentivaba en éste último, el sentimiento de pensarse no sólo heredero al trono, sino de la política y proyectos del primer imperio.

Las obras públicas que el Emperador hizo construir en tan grande escala, no fueron solamente una de las causas principales de la prosperidad interna del país, sino que contribuyeron mucho al progreso social. En efecto, estas obras, mientras multiplicaron los medios de comunicación, produjeron tres grandes ventajas: Primero, emplearon a todos los desocupados y así ayudaron a las clases más pobres. Segundo, favorecieron y estimularon la agricultura, las manufacturas y el comercio, la creación de caminos y canales nuevos, aumentando el valor de las tierras y facilitando el transporte y la venta de los productos. Tercero, destruyeron el espíritu de localidad y eliminaron barreras, tales como las que separan no sólo a las diferentes provincias de un Estado, sino a diferentes naciones, haciendo más fáciles los contactos y relaciones de los hombres y haciendo más estrechos los vínculos que deben unirlos (Napoleón III, 1947, pág. 68).

La idea prima del sansimonismo se percibe aquí en una especie de efecto dominó que se originaba de las obras públicas ocasionando el acercamiento y articulación de individuos y

regiones en una idea próspera del mundo globalizado: “la idea napoleónica no es una idea de guerra, sino social, industrial, comercial, y una que concierne a toda la humanidad” (Napoleón III, 1947, pág. 150)

El desarrollo industrial y el interés por los medios de transporte durante el segundo imperio reflejaron materialmente la influencia del sansimonismo. En la escala global, Napoleón III incubó la *idea napoleónica* en América mientras estuvo prisionero en Ham, Francia; los planes de la construcción del canal en Nicaragua, que se preveía llevaría su nombre, fue un proyecto que habría hecho realidad el acercamiento de Oriente con Occidente, así como el desarrollo comercial entre diferentes regiones del mundo. De tal forma que la atención puesta sobre la ruta interoceánica en Tehuantepec reavivó los antiguos anhelos.

La mirada de Napoleón III cobra importancia para esta investigación por su concepción mundial, Schefer decía que “[Napoleón III] tiene conciencia de lo que actualmente llamamos la solidaridad internacional y la interdependencia de los pueblos. El calificativo de “europeo” que empleamos hoy para glorificar a determinadas personalidades no bastaría para él. Napoleón III tiene espíritu “mundial” (Schefer, 2012, pág. 28). Observemos que la combinación de solidaridad e interdependencia denota el consentimiento a las naciones, en este caso a Francia, para intervenir espacios —muchas veces vulnerables—, que por sus problemas internos o con otras regiones fueran inestables, afectando los intereses de la comunidad internacional y motivando acciones para pacificar el espacio/nación, ya fuera a través de la mediación, negociación o su defensa, lo que fuera necesario para proteger los intereses internacionales. Esta idea que piensa al emperador francés con una *conciencia planetaria* surge de los métodos que empleó y el discurso con que justificó las expediciones a Oriente y América; al considerar que los discursos colonizadores y religiosos no eran formas *vigentes* en la irrupción de espacios, “la única manera de “civilizar” al mundo ya no era a través de la guerra sino a través del comercio”. En este sentido el segundo imperio configuró diferentes proyectos que arrojaron a viajeros hacia diferentes partes del mundo con diversas misiones en las que observamos la permanencia de este discurso civilizatorio.

En esta parte se han presentado las ideas sansimonianas como una lectura del mundo que dominó en el siglo XIX francés, ansioso de la *sociedad industrial*, que se basaba en la

integración de sujetos, sociedades y regiones a través de prácticas comerciales diferentes a las del antiguo régimen. Las perspectivas que ofrecen Saint-Simon, Napoleón III y Michel Chevalier forman parte de los antecedentes intelectuales que conllevaron a la “aventura mexicana”. Al inicio, Saint-Simon expuso su idea primaria de una sociedad industrial que posteriormente permeó al círculo y acciones políticas de Napoleón III y el II imperio francés, en lo que sobresale principalmente la idea global del mundo fundada en la capacidad del comercio para civilizarlo. En el particular caso de México, Chevalier destaca la relevancia de este territorio para la explotación y el impacto de sus beneficios a la comunidad internacional. Estos personajes coincidieron en que la industria y civilización podrían alcanzarse por medio de la estabilidad y, armonía económica y política, pues la violencia fragmentaba a las sociedades en diferentes escalas limitando el flujo de conocimientos y por consiguiente, el económico-comercial. Por todo esto percibimos que el imperio francés fue receptor del sansimonismo como la forma de pensamiento que permitía mirar al futuro y trabajar por la transformación de concepciones y prácticas del antiguo régimen que durante el siglo XIX se luchaba por superar.

El fin del aislamiento y el inicio de una idea económica mundial.

Una de las proclamas de la modernidad ha sido la velocidad; su efectividad y crecimiento progresivo fue experimentado por más personas durante la segunda mitad del siglo XIX. *La vuelta al mundo en 80 días* (1873) de Julio Verne, mostró lo asombroso que resultó para esa época la cercanía entre Oriente, Europa y América, llegando a pensar que la tierra se había hecho más pequeña debido a los alcances del ferrocarril y el vapor. La relativa velocidad con que las personas podían trasladarse entre estos continentes fue mayor en comparación a los siglos anteriores; diversos espacios se interconectaron poco a poco a través de la prensa, las líneas de correos y medios de transporte.

El desarrollo de los medios de comunicación y transporte fue fundamental para impulsar la articulación social y de espacios de forma efectiva; si bien durante los siglos XV-XVIII las transformaciones y mejoras fueron incipientes, —pero relevantes en el desarrollo de la historia que unió a América y Europa—; al siglo XIX correspondieron las modificaciones

que garantizaron la seguridad y eficacia técnica para el traslado de un número mayor de personas y correo postal, lo que trajo consigo conocimientos más precisos de regiones que paulatinamente dejaban de ser ignotas; y la promoción de espacios y tipos culturales, contribuyendo a la construcción de identidades.

Las formas de trasladarse cambiaron significativamente en el siglo XIX principalmente al interior de Europa; mientras que en México los planes y aspiraciones no se hicieron esperar, tuvieron que aguardar al final de siglo para verlos comenzar a realizarse. Como medio de transporte predilecto de la época, hacia 1850 el ferrocarril experimentó un crecimiento constante pero irregular en las diferentes regiones europeas. Inglaterra se colocó al frente con un tendido de 7.475 Km., Alemania le seguía con 6.000 Km., Francia con 3.000 Km., Bélgica 900 Km. y España apenas con 28 Km. En el caso francés, este crecimiento coincidió con el segundo imperio; en sus inicios, señala Guy Palmade, predominaron las líneas aisladas por lo que el régimen se concentró en la construcción de líneas principales que articularan a Francia con los países vecinos, posteriormente se continuó con las líneas secundarias; para 1870 la nación gala había alcanzado un tendido de 17.500 Km. De esta forma se percibe la influencia de las ideas sansimonianas que apostaban por los medios de transporte, primero para fortalecer en su interior la nación francesa, y posteriormente para acercarse a las demás regiones de Europa; asimismo notamos su impacto en la burguesía con las once compañías concesionarias que trabajaron en seis conjuntos regionales para la construcción ferroviaria: la compañía del Norte, la de París-Orleáns, la de París-Lyon-Mediterráneo, la del Mediodía, la del Oeste y la del Este. (Palmade, 1988).

Dentro del proyecto de industrialización de Francia los hermanos Émile e Isaac Pereire —como ya ha sido mencionado, eran sansimonianos— participaron a través de su compañía *Crédit Mobilier*, como poseedores de los ferrocarriles del Mediodía, y contribuyeron en los ferrocarriles del Este y Oeste. El papel de ingenieros y compañías procedentes de Francia, fueron claves importantes en el desarrollo ferroviario europeo, pues en países como España, Portugal, Italia, Suiza, Austria, la Europa de los Balcanes y Rusia la construcción de ferrocarriles, antes prácticamente inexistente, estuvo en manos francesas (Palmade, 1988). Los beneficios que derivaron del desarrollo ferroviario fueron consecuentes;

la ampliación de líneas, la seguridad técnica y efectividad en el traslado por ferrocarril propició el descenso de precios y por consiguiente el desplazamiento de más personas; de esta forma se habla principalmente de la conformación de una unidad regional europea que derivó en dinamismo comercial y económico.

Los viajes transatlánticos han sido fundamentales para las relaciones de Europa con el exterior. Los primeros viajes en ultramar (1500-1700) presentaron dificultades técnicas y en infraestructura que hasta mediados del siglo XIX no lograban subsanarse completamente; en algunos aspectos los objetivos de los viajes tampoco cambiaron sino hasta la segunda mitad de aquel siglo.

Durante los primeros años del mundo moderno (s. XVII-XVIII), las travesías en ultramar fueron complejas, aproximadamente el viaje duraba 80 días por lo que antes de zarpar debían preverse varias cosas; de suma importancia resultaban las provisiones de comida. La arquitectura y tecnología naval se limitaba al avance del barco por las olas y las corrientes marinas, su estructura estaba diseñada para romper el agua, “así como el número y tamaño adecuado de velas para captar y aprovechar hasta el cambio más sutil en el viento” (Trejo, 2005, pág. 146). Su funcionalidad principal era para el comercio o la guerra; en los navíos más amplios se embarcaban los pasajeros distinguidos (nobles, religiosos y funcionarios) muchas veces acompañados de sus familias, sus esclavos y con excesivo equipaje (Trejo, 2005, pág. 157). La mayoría de los pasajeros fueron sujetos que se aventuraron a buscar una mejor fortuna en el nuevo continente; por su parte la tripulación del barco se organizó de forma análoga a la estructura jerárquica de la sociedad estratificada de tierra firme, de esta forma también se rigieron los horarios de comida y el espacio de descanso. Finalmente, el mareo fue un padecimiento constante ocasionado por el movimiento de la nave en altamar; y tema permanente en las crónicas de viajeros decimonónicos.

A lo largo del siglo XIX el desarrollo tecnológico naval fue continuo y respondía a las demandas de ampliar la capacidad de las naves para desplazar mayor cantidad de mercancías y pasajeros. La conexión al interior y exterior de Europa fue una tarea importante dentro de las políticas del Segundo Imperio Francés; para la interconexión europea se empleó el ferrocarril, y para las regiones de ultramar, los barcos de vapor se convirtieron en el medio por excelencia

que permitía la comunicación entre Europa, América y Oriente. Las naves propulsadas por velas se hacían más efectivas, las primeras fueron los *clipper* y *lightning*. Sin embargo su tamaño era reducido. Por su parte, los barcos de vapor *steamer* se consolidaron por su mayor capacidad de almacenaje. Los cambios técnicos se concentraron en el acondicionamiento del barco para el soporte y rendimiento del motor de vapor, destacan principalmente la sustitución de la hélice de cuatro palas por la de tres y la sustitución de los cascos de madera por los metálicos, de esta forma el hierro se imponía como el material de soporte para los motores más pesados y potentes. Finalmente, hacia 1860 las velas auxiliares fueron remplazadas por las calderas, lo cual daba al navío de vapor su forma definitiva (Palmade, 1990, págs. 91-92). Así, la industria naval presentaba mayor eficacia en la segunda mitad del siglo XIX.

En 1850, Inglaterra destacaba esta vez en la industria naval consolidando su lugar como potencia. Tuvo la primera flota mercante del mundo y era poseedora de cuatro compañías que se trasladaban hacia Oriente y Norteamérica⁷; Francia le siguió con la formación de compañías navieras en los primeros años del segundo imperio, seguida de Alemania hasta 1870 (Palmade, 1990, págs. 92-93).

Los puertos más importantes de Francia han sido Marsella en el Mediterráneo, y Le Havre en la costa norte. Durante el segundo imperio se dio continuidad a las obras empezadas en Marsella bajo la Monarquía de Julio, al mismo tiempo que se escarbaban dos nuevas dársenas en Le Havre (Palmade, 1990, pág. 93). Se cuenta un total de cuatro compañías navieras de origen francés en este periodo: la *Compagnie de navigation mixte* (1853) a quien este giro no resultó un negocio rentable, su servicio incluía traslados hacia Río de Janeiro; la *Compagnie franco-americaine* (1856) que tuvo su base en Le Havre, de donde zarpaban buques hacia Brasil, Nueva York, la Habana y Nueva Orleans; la *Compagnie des messageries maritimes* (1851) encargada de las líneas mediterráneas que partían de Marsella, y que en 1857 obtuvo el contrato para dar servicio a Brasil y Río de la Plata zarpando de Burdeos (Mey); por último, los hermanos Pereire fundaron la *Société Générale Maritime* (1855), más tarde *Compagnie Générale Transatlantique* (1861) obteniendo las concesiones del norte y sur

⁷ La compañía Cunard que fue la primera que se ofreció a realizar un servicio bimensual Liverpool-Halifax-Boston y a transportar el correo con destino a Canadá y Estados Unidos; la Peninsular and Oriental; la British India; la Imman Line. Palmade, Guy. *La época de la burguesía*, México, Editorial Siglo XXI, 1990, pág. 92.

de América. Tal como asegura Guy Palmade, la presencia de los hermanos Pereire en la industria del transporte marítimo y ferroviario demuestra la relevancia de estos medios para el avance económico de Europa del siglo XIX, si bien Inglaterra había consolidado su categoría como potencia desde hacía ya un siglo; al segundo imperio le correspondió hacer de Francia un actor similar.

Las impresiones de este contexto quedaron ampliamente registradas en la prensa, la correspondencia, las crónicas de viajeros y las novelas literarias. Recoger las anécdotas que ligan el contexto europeo con el mexicano es interesante porque denotan los cambios constantes en las formas y experiencias de trasladarse por el Atlántico durante la primera y tercera parte del siglo XIX. La duración de los viajes dependía de las escalas que se hicieran, el estado del tiempo, la línea en que viajaban que a su vez dependía del objetivo de la travesía. En las primeras décadas del México independiente, el viaje por el Atlántico continuaba siendo en barcos de vela impulsados por las corrientes de aire y duraba aproximadamente ochenta días, Henry George Ward registró que en 1825 tardó sesenta y dos días en su viaje partiendo de Londres; por su parte Mathieu de Fossey, llegado a México en 1830, señala que su travesía duró 79 días partiendo de Normandía, Francia.

La carta que Dominique Lèbre dirigió a sus padres en 1849 a su llegada a Veracruz, comienza con los resultados del viaje marítimo, en el cual se lee un poco de alivio y nostalgia:

Después de cincuenta y tres días de mar, piso al fin esta tierra de México tan deseada. La travesía aunque larga, fue sin embargo bastante afortunada para mí y para mis compañeros, pero muy desdichada para el pobre Manuel Ferdinand quien después de estar enfermo durante veintinueve días, murió víctima de una enfermedad del pecho provocada por el mareo (Siller, 2014, pág. 142).

Sin distinción, las crónicas de viajeros han dejado constancia de la experiencia en Ultramar, unas veces limitados por los malestares momentáneos del viaje mismo y otros con un poco más de detalles han permitido conocer sus impresiones. La vida a bordo de las fragatas, goletas o clíperos era un *pandemónium* indescriptible. Esta insalubridad se originaba del hedor de cocinas y letrinas; la convivencia con pulgas, piojos, cucarachas y ratas; la incomodidad del viaje se acentuaba por las náuseas, el sofocamiento, la inestabilidad y los vómitos (Medina, 2015, pág. 123).

Las rutas hacia territorio mexicano dependieron del objetivo del viaje. Unos lo hicieron por el camino de Norteamérica, es decir, zarpaban de Francia o Inglaterra con destino a Estados Unidos, donde transbordaban para continuar su viaje a Veracruz, a estos los podemos considerar como pasajeros de líneas comerciales, donde viajaban el correo y gran parte de la población, es decir, comerciantes, migrantes, científicos, etc. Por otra parte, los que tenían instrucciones oficiales y/o militares se embarcaban en Inglaterra o Francia con dirección al mismo puerto mexicano usando la vía directa por el Atlántico, las experiencias de este trayecto nos han llegado gracias a los relatos del soldado danés Henrik Eggers y la condesa Paula Kolonitz.

Los viajeros que se tratan en esta investigación estuvieron beneficiados de la aplicación del vapor a la tecnología naval, por lo que sus traslados son relativamente más breves. Désiré Charnay señala que se embarcó en el paquebote *América* que fleteaba la compañía de origen inglés *Cunard* con dirección a Boston. Su descripción de la travesía es limitada por el sufrimiento permanente de estos viajes, el mareo: “aunque he viajado mucho, nunca me embarco sin cierta aprehensión; nunca me ha gustado el océano, le temo (...) desde el instante de la salida, no sueño más que con el día de la llegada. En altamar, tengo el estómago sensible, otros no” (Charnay, 1994, pág. 33). Este viajero fue portador de la idea del segundo imperio que veía en el desarrollo de transportes el medio para acercar regiones: “...este ir y venir de barcos europeos, este intercambio de noticias que nos mantienen sin cesar al corriente de la política del Viejo Mundo y de las fluctuaciones de la literatura en la madre patria, aproximan a Veracruz con Francia. Parece que se pudiera regresar a cualquier hora” (Charnay, 1994, pág. 35).

El abad Charles Brasseur nos proporciona un enfoque diferente sobre su traslado por mar, omite las impresiones del viaje transatlántico y comienza su relato describiendo su embarcación en el vapor *Coatzacoalcos* que fleteaba la *Compañía Louisianesa de Tehuantepec*, el 12 de mayo de 1859; su traslado hacia Coatzacoalcos, Veracruz duró apenas cuatro días. Según nos describe este francés el vapor era grande, con “buenos camarotes de cada lado, muy cómodos, amueblados con el confort de los vapores norteamericanos, una cubierta con amplios pasillos arriba y a los lados” (Brasseur, 1981, pág. 22). Este viajero no hace referencia a los padecimientos del mareo, seguramente porque la distancia de su traslado

que nos relata fue mínima, en este sentido se comprende la lucidez con que contempló y registró la naturaleza: “La noche era tan hermosa y apacible que nadie pensaba en acostarse; el aire era seco y tibio, y más de un pasajero se las arregló para dormir fuera de su camarote” (Brasseur, 1981, pág. 25).

El danés Henrik Eggers describió un panorama diferente, el de las dinámicas de una tripulación militar durante la travesía transatlántica. Zarpó de la desembocadura del Loira el 16 de marzo de 1865, en el barco de hélice *La Floride* de la *Compañía Transatlántica*, que estaba acondicionado para el cómodo traslado de pasajeros. Para estos hombres: “cualquier viaje largo por mar fácilmente resulta aburrido y monótono, la simpática vida en el barco nos hizo la vida menos trivial” (Eggers, 2005, pág. 36). Eggers señala que el mareo acosó a gran parte de sus compañeros, menos a los esclavos que aunque: “nunca antes habían visto el mar, parecían estar dotados de estómago de acero, pues no les afectaba el violento movimiento que padeció el barco durante cuatro días” (Eggers, 2005, pág. 36). A diferencia de los demás viajes, la travesía hasta Veracruz a bordo de *La Floride* tuvo una duración de 31 días, un traslado que a pesar de que incluía una escala en la isla francesa La Martinica fue considerablemente rápido en relación a los viajes por el Atlántico de la primera mitad de siglo. Una travesía similar nos relata la condesa Paula Kolonitz cuando junto con la pareja imperial zarparon de Trieste escoltados por la flota francesa el 14 de abril de 1864, esta vez se hicieron dos escalas, la primera fue en Europa en una visita al papa en Roma, y la segunda en la isla La Martinica; finalmente llegaron a Veracruz el 28 de mayo. Su viaje fue sobre una fragata, es decir un barco empleado para las misiones de guerra, el cual señala no fue construido para el viaje por el Atlántico, lo que justifica en cierta parte la duración del traslado. La condesa demuestra su experiencia en las travesías, no duda en destacar su preferencia por los barcos de vela sobre los barcos de vapor, los cuales pensaba eran reflejo de la ausencia de inteligencia y habilidad del hombre para sobrevivir: “El descubrimiento del vapor ha hecho desaparecer gran parte aquella poesía, de aquel prestigio que en otros tiempos tenía la vida del marino; estancó el ingenio y la audacia” (Kolonitz, 1984, pág. 40).

Hacia 1870 Julio Verne comenzó a publicar *Una Ciudad Flotante*, un relato que describe su viaje a Nueva York en 1867 por el transatlántico de origen inglés *Great Eastern*, botado en 1858. Verne calificaba a la nave como “una obra maestra de arquitectura naval, más

que un barco, es una ciudad flotante, un pedazo de condado desprendido del suelo inglés”. No obstante, el mareo no daba tregua al coloso arquitectónico: “El mareo, esa enfermedad horrible, contagiosa y epidémica, hacía rápidos progresos. Algunos pasajeros, pálidos, ojerosos, permanecían sobre cubierta para aspirar al aire libre. La mayor parte de ellos vociferaba insultos contra el buque, que se portaba como una boya, y contra la Sociedad de fletadores, cuyos prospectos anunciaban que en el Great Eastern era imposible el mareo” (Verne, 2003).

Los desarrollos en transportes ferroviario y naval tuvieron un papel notable en la segunda mitad del siglo XIX, sus alcances permitieron el traslado de mercancía y personas tanto al interior como exterior de Europa. En esta parte se ha querido mostrar el papel de estos medios de transporte en el proceso de industrialización europea, puesto que su grado de avance se traducía en el impacto económico–comercial, y en este mismo sentido su lugar como potencia en una lista que encabezaron Francia e Inglaterra. Durante el siglo XIX las anécdotas de viajeros nos hablan de sus impresiones frente a un mundo que avanzaba técnicamente hacia la aproximación de espacios geográficos diferentes de Europa. Los avances en la industria naviera resultan importantes para esta investigación puesto que las crónicas de viajeros extranjeros en México definieron la experiencia en ultramar a partir del tipo de viaje, que englobaba la ruta, su duración y los pasajeros que lo acompañaban. El aspecto técnico que hemos planteado debe pensarse como parte importante en la construcción mental de los viajeros llegados a México, pues a diferencia del contexto europeo que trabajaba desde el sector político y comercial por el desarrollo industrial, México era un territorio fragmentado por la violencia y por consiguiente, por su incapacidad para garantizar obras de este tipo que pudieran interconectar sus espacios. Finalmente notamos que estas obras fueran medulares para el segundo imperio francés y su interés por unificar Europa, testimonios de la materialización del sansimonismo y la *sociedad industrial*.

Manifestaciones culturales de la *conciencia planetaria*.

El contexto cultural de mediados del siglo XIX retrató el impacto que generaron las transformaciones sociopolíticas e industriales en las dinámicas cotidianas de la sociedad. Las sociedades europeas y estadounidense prestaron considerable atención a los viajes, las representaciones que han trascendido en su apreciación y para el estudio histórico son la literatura, y las imágenes litográficas y fotográficas. Motivados por la idea industrial que daba cabida a la globalización, las potencias principales representaron, tanto en la ciencia como en el arte, la integración de Oriente y América a la comunidad internacional.

Aunque las probabilidades de viajar incrementaron en relación al siglo pasado, la literatura y las representaciones visuales difundieron lo que había en regiones fuera de Europa, permitiendo su conocimiento a aquellos que no les fuera posible realizar la travesía. Paralelamente motivaron en sus receptores la asimilación de un espacio global del que formaban parte y que, al mismo tiempo que reducía las distancias regionales se expandía en conocimientos; este panorama generaba vínculos entre sujetos y tipos culturales, no precisamente con el objetivo de identificarse con ellos, sino más bien para reflexionar en torno a su espacio individual en la sociedad, en la cultura, la historia, y que en conjunto impactaban en las escalas: regional, nacional e internacional; lo cual suscitaba que el espectador se reconociera como un sujeto partícipe del orden mundial que se ampliaba. De esta forma ha permanecido la idea de que los viajes son medios de conocimiento y en este sentido Herman Melville incluso consideraba que leer este tipo de relatos era igual a viajar:

Entre sus beneficios secundarios se cuenta el de comprobar, con nuestros propios ojos, los logros más sobrecogedores de la naturaleza o del hombre, y cómo cada individuo los aprecia de distinta forma según su personalidad. Pero podemos valorarlo incluso leyendo y comparando las obras de todos los escritores viajeros. Es lo que hacen los grandes hombres que aspiran a viajar (Melville, 2011, pág. 17).

La literatura ficcional y científica en torno a los viajes es abundante, lo que constata la relevancia de esta práctica en el siglo XIX. Entre las novelas emblemáticas de este corte se enuncian *Moby Dick* (1851) de Herman Melville, la extensa obra de Julio Verne (1873) y

Gustave Flaubert⁸ (1821-1880). En cuanto a las crónicas de viajes científicos, el *Ensayo Político de la Nueva España* de Humboldt es el referente por excelencia del viaje decimonónico, y el primero de una lista que se extiende a un total de 394 relatos de viajeros extranjeros tan solo en México entre 1810-1910 (Bernecker, 2003).

Hacia la segunda mitad del siglo XIX se percibe gran interés por la representación visual de diferentes espacios y culturas, que eran transmitidas a través de litografías, daguerrotipos y fotografías. En 1839, el daguerrotipista francés Noel Mearie Lerebours tuvo la idea de capturar en litografías y grabados, diferentes regiones del mundo, para esto tuvo que proveer de equipo portátil de daguerrotipia a los viajeros que harían el trabajo, la publicación de este proyecto se consolidó en exitosos álbumes. En París de 1841 aparecieron finalmente las *Excursions daguerriennes: Vues et monuments les plus remarquables du globe*, este álbum incluía los viajes a Medio Oriente de Frédéric Goupil-Fesquet y el célebre pintor Horace Vernet; el viaje a Grecia del canadiense Joly de Lotbinière; y un álbum anónimo sobre Moscú, entre otros (Debroise, 1989, pág. 24).

Louis Figuier nos da a conocer la relevancia que tuvo la representación fotográfica al incluirse por primera vez en la exposición universal de 1859. Según nos cuenta, apenas se conocían los métodos de la fotografía cuando un grupo de hombres se lanzó en todas direcciones del mundo para conseguir vistas de sus monumentos, edificios y ruinas. Algunos de estos fueron: François Joseph Édouard de Campigneulles quien se dirigió a Medio Oriente de donde regresó con una serie compuesta de más de cuarenta vistas de los principales monumentos de Siria, Egipto y Arabia; el artista inglés Graham viajó a Jerusalén con los deseos de hacer una colección fotográfica de tierras bíblicas que se configuró de cincuenta vistas; Tuccioni ofrecía imágenes de Roma; Eugene Piot se había dirigido a Grecia y Clifford a España. El conjunto de estas imágenes recibió el título de *Voyages Photographiques* (Figuier, 1860).

Tal como sucedió con la literatura, los álbumes de imágenes hicieron del mundo un objeto móvil y consultable, acercaban a sus espectadores hacia los monumentos, regiones y

⁸ *Viaje a los Pirineos y a Córcega* (1840), *Viaje a Italia y Suiza* (1845), *Por los campos y las playas* (1847), *Viaje a Oriente* (1851) y, a lado de Maxime Du Camp *El Nilo: Cartas de Egipto* (1849).

culturas que los viajeros habían retratado; muy acertadamente el erudito francés Alfred de Musset señaló “es el mundo en un portafolio, es el espectáculo en una silla” (Figuier, 1860, pág. 36). En esta forma de acumular el mundo trasluce la perspectiva simbólica de su poseedor, que las consideraba como un medio de conocimiento, pero también de poder sobre el mundo. “Coleccionar fotografías es coleccionar el mundo (...) Significa establecer con el mundo una relación determinada que parece conocimiento y por lo tanto poder” (Sontag, 2006, págs. 15-16). Aunque Susan Sontag se refería principalmente al acto de fotografiar podemos decir que la dualidad de conocimiento/poder se generaliza no solo al retratar diferentes partes del mundo, sino al coleccionarlo. De esta forma concedemos la importancia del coleccionismo visual del mundo como una forma de transmitir la diversidad de éste pero al mismo tiempo las aspiraciones y el trabajo continuo por poseerlo. Más adelante tratamos con mayor detalle la percepción de esta idea con el tema de las exposiciones.

La admiración por la fotografía incrementó debido a su capacidad para capturar momentos directamente, sustituyendo a la pintura y la litografía en los estudios científicos y oficiales, principalmente porque contribuía al abanderamiento de la ciencia por la verdad:

El mundo entero se veía ahora de nuevo a través de los ojos del fotógrafo, el cual captaba verídicamente las imágenes de las reliquias de las civilizaciones antiguas, mostraba paisajes que hasta ahora sólo se conocían por las descripciones inexactas y exageradas de viajeros y grabadores que eran mirados con recelo desde que la fotografía revelaba la verdad... (Helmut Gernsheim, pág.129, citado por Ochoa 2001).

La historia de las artes visuales reiteradamente da cuenta de su limitado y selecto alcance de consumo. En su contraparte, el periódico tuvo mayor trascendencia e impacto en la población mayoritaria siendo el principal medio de comunicación que acompañó y motivó los desplazamientos hacia territorio mexicano, además de las noticias que acontecían en las regiones, por este medio los diplomáticos se enteraban y daban a conocer las disposiciones oficiales; se alentaba a los migrantes a desplazarse a otras regiones que se pensaban más lucrativas; asimismo, los viajeros conocían las rutas, los tipos de transportes, su duración, dónde hospedarse etc.

El conocimiento de diversas regiones inhóspitas del mundo fue introducido en la sociedad europea a través de diferentes formatos en los que se promovieron la inclusión o

definición, tanto del espectador como del espacio, dentro de la cosmovisión mundial del siglo XIX. La gama de manifestaciones culturales nos habla del impacto que tuvieron en la población, motivando los desplazamientos de individuos bajo diferentes objetivos. La atracción por regiones exóticas y lejanas en Oriente y América Latina movilizó a científicos, aventureros, diplomáticos, migrantes y artistas europeos que bajo la metodología de su quehacer retrataron estas regiones.

En suma: el traslado más rápido, el conocimiento de otras regiones mediante la literatura y las imágenes, así como la mentalidad, producto de ideas políticas con objetivos específicos, suscitó interpretaciones de los diferentes espacios geográficos que contribuyeron a la construcción de identidades locales, haciéndose acreedores a un lugar en el orden mundial que se había comenzado en el siglo XV y que durante el siglo XIX se definió con la formación de los estados nacionales. Las regiones que comenzaban a integrarse en una idea planetaria del mundo categorizado por Europa, estuvieron sometidas al estudio, conocimiento y moldeadas de un discurso que proyectaba la globalización.

Los viajeros como proveedores de conocimiento.

Existen numerosas fuentes del siglo XIX que registraron las perspectivas de nacionales y extranjeros en torno al papel de México en la comunidad internacional que se estaba configurando, algunas de ellas fueron la correspondencia de migrantes y empresarios; los artículos de la prensa, los despachos de ministros; los discursos políticos y las crónicas de viajeros. El contexto que concedió mayor circulación de personas hacia diferentes espacios estuvo determinado por las posibilidades de adentrarse a las regiones, que anteriormente eran distantes por las dificultades orográficas y las restricciones políticas, de tal forma que durante el siglo XIX el conocimiento del mundo se mostró progresivamente menos impreciso.

En la segunda mitad del siglo XIX fue importante terminar con las barreras que impedían la circulación comercial. Tal como sucedió en la Nueva España; la segunda guerra del opio de 1856 y la firma del Tratado de Tianjin entre Francia, Estados Unidos, Inglaterra y Rusia, obligó a China a establecer una sede donde dichos gobiernos pudieran instalarse con

fines diplomáticos, asimismo se le obligaba a abrir sus puertos al libre tránsito de extranjeros por sus costas (Fairbank, 1996). Las prioridades de este siglo fueron el establecimiento de medios que dieran cabida al conocimiento del mundo y su transmisión con el fin de aprovecharlo y obtener beneficios “mutuos” —discursivamente hablando— entre las naciones que compartían la idea de una comunidad internacional.

En el tiempo que la corona española dominó su colonia americana, se presentaron dos limitantes entre Europa y Nueva España; una fue de tipo tecnológico y general, pues los veleros propulsados por corrientes de aire eran lentos, pequeños, inseguros e incómodos; al mismo tiempo, la geografía accidentada al interior del territorio dificultaba el desplazamiento; la segunda causa fue que España restringió el acceso de la gran mayoría de extranjeros a su colonia. Ante estas circunstancias, el conocimiento de la región y su integración en el naciente mundo moderno del siglo XVI tuvo limitantes; no se podía integrar el territorio mexicano en un catálogo científico que Europa había comenzado del mundo sino se sabía con precisión qué recursos constituían esta región.

A partir de 1821 se permitió la circulación de extranjeros de nacionalidad indistinta en el territorio que anteriormente comprendía el virreinato de la Nueva España, destacaron norteamericanos, ingleses, franceses y alemanes en calidades diferentes, es decir, que podrían ser diplomáticos, migrantes o viajeros. Este horizonte se vio favorecido por las políticas de migración y extranjería, resultado de la promulgación de Independencia; la infraestructura de transportes; y las posibilidades de crecimiento económico que caracterizaron el discurso de la prensa y las crónicas. El levantamiento del cerco exclusivista en que la corona española había mantenido al territorio mexicano por tres siglos, significó el conocimiento y reconocimiento de las demás naciones de un territorio del que sabían cosas aisladas y que ahora se mostraba independiente y abierto al estudio “Hasta entonces, en el medio científico francés, el conocimiento sobre el México precolombino era esencialmente “libresco”. Se basaba en las traducciones de los cronistas españoles, en algunos documentos publicados y en narraciones de viajeros como Humboldt” (Pascal Riviale págs. 308-309, citado por Esther Aillón Soria, 2004). Juan A. Ortega y Medina señala que durante la primera mitad del siglo XIX, los viajeros que llegaron a territorio mexicano, fueron en su mayoría anglosajones que se dieron a

la tarea de actualizar aquellos datos que consideraban que ya no eran vigentes o eran limitados.

El conocimiento de esta región se amplió gradualmente lo que definió la mirada, y por consiguiente los intereses de las potencias comerciales sobre este espacio, y que posteriormente fueron expresados en asedios, inversiones capitalistas e intervenciones militares. El territorio mexicano llamó particularmente la atención por dos aspectos: el primero es que posee una de las partes más angostas del continente americano, el Istmo de Tehuantepec, —las otras dos son Nicaragua y Panamá—, y el segundo, es la herencia del imaginario de un territorio de incontable riqueza natural que los cronistas indios describieron y que Humboldt reiteró a inicios del siglo XIX.

La apertura de una ruta que conectara los océanos Pacífico y Atlántico fue una idea que ya habían dado a conocer Hernán Cortés y Alexander de Humboldt (Humboldt, 1966, pág. 467), sin embargo éstas no pasaron de ser meras observaciones. Durante la segunda mitad del siglo XIX esta propuesta alcanzó un interés permanente entre Norteamérica, Francia e Inglaterra, pues era un lugar estratégico para agilizar el flujo comercial entre Europa y Oriente; y la comunicación entre Nueva Orleans y Nueva York, evitando así dar la vuelta por Cabo de Hornos, equivalente a 40 días de viaje (Aoyama, 2013, pág. 72).

Diferentes regiones se integraron paulatinamente al orden mundial que enarbolaba la modernidad y civilización; sin embargo, su aprovechamiento económico, político y el intercambio cultural no fueron recíprocos. Debe precisarse que no era objetivo de los viajeros estudiar a México para integrarlo dentro de las naciones civilizadas. La realidad fue que el desarrollo en comunicaciones y transportes era nulo, y principalmente dominaba la inestabilidad lo que impedía su avance industrial, al mismo tiempo que la inversión de capital llegó a ser para muchos empresarios la quiebra. Ante esa situación México no podía más que continuar articulado al mundo exterior como proveedor de materias primas.

El ingreso de diplomáticos, migrantes y viajeros europeos a México significó diferentes formas de relacionarse y ver este territorio. Los primeros dieron cuenta de la situación política a través de despachos dirigidos a su nación, muchas veces criticando las desavenencias del estado mexicano. Los migrantes al ser los que más interactuaban con la

población, se mostraron partícipes de la cotidianidad del lugar y sus hábitos (Covarrubias, 1998). Por último los viajeros tuvieron una función particular pues combinaron ambos aspectos, ya que en su mayoría eran enviados directos de alguna nación o compañía que deseaba conocer los diferentes atributos del territorio. El viajero adquiere un papel importante en la construcción de la historia decimonónica, porque su narrativa ofrece perspectivas culturales, naturales, políticas, históricas y etnográficas de la sociedad mexicana, aspectos que en la historiografía nacional quedaron de lado.

Los viajeros de la segunda mitad del siglo XIX fueron motivados a viajar a otras regiones siguiendo misiones académicas, científicas, por aventura o intereses comerciales. La época de los descubrimientos se había superado, los viajes ya no eran a ciegas, sino con finalidades definidas. La seguridad en los traslados hizo de aquel conocimiento meramente libresco, una experiencia directa entre el viajero, el paisaje, los nativos y el traslado mismo. Ya no bastaba saber acerca de otras regiones mediante las pinturas, litografías, fotografías y relatos, sino que ahora se podía vivirlo en carne propia: *Los libros de viaje no satisfacen el ansia: tan sólo estimulan el deseo de ver* (Melville, 2011). Esta cita de Herman Melville, abarca el significado de la práctica viajera como una experiencia en la adquisición del conocimiento que comprende desde los preparativos, pasando por la interacción con la región que se visita, hasta el registro escrito o visual de su travesía; su transmisión daba continuidad a esta actividad al mismo tiempo que compartía y difundía sus impresiones recomendando al próximo viajero prever circunstancias o sitios de interés.

Los relatos de viajeros suelen contener datos, balances, descripciones, información que ayuda a conocer y estudiar un espacio que no era tan fácil de comprobar personalmente, de modo que las crónicas fueron vaciados de palabras o dibujos sobre lo que el viajero vivió y observó para que sus homólogos pudieran estudiarlos y en determinados casos, prepararse para su propia experiencia. Los viajeros son sujetos cuya preparación les permite comprender lenguajes de diferentes disciplinas sin necesariamente llegar a ser especialistas.

Las crónicas de viajeros llegados a América durante la segunda mitad del siglo XIX tienen como referente principal los registros de Alejandro de Humboldt. El positivismo y cientificismo nacientes marcaron indudablemente la forma discursiva de los relatos de viaje.

Los viajeros que a continuación se estudian trabajaron por dejar de lado la vaguedad en la información que dominó en la narrativa de sus homólogos de los siglos XVIII y en los inicios del siglo XIX. Buena parte de ellos ya habían conocido otras regiones más allá de la natal lo cual les permitió asociar y diferenciar características con otras regiones; así como la capacidad de desarrollar argumentos según las necesidades de la travesía reforzando o modificando ciertas categorías; todo esto con la finalidad de integrar a México en el almanaque que hacían del mundo.

Los recursos retóricos que emplearon los relatos de viajeros decimonónicos promovieron la construcción de identidades de los lugares que visitaban, al mismo tiempo que ellos reiteraban la suya, la cual se sobreponía por la posesión de la pluma; de esta forma el registro difundía y tenía como finalidad que el lugar del viajero y el otro fueran reconocidos.

Estos relatos no solo nos hablan de sus impresiones del lugar que visitaron sino la finalidad de su empresa y la interpretación en que el patrocinio orientó su forma narrativa. En los primeros años del México independiente, las crónicas viajeras de anglosajones frecuentemente estuvieron cargadas de críticas hacia España como la culpable de que su herencia cultural había quedado fuertemente arraigada en México evitándole avanzar sin aquel yugo (Medina, 1987). De esta forma los viajeros son tomados como recursos y discursos políticos que nos hablan de la competencia entre las potencias por sobreponerse a las demás.

Para conocer la naturaleza, la población y la riqueza en territorio mexicano, bastaba con leer el relato de la región escrito por Humboldt. No obstante, las circunstancias históricas que México presentó demandaron la actualización, principalmente de su política y sociedad. Algunas naciones no se contentaron con lo que ya se había escrito, necesitaban una visión “objetiva” descrita por uno de los suyos.

En los siguientes apartados se tratan algunos de los viajeros que se movilizaron siguiendo objetivos principalmente militares y científicos. Por una parte los relatos de viajeros con cargos oficiales o militares están envueltos de descripciones anecdóticas que se enmarcaron del contexto diplomático y político de la aventura mexicana, entre los que han figurado principalmente la condesa Paula Kolonitz, Carl Khevenhüller, y en esta investigación Henrik Eggers. Por otro lado, la travesía de los viajeros científicos tuvo como objetivo

principal diagnosticar las conveniencias del territorio mexicano para su aprovechamiento; si bien la lista es extensa esta investigación se limita al estudio de Désiré Charnay y Charles Brasseur.

México en las exposiciones europeas de mediados de siglo.

Las miradas de los viajeros decimonónicos contribuyeron a la categorización de espacios fuera de Europa para integrarlos en el orden mundial. A través de los vestigios arqueológicos y recursos naturales que los viajeros pudieron trasladar se configuraron las exposiciones que se concibieron como una forma de congregar a diferentes regiones del mundo en un solo espacio. De esta forma veremos a continuación que los viajeros además de registrar sus impresiones, también son colectores de objetos que conjugados con su narrativa sirvieron para interpretar y construir un discurso no solo sobre el espacio que visitaron, sino su lugar y relación con la comunidad internacional en construcción.

En diferentes momentos del siglo XIX se montaron exhibiciones en Norteamérica y Europa que se nutrieron de los objetos recolectados por los viajeros. La evolución e impacto de las formas expositivas se dio de forma paralela a la creciente información que generaban estos sujetos. De modo que las exposiciones fueron representaciones de la racionalización del mundo bajo la mirada occidental que apuntaba a la globalización.

Antes de referirnos a la organización de estas exposiciones, debemos plantearnos cómo fue que los viajeros se hicieron de los objetos e información. En primer lugar fue a través de la experiencia directa transmitida por los relatos; en segundo término se habla de las redes científicas que permitieron la configuración de círculos intelectuales tanto en Europa como en América, de tal forma que a través de estas redes “Europa trababa conocimiento del mundo y de estar en él” (Pratt, 2010, pág. 68). Mediante la creación de instituciones de estudios científicos, en su gran mayoría europeos, la región occidental se sobrepuso a los demás espacios, sus aspiraciones, alcances y parámetros se enmarcaban en las bases ideológicas de la época que pregonaban las ideas modernas de civilización/progreso. La clasificación fue la práctica científica que evidenció esta posición, que al mismo tiempo les permitió construir “su

campo de estudios, y sus teorías sobre la cultura material, las creencias y el grado de civilización de las sociedades indígenas” (Riviale, 2005, pág. 23). La importancia que adquirieron las prácticas de recolección de datos y objetos en Hispanoamérica mostró una evolución continua de las implicaciones que la ciencia demandaba para su institucionalización durante el siglo XIX; entre ellas destacan la redacción de instrucciones para la recolección de datos e información de colecciones; la difusión del conocimiento se comenzaba a ofrecer en exposiciones museísticas y revistas académicas, y finalmente, la configuración de la comunidad científica internacional con los primeros congresos en la segunda mitad de la centuria (Riviale, 2005, págs. 27-34).

Los resultados de estos trabajos deben entenderse con el trasfondo de que son herramientas políticas con dos escalas de efecto: la primera, es limitada, se refiere a los registros como evidencias del viaje científico dirigido a su patrocinador —para el caso de Charnay y Brasseur, el emperador francés— a quien le interesa conocer la región para planear la estrategia más conveniente a sus proyectos políticos. Consecuentemente la divulgación, es decir, la representación de los mismos registros, pero interpretados y seleccionados, para dirigirlos a un público más amplio y menos especializado, en este sentido se organizaron las muestras y exposiciones.

La configuración de la comunidad científica no se limitaba exclusivamente a los estudiosos, por el contrario, Pascal Riviale señala el trabajo combinado entre las expediciones oficiales, instrucciones oficiales e iniciativas particulares, en las que se incluye la ayuda voluntaria de marinos, médicos, ingenieros, etc. (Riviale, 2005, págs. 27-28). La especialización que más tarde se alcanzó delimitó los estudios a partir de la preparación académica y de los espacios geográficos, fue así como comenzaron a formarse los americanistas.

El interés por estudiar diferentes regiones del mundo fue general entre las principales potencias del siglo XIX, sin embargo no todas recibieron la misma atención. Durante el segundo imperio, el Ministerio de Instrucción Pública de Francia dio continuidad a las misiones que Napoleón *El Grande* había organizado en Egipto, y las antiguas Roma y Grecia. Entre 1850-1865, las áreas de Geografía e Historia Natural dirigieron principalmente su

atención hacia África y Asia; mientras que en la Etnología, Europa fue estudiada con mayor frecuencia, de esta forma América Latina se colocaba en cuarto lugar (Riviale, 2000).

En diferentes momentos de la centuria se configuraron diversos centros científicos de lugares y disciplinas distintas, la *Société Asiatique* (1824), la *Société Orientale* (1841), la *Société Historique Algérienne* (1856), la *Société de Géographie*, la *Société d'anthropologie* y la *Société d'Ethnographie* (Riviale, 2005). La relevancia de México como objeto de estudio se define por los centros que se dedicaron expresamente a dicha región o que la incluían: la *Comisión Científica del Pacífico* (1862-1863), la *Academia de Ciencias Leopoldina*, la *Société Américaine de France* (1857)⁹ y el *Ministerio de Instrucción Pública de Francia*, dentro del cual se creó por decreto imperial la *Commission Scientifique du Mexique* en 1864 cuya tarea principal fue el estudio del territorio mexicano desde diferentes disciplinas¹⁰ :

Artículo 1°. La expedición científica tiene por objetivo un conjunto de estudios y de investigaciones propias a hacer conocer, desde todos los puntos de vista, a México y las regiones limítrofes. Art. 2°. Esta exploración se hará principalmente, sobre la geografía, la constitución geológica y mineralógica del país, la descripción de las especies animales y vegetales, el estudio de los fenómenos atmosféricos y de la constitución médica de las distintas razas, de sus monumentos, de su historia, etc (*Archives de la Commission Scientifique du Mexique*, citado por Ramírez Sevilla & Ledesma Mateos, 2012).

También los estudiosos mexicanos formaron sus propias comunidades: la *Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*; y la *Comisión para la elaboración del Atlas Nacional* (Soberanis, 2004). Los intereses mutuos con los miembros de la *Commission Scientifique du*

⁹ Los resultados de estas comisiones están descritos en *Les Archives de la Commission scientifique du Mexique* y 16 volúmenes de lo que lleva por título *Mission Scientifique au Mexique et l'Amérique Centrale*, dirigidas a los extranjeros que deseaban conocer más sobre el territorio y que quisieran invertir en la región. Soberanis, Alberto, "Sabios, militares y empresarios. Sansimonismo y exploración científica" en *México Francia Memoria de una sensibilidad común*, Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Colegio de Michoacán, CEMCA, 2004, pág. 266. Asimismo se exhibieron numerosas piezas arqueológicas en la exposición universal de París en 1867, resultados de la *Commission scientifique du Mexique* y de las misiones científicas del Ministerio de Instrucción Pública. Riviale, Pascal, "Las colecciones americanas en Francia en el siglo XIX: objetos de curiosidad, objetos de estudio" en *Los americanistas del siglo XIX. La construcción de una comunidad científica internacional*, España, Iberoamericana, 2005.

¹⁰ La gama de disciplinas que consideraba esta comisión quedó distribuida en cuatro comités: I) Ciencias Naturales y Médicas, II) Ciencias Físicas y Químicas, III) Historia, Lingüística y Arqueología y IV) Economía Política, Estadística, Trabajos Públicos y Cuestiones Administrativas. Ramírez, Sevilla y Ledesma, Mateos, "El Cuestionario del V Comité de la Commission Scientifique Du Mexique ¿progreso o colonización?" en *El imperio napoleónico y la monarquía en México*, México, Siglo XXI, 2012.

Mexique condujo al trabajo en conjunto, de tal forma que los mexicanos fueron lo que Pascal Riviale llama corresponsales, sujetos en diferentes espacios que estudiaban e intercambiaban información científica y objetos a partir de relaciones científicas transnacionales (2005, pág. 32).

Ahora bien, en 1850 el Ministerio de Instrucción Pública de Francia definió que las misiones oficiales serían patrocinadas pensando en que sus resultados fueran un beneficio público y una utilidad nacional. Asimismo fijaba en su Art.2 que los resultados escritos u objetos recolectados serían propiedad del Estado (Riviale, 2000). De esta forma, el gobierno no solo se adjudicó la compilación de conocimientos que resultaban de las travesías, sino también su resguardo, lo que demostró su interés y capacidad para producir y organizar el conocimiento del mundo, al mismo tiempo que evidenciaba las dificultades de la travesía. Esta información es importante para la investigación puesto que dos de los viajeros que aquí se tratan fueron miembros de la *Commission Scientifique du Mexique* y auspiciados por el Ministerio.

Con una extensa tradición por el coleccionismo y las exposiciones, en 1850 Francia demostró su atención por las antigüedades americanas al concederles una sala del museo del Louvre o Museo Nacional de Francia, donde se fundó el *Musée Américain*; a pesar de que contó con donaciones para su colección cerró sus puertas pocos años después por la ausencia de un proyecto que justificara su relevancia dentro del recinto que se pavoneaba del resguardo de las bellas artes, pues la ala conservadora de sus miembros no veían con los mismos ojos a los vestigios americanos. En 1864 y 1867, durante la Exposición Universal, la *Commission Scientifique du Mexique* exhibió las colecciones que resultaron de sus estudios en México, y finalmente en 1878, se ofreció una exposición como resultado de las misiones científicas del Ministerio de Instrucción Pública.

El coleccionismo y su exhibición atrajeron diferentes intereses, mismos que se reflejaron en las prácticas museísticas durante el siglo XIX. Con el inicio de las Exposiciones Universales en 1851, su quehacer estuvo orientado hacia la consolidación de las relaciones internacionales y la formación de la comunidad, en este sentido la inclusión de naciones en este tipo de proyectos deben verse principalmente como una parte del engranaje que

motivaban los intereses/negociaciones políticos-económicos, donde la incorporación de regiones no fue inocente, como bien señala Carmagnani: “ningún Estado soberano puede ser excluido del sistema internacional si acepta la regla de que su importancia en el escenario mundial se medirá por la potencia económica y militar, la colocación geográfica y la capacidad para entablar coaliciones y alianzas con otros Estados soberanos en las coyunturas de crisis entre los Estados” (Carmagnani, 2011, pág. 201).

La vértebra prima de las exposiciones universales fue que las naciones participantes mostraran sus avances más representativos en la ciencia e industria. Su origen se remite a la Exposición Industrial Francesa de 1844; su idea principal fue motivar la industrialización por medio de ferias en las que se exhibieran sus adelantos. Tal fue su éxito que sucesivamente se organizaron eventos similares en Suiza y España (1845), Bruselas y Bordeaux (1847), Rusia (1848), Lisboa y nuevamente París (1849) (Mejía, 2007, pág. 39)

La primera Exposición Universal estuvo organizada por Inglaterra en 1851, su sede fue El Palacio de Cristal, construido exclusivamente para albergar la expo, “La Inglaterra, con el Canadá, las Indias, Australia y sus demás posesiones, ocupaban más de la mitad del edificio. El resto lo ocupaban las demás naciones, de manera que se puede decir, que la Inglaterra no cedía más que la mitad de la casa a sus huéspedes” (Payno, 1997 , pág. 66), entre las naciones invitadas se encontraron: Estados Unidos, Rusia, Suecia, Noruega, Dinamarca, Alemania del norte, Zollverein, Austria, Holanda, Bélgica, Francia y sus colonias de Argel, Suiza, Italia, España y Portugal, Grecia y Turquía, Egipto, Túnez, Persia y China, se había logrado congregarse a naciones de los diferentes continentes. Entre los artículos se exhibieron herramientas para la agricultura, textiles, industria de transportes; muestras mineralógicas, de piedras preciosas, pieles y de los recursos naturales más representativos de la región (semillas o el fruto mismo); objetos de quincallería, pianos, carruajes y armas; artesanías, joyería, vestigios exóticos, obras de arte, textiles, muebles. La participación de América del sur fue mínima, solo estuvo representada por Brasil y, en cierta forma México había logrado colarse con la participación de figuras de cera que según nos cuenta Payno, fueron elaboradas por un artesano italiano (Payno, 1997 , pág. 66).

No había nación más poderosa y capaz de realizar una exposición de tal impacto y convocatoria que Inglaterra, capital de la industria y el progreso. Es por esto que las Exposiciones Universales deben pensarse como una herramienta del poder político y económico para la construcción de la naciente idea de comunidad internacional. Participar en este tipo de proyectos fue de gran importancia para aquellas naciones que aspiraran a la industrialización. La convivencia de las naciones con desarrollo económico significativo, junto a los espacios considerados incivilizados se piensan en dos sentidos: el primero lo retomamos del discurso pronunciado por el arzobispo de Canterbury en la apertura de la Gran Exposición: “Nosotros te damos gracias, te honramos y te suplicamos que dirijas esta asamblea de tal suerte, que se encamine a la propagación de la paz y la benevolencia entre las diversas razas del género humano” (Payno, 1997 , pág. 62), el carácter religioso acentúa su idea de la ayuda al prójimo, la industria se convierte en la razón que conduce a la paz entre las diferentes regiones, más aún, una industria preconizada y con esta exposición resguardada *bajo el mismo techo*¹¹, y promovida por Inglaterra. El segundo sentido es que, el hecho de ser invitados al concierto de las naciones significaba la admisión legítima de ciertos espacios a la modernidad, aunque no con la misma relevancia e impacto.

La congregación de naciones con despunte económico e industrial en la capital inglesa fue una oportunidad que los estudiosos de las distintas regiones no se podían perder. Las herramientas que habían conducido a aquellas naciones al progreso, fueron exhibidas para que un público más amplio y diverso las observara y estudiara, así, se informaban de las novedades que en los diferentes países habían o se producían, “Algunas naciones de Europa y América enviaron comisionados para el estudio de ramos especiales, como por ejemplo, la maquinaria, los adelantos de la cuchillería, los tejidos de lana, etcétera.” (Payno, 1997 , pág. 65). La Exposición Universal ofrecía a este tipo de visitantes el panorama de la industria a nivel internacional, con lo cual se esperaba que una vez que su patrocinador fuera informado, pudieran formular proyectos para consolidar o insertarse en el círculo de las sociedades

¹¹ “Hasta entonces las colecciones mostradas por cada país se exhibían en las inmensas salas comunes de los grandes palacios expositivos sin que se estableciera otro elemento de diferenciación o identificación que los carteles indicadores, diseñados por los organizadores. El único rasgo definidor de las diferentes identidades nacionales era el nombre del país y su bandera, aunque en realidad fueron las propias colecciones exhibidas los referentes directos y más decididamente evocadores de esas identidades”. Herrera, M., *Puebla en las exposiciones universales del siglo XIX*, México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2014, pág. 173.

industriales, Manuel Payno fue uno de esos personajes que harían llegar esas noticias a México. El parámetro principal para que las naciones formaran parte de esta primera edición fue el desarrollo industrial, no obstante conforme avanzaron las ediciones las temáticas se ampliaron lo que repercutió en la gama de naciones participantes.

En un texto que se lee un Manuel Payno ansioso porque México participara en la Exposición Universal saltan las aspiraciones del lugar en que la nación se hubiera podido ubicar. En más de una ocasión, Payno señala que la participación de México en este evento le daría la proyección que le permitiría contarse dentro de las naciones civilizadas, ¿Cómo se podía denotar esto en la exposición? Mostrar la versatilidad de los recursos, paralela a la ausencia de industria, resultaba poco prometedor, por un lado se continuaba proyectando la imagen de una región de incontable riqueza, sin embargo desde su independencia no había potencia europea que lo aprovechara afectando más bien al desarrollo industrial —por entonces nulo—, siendo su causa principal la ingobernabilidad de la región. A los ojos de los hombres decimonónicos este territorio rebozaba de recursos naturales pero en estado estático. La esperanza de ver a México unida al concierto de las naciones civilizadas fue constante entre liberales y conservadores, cómo trataban de materializarlo fue la diferencia que constituía los principios de cada proyecto político, ya fuera en inversión e/o intervención extranjera. Para que el capital extranjero se animara a invertir en el territorio mexicano debía asegurarse estabilidad social y política, pues las guerras y cambios del primer mandatario muchas veces fueron pérdidas para comerciantes y empresarios que el gobierno mexicano no saldó.

El mundo comercial lo que desea no es el despotismo y la dominación, sino la conquista filosófica y pacífica de los países nuevos y vírgenes, donde el jornalero que muere de frío en los largos inviernos del norte, sea un pacífico y laborioso propietario, y donde el agricultor, el banquero y el fabricante encuentren un modo útil de emplear sus talentos y sus capitales (Payno, 1997 , pág. 83).

El escritor mexicano vio en estos eventos una gran oportunidad para que los inversionistas industriales conocieran y valoraran las riquezas de México: “Se habría despertado indudablemente la atención de los capitalistas que hubieran quizá emprendido la explotación de algunos productos nacionales, la construcción de caminos y el establecimiento

de fábricas” (Payno, 1997 , pág. 83). Dentro del proceso de industrialización del siglo XIX, México y América Latina se percibieron principalmente en calidad de dependientes del capital extranjero y una fuente de abastecimiento de materias primas. Payno aspiraba al crecimiento de México a partir y en beneficio de la nación misma, señalaba que de asistir un grupo de estudiosos mexicanos a eventos de esta índole, los resultados serían muy favorables a la nación:

A estas grandes solemnidades de la ciencia México por lo menos debía mandar una comisión de personas instruidas que estudiaran la maquinaria y las aplicaciones de la química a la agricultura y a la industria, adquiriendo los modelos de botes, de fábricas, de puentes, de instrumentos y de edificios. Seguramente muchos de nuestros ramos de explotación recibirían una mejora considerable, y la enseñanza de nuestros colegios no permanecería estacionaria, como sucede por lo común (Payno, 1997 , pág. 84).

Como se ha de observar en los capítulos siguientes hubo muchos proyectos sobre la mesa pensados para llevar a México al progreso, sin embargo en ocasiones parecen pasar por alto el contexto violento de mediados del siglo.

Francia, siguiendo siempre a Inglaterra fue sede de la segunda edición de la Exposición Universal de 1855, bajo decreto del emperador Napoleón III en esta exposición se vincularon la industria y las bellas artes. Para esta nueva modalidad se emplearon cuatro espacios: el Palais de L'industrie en los Campos Elíseos (d'Orsay, 2006), en este lugar se recibían los visitantes al mismo tiempo que albergaba las industrias, fábricas textiles, productos químicos y muebles; en un anexo que se extendía a lo largo de un kilómetro del Sena se mostró la galería de máquinas; ambos edificios se conectaban por la Rotonda de los Panoramas, que servía de eje central de la exposición, además de que fue asignado para las industrias de lujo; finalmente estaba el Palacio de Bellas Artes que resguardaba 5.000 pinturas (Marc Maison , 2016).

La logística que fue aplicada para la exposición parisina contemplaba los parámetros de admisión y clasificación. La supervisión de los objetos que serían admitidos quedó repartida entre la Comisión Imperial, los anfitriones y la Comisión de la nación expositora, que se constituyó a conveniencia de la primera. En esta edición México fue invitado a participar; la comisión encargada de reunir y seleccionar los artefactos que serían exhibidos estuvo integrada por Pedro Escandón, secretario de la legación de México en París, los señores

conde de Brignola, Guillermo O'Brien, cónsul general de México en París, Juan N. Adorno, Juan Agea y D.J. Guillemín (Feria, 2014, pág. 150). Esta vez la presencia de México fue notable frente a otros espacios de América Latina:

Al evento concurren 20 839 expositores, de los cuales 10 691 eran nativos de Francia y sus colonias, 2 574, de Gran Bretaña y sus colonias; de los países americanos, Estados Unidos participó con 130 expositores, México con 107; Nueva Granada, con 13; Guatemala, con 7; Argentina con 6; Costa Rica, con 4 y República Dominicana, con 1. La colección mexicana obtuvo 19 recompensas: 4 medallas de primera clase, 8 de segunda clase y 7 menciones honoríficas (Feria, 2014, pág. 153).

Francia fue sede de las Exposiciones Universales durante la segunda mitad del siglo XIX en intervalos de once años —1855, 1867, 1878, 1889—. La Exposición Universal de 1867 resulta importante para efectos de esta investigación puesto que la participación de México se percibe con mayor notoriedad. En el trasfondo sociopolítico en el que se desvanecía el sueño de la aventura mexicana en 1867, el contexto permeó la organización así como la forma y los objetos que México exhibiría en París.

En esta ocasión se erigió el Palais Omnibus que ocupó una parte del Champ de Mars. La exposición estuvo abierta entre el primero de abril y el 31 de octubre de 1867. La novedad en esta edición fue que se asignaron los espacios en pabellones nacionales personalizados. Esta nueva forma de organizar a los expositores daba un sentido de experiencia visual y más directa con lo que había en las naciones participantes, no obstante, muchas veces surgía de las concepciones tergiversadas del conocimiento o falta de ello. La distribución de los pabellones daba un lugar físico a cada nación, ya no era una exposición universal homogénea; les brindaba la oportunidad de darle el toque arquitectónico que creían las representaba a cada una, convirtiéndose en una exposición sumamente heterogénea: “estaban una réplica del Palacio del Bardo del Bey de Túnez, un templo y un caravanserrallo egipcios que combinaban diversos elementos de auténticos edificios, una mezquita otomana y un kiosco de las orillas del Bósforo, una iglesia rumana, un museo chino, una casa de té japonesa y hasta la reconstrucción de una parte de las catacumbas romanas” (Demeulenaere-Douyère, XIII). Para el segundo imperio francés fue importante observar e integrar la ciencia, industria y cultura en los proyectos políticos y económicos, una idea que podemos considerar principalmente

napoleónica; la presencia y reunión paulatina de la historia, arqueología, artesanías, representación de costumbres o vestimenta dieron cuenta de esto.

Cuando se informó que México participaría en la exposición universal de 1867, se pensó que la *Commission Scientifique du Mexique* y la *Comisión de México* trabajarían en equipo. Sin embargo conforme avanzó 1866 y 1867, la participación de actores mexicanos se comenzó a difuminar hasta perderse. En noviembre de 1866 se reunieron en el Ministerio de Instrucción Pública, el mariscal Vaillant; personalidades ilustres como el director de la Escuela de Minas, Charles Combes, el director del Muséum d'Histoire Naturelle, Henri Milne-Edwards, Adrien de Longpérier, conservador de antigüedades del Museo del Louvre y miembro del Imperial Charles Sainte-Claire-Deville, miembro del Colegio de Francia, y León Méhédin; el objetivo de este encuentro fue para tratar lo correspondiente a la participación de México (Demeulenaere-Douyère, XIII, pág. 291). Finalmente, León Méhédin, miembro de la *Commission Scientifique du Mexique*, se encargó de diseñar el pabellón mexicano, su propuesta consistió en la reproducción de una pirámide de Xochicalco.

El trabajo museístico que se aplicó para el pabellón de México se fundamentó en que sus visitantes tuvieran la experiencia más cercana a las culturas mexicanas; no obstante la monumentalidad de la pirámide de Xochicalco tuvo que delimitarse al espacio asignado:

dos pabellones laterales que representaran las habitaciones de los antiguos mexicanos, tal como se encuentran en Teotihuacan y en Xochicalco, uno de ellos reservado para los numerosos envíos del coronel Doutrelaine, y el otro para las colecciones de arqueología y de curiosidades (...) Todo alrededor, se podrían disponer “como ornamentación los vegetales mexicanos (Demeulenaere-Douyère, XIII, pág. 294).

A pesar de los registros y vaciados que Méhédin hizo del monumento arquitectónico, la construcción que decoraba el pabellón no fue una réplica fidedigna. Las modificaciones que se hicieron fueron pensadas para que los visitantes apreciaran e interactuaran con la cultura mexicana, una novedad para la mayoría de la población europea, “la pendiente de la gran escalinata, muy abrupta en el monumento original, se suavizó para facilitar la entrada del público, y las dos serpientes que enmarcan la escalinata se colocaron al revés (...) El templo se ilumina con vitrales, pintados a partir de manuscritos antiguos, que reproducen efectos de luz” (Demeulenaere-Douyère, XIII, págs. 299-300), a esto se sumaron algunos mexicanos

vestidos folclóricamente que custodiaban la pirámide. El *estilo mexicano* tan abundante, con que se pavoneó el pabellón, fue el momento justo en el que la cultura prehispánica se descontextualizó contribuyendo a los imaginarios que se acentuaban por la carga exótica, y que al mismo tiempo adquirieron su papel como atracción turística. A diferencia de los mexicanos que como Payno ansiaban la participación de México en actos expositivos porque pensaban que el pasado prehispánico podía brindarles un lugar legítimo en la comunidad internacional; por su parte el interés de los extranjeros radicó en la exhibición de las culturas precolombinas que hacían referencia al exotismo de una región que reinterpretaban según el discurso expositivo.

El fusilamiento de Maximiliano de Habsburgo el 19 de junio de 1867, significó el fin de la “aventura mexicana”. La forma en que esto sucedió daba cuentas del grado de violencia e ingobernabilidad que atravesaba el territorio mexicano, así como de su reacción ante las pretensiones de un gobernante extranjero. La importancia de México en la exposición de aquel año fue conflictiva por este contexto; por un lado su participación significaría su incursión legítima al concierto de las naciones civilizadas que gracias a las campañas militares e intelectuales francesas habían “pacificado” el territorio mexicano; además resultaba ser la nación que ofreció su trono al archiduque respaldado por el emperador Napoleón III, quien con éstas acciones había desafiado las ideas norteamericanas que impedían a Europa inmiscuirse en la política americana; se planeaba que fuera la oportunidad precisa en que México se mostraba invitada y resguardada por Francia.

En medio del terrible final, México participó en la segunda edición de la Exposición Universal; dado este contexto sus efectos repercutieron principalmente en la logística. Con el fin de la aventura mexicana no se hicieron esperar las críticas hacia el gobierno francés sobre la forma en que se había gestado un proyecto tan geográficamente distante. A pesar de que en ese momento Francia no pudo abrazar a México con su manto de la industria y modernidad, los estudios científicos adquirieron mayor relevancia en el último cuarto de siglo; las disciplinas antropológicas y de la arqueología mexicana comenzaban a regirse bajo un método

científico en particular, para lo cual, los registros que los viajeros científicos hicieron a mediados de siglo fueron valiosos.

Las representaciones sobre cómo la comunidad internacional veía a las diferentes regiones fueron reflejo de las condiciones política, economía y social; los intereses no solo se fijaban en la consolidación nacional, sino en las aspiraciones de colocarse como potencia industrial y comercial. El territorio mexicano no pudo más que figurar en el concierto de las naciones como una región de abastecimiento de materias primas, al mismo tiempo que su identidad era evocada por las interpretaciones y adecuaciones que los estudiosos extranjeros hicieron de su cotidianidad y pasado prehispánico.

Como fue este apartado, el aparato político del segundo imperio francés, apoyado en las ideas sansimonianas de una sociedad industrial, condujeron bajo diferentes medios a la formación y difusión de una conciencia planetaria de las naciones en construcción, que se adherían por las prácticas económicas y culturales de la industrialización y civilización decimonónica. Los avances tecnológicos en transportes, así como las representaciones culturales y científicas, constituyeron el escenario que fomentó el traslado de personas y, difusión de información y conocimiento de diferentes espacios del globo. Junto con Argelia, China, Egipto y América Central, México fue estudiado por los viajeros, principalmente los franceses del segundo imperio, con el fin de conocerlo y registrar cómo podrían integrarlo en aquella idea del mundo que proyectaba la globalización. De forma que estos viajeros contribuyeron a la reestructuración, integración y difusión del conocimiento universal de mediados del siglo XIX.

El contexto que se ha descrito ayuda a comprender cómo se insertaron los siguientes discursos de viajeros en el proceso de la aventura mexicana y el segundo imperio mexicano, proyectos en que Napoleón III visualizó el papel y la inclusión del territorio mexicano a su idea planetaria de una sociedad industrial. Los factores culturales, mentales y económicos señalados, deben tenerse en cuenta para el estudio de estos viajeros, ya que constituyen su contexto europeo, distante de la situación que México atravesaba a mediados del siglo.

Capítulo II: Los antecedentes de la “aventura mexicana” desde las impresiones de dos viajeros.

Durante los siglos XVI-XVIII *El Gran tour*¹² fue la experiencia viajera por excelencia que completaba la educación de los *gentleman* ingleses, brindándoles conocimiento de diferentes regiones, personas y culturas. En esta etapa de los viajes sus acciones se limitaron a regiones exclusivamente de Europa. Época en que la curiosidad científica fue un aspecto más en la lista de motivos que incluía el capricho personal, turístico y una cualidad del status.

A lo largo del siglo XIX la logística de los viajes se fue definiendo con mayor detalle. La dupla entre la travesía y el conocimiento científico se hizo más evidente conforme se configuraron los cimientos teóricos de las disciplinas a lo largo de la centuria. El contexto decimonónico francés que dio cabida a éstos viajes comprende nuevas configuraciones en los aspectos: políticos, técnicos, socio-culturales, ideológicos e industriales. Como veremos a continuación, en Francia se conformaron diferentes instituciones y sociedades que promovieron travesías hacia diferentes regiones del mundo, lo que demuestra la atención que la sociedad gala prestó a dicha práctica; se crearon herramientas como la redacción de instrucciones o guías más detalladas para viajeros, así como la configuración del “círculo de exploradores” (1875) que Léon Méhedin propuso para impartir enseñanzas y consejos a aquellos que emprenderían la travesía; además para mostrar y difundir los resultados se habilitaron espacios expositivos como el “Museo de antigüedades” (1862) y dentro de las exposiciones universales. A pesar de éste contexto, no fue sencillo viajar para los que deseaban hacerlo con presupuesto del estado pues debían cumplir una serie de requisitos antes de que su travesía fuera autorizada. Como veremos, sin duda al paso del siglo los viajes fueron acentuando su relevancia para la configuración de las áreas científicas, y por consiguiente más valorados.

Aquel que deseara emprender un viaje científico debía presentar una solicitud al Ministerio de Instrucción Pública que a su vez era girada al Instituto de Francia y la Academia competente para evaluar su viabilidad, de ser aceptado el Instituto se encargaba de redactar las

¹² Richard Lassels fue el primero en utilizar este término en 1670, en su obra titulada *Voyage or Complete Journey through Italy*.

instrucciones “sobre la Desirata de la ciencia y sobre los medios más apropiados para alcanzar el fin indicado”. Se estableció que los resultados de “toda misión científica que haya tenido como fin recolectar monumentos escritos y figurados serán propiedad del estado, que se reserva la facultad de disponer de ellos, ya sea por la vía de la publicación, ya sea en favor de los establecimientos nacionales¹³” (Riviale, 2000, pág. 78).

Si bien es cierto que hubo interés del gobierno francés por la realización de viajes científicos, tampoco debemos olvidar que no los concebía con demasiada relevancia hasta que vislumbraba en ellos mayores beneficios. Mientras este escenario se presentaba los viajeros aspirantes debían sortear diferentes contratiempos de tipo económico, académico y burocrático. El interés del estado por las travesías ha quedado demostrado en la asignación del “fondo de viajeros” correspondiente a 20 000 francos que hacía llegar a través del Ministerio de Instrucción Pública. El valor de este apoyo fue más significativo que monetario, y fue asignado para el financiamiento de misiones en el extranjero y la adquisición de colecciones. Entre 1843 y 1857 hubo reducciones constantes al presupuesto que pasó de 112 000 a 25 000 francos, por lo cual se comprende que no fuera posible financiar un número importante de viajes obligando a muchos interesados a buscar el apoyo de mecenas, como fueron los casos de los hermanos Grandidier en 1857 y Colpäert en 1858; sus misiones fueron dirigidas hacia Perú sin compromiso financiero por parte del estado. Sería hasta 1863 que el presupuesto nuevamente ascendió a 75 000 francos y permaneció así hasta los años setenta.

En la primera etapa de la centuria, en 1819, los viajes estuvieron dedicados a misiones científicas exclusivamente de corte naturalista, en este sentido se configuró el Jardín del Rey (1635), posteriormente nombrado Museo de Historia Natural, fue el primer complejo que propuso la creación de una *Escuela de jóvenes naturalistas*, que tenía como objetivo principal la preparación de viajeros que realizarían recolecciones de “producciones útiles e interesantes de la naturaleza” (Riviale, 2000, pág. 32)¹⁴. Sería en 1826 que se comenzó a plantear la recolección de cerámicas antiguas y modernas, que posteriormente serían exhibidas en el Musée de Sèvres.

¹³ Archivos Nacionales F17-2925-1, 30 de enero de 1850.

¹⁴ Archivos nacionales, París AJ15565, “Reglamentos relativos a los viajeros naturalistas”.

Con la finalidad de que las travesías recibieran atención especial, el Ministerio de Instrucción Pública se encargó de la selección de proyectos y supervisión de las misiones autorizadas tanto al interior como exterior de Francia (Riviale, 2000, pág. 52). Durante la primera mitad del siglo XIX las solicitudes de viajes fueron tratadas por diferentes oficinas que componían el Ministerio (Riviale, 2000, pág. 75).¹⁵

En 1830, durante la segunda etapa de estos viajes científicos comenzaron a figurar la historia, antropología y arqueología —que aún se encontraban en sus inicios— dentro de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras.

la Academia se concentró en el estudio de la cronología y la geografía de las medallas, inscripciones y monumentos de toda especie que conciernen y pueden aclarar la historia antiguas; así como la Edad Media y de los tiempos modernos; en el estudio crítico y filosófico de las lenguas antiguas, de las lenguas orientales y de los idiomas de la Edad Media; en la explicación de los títulos, diplomas y antigüedades de Francia y de los demás países, particularmente de aquellos cuyos intereses se hallan o se han hallado mezclados con los Francia¹⁶

Como observamos los viajes científicos comenzaban a ampliarse en temas y espacios de investigación. Entre 1855 y 1869 los estudios arqueológicos se centraron en Europa, África y Asia, principalmente por dos motivos, uno fue porque desde la época del primer imperio gran parte de las misiones se concentraron en la historia de Egipto; y el segundo fue que la distancia con América Latina generaba altos costos de desplazamiento; el presupuesto era modesto y los viajeros se veían en la necesidad de solventar su propio pasaje, un gasto considerable a pesar de la reducción del 30% que asegura Riviale, concedían varias compañías marítimas a los encargados de misiones. (Riviale, 2000, pág. 108).

Cuando finalmente se autorizaba una travesía, la recolección de antigüedades era más bien una tarea anexa de proyectos interesados en la geografía e historia natural. En este contexto se comprende entonces que la configuración del americanismo fuera tardía; Riviale asegura que la arqueología precolombina fue un objetivo principal de estudio hasta el último

¹⁵ Entre 1834 y 1838 por la Oficina de Instituciones de Estudio; entre 1838-1845 por la Oficina de Bibliotecas; a partir de 1845 hasta mediados de siglo por la Oficina de Trabajos Históricos; y finalmente con la creación del Servicio de Misiones Científicas y Literarias se incluyó en el Centro Nacional de la Investigación Científica (CNRS).

¹⁶ Decreto aprobado el 16 de marzo de 1830 (citado por Riviale en citado por Franqueville 1895:82)

cuarto de siglo. Para este historiador, a excepción de las travesías de Brasseur y E. Renaut, no hubo otro proyecto arqueológico concreto (Riviale, 2000, pág. 95). ¿Por qué no consideró el trabajo de Charnay como parte de éstos? No entendemos la excepción puesto que sus registros se enmarcan temporal y temáticamente en este tipo de estudios. Para saber qué información y objetos eran “necesarios y útiles”, los viajeros aspirantes se dirigían a la Academia para que les proporcionara instrucciones o guías de viaje; en el caso de la antropología/arqueología, debían estar atentos a tres temas principales: 1) Restos Materiales; 2) numeración, escritura, tradiciones y lenguas; y 3) Características distintivas de las razas.

Los viajes de Charnay y Brasseur hacia México entre 1857 y 1859, se desarrollaron en este contexto en el que, el financiamiento por parte del estado era selectivo. Se comprende que pocos viajeros arribaran a esta región, demostrando que por esos años el imperio francés no tenía interés por el territorio pues priorizaba las investigaciones y viajes a otras partes del globo; por tal motivo podemos intuir que estas crónicas de viajeros fueron discursos que sirvieron para el acercamiento del contexto mexicano con Francia. Dadas las condiciones y contratiempos en que los viajes eran autorizados conviene preguntarnos aquí ¿Qué hubo de especial en las propuestas de Charnay y Brasseur para que el Ministerio aprobara sus travesías hacia el territorio mexicano? La respuesta es sencilla, Pascal Riviale señala que debido a que otras regiones recibían mayor atención, no había candidatos que decidieran emprender el viaje por el Atlántico hacia América, de ahí que los viajes de Emile Colpaert y los hermanos Grandidier (1858) fueron aprobados rápidamente por el Ministerio como misiones *ad honorem*. A falta de los expedientes de solicitudes de Charnay y Brasseur, que nos brindarían una respuesta concreta, podemos suponer que sus viajes caminaron en el mismo sentido. De esta forma, el Ministerio recibía información importante sin dar a cambio algún franco más que las instrucciones de viaje que el Instituto redactaba.

Por todo lo anterior, los trabajos de Charnay y Brasseur merecen atención, son registros que nos permiten reconocer que al momento de su planeación, Francia no tenía mayores intereses sobre México más allá del conocimiento científico sobre la región que los viajeros pudieran brindar; de tal forma que las crónicas y fotografías que resultaron deben considerarse como acercamientos entre ambas naciones que promovieron los proyectos sucesivos que enmarcaron la “aventura mexicana”. ¿Qué aspectos de la cultura mexicana

llamaron la atención de estos viajeros? ¿Cómo interpretaron el contexto mexicano de mediados de siglo? ¿Cómo interpretaron sus lectores del segundo imperio francés los registros de estos viajeros? ¿Cómo contribuyeron estos registros en la configuración de la aventura mexicana? Son las principales preguntas que procuramos responder en este apartado.

Los relatos de estos dos viajeros son importantes porque fueron antecedentes del segundo imperio mexicano, y pioneros del americanismo emergente a mediados de siglo; después de éstos se observa mayor interés por parte del imperio sobre esta región, de manera que abrieron la puerta a estudios más especializados que devinieron con la configuración de la Comisión Científica de México, tiempo en que el “fondo para viajeros” incrementó a 200 000 francos. Según nos señala Riviale, en los años del segundo imperio mexicano, Francia no asignó misiones al resto de América Latina, pues todo su interés se posaba en la “aventura mexicana”.

Siguiendo la forma cronológica comenzaremos por Désiré Charnay y su relato de viaje titulado *Ciudades Americanas*, resultado de su travesía por México entre 1857 y 1860. A partir de sus observaciones sobre el territorio oaxaqueño durante el conflicto entre liberales y conservadores, se procura determinar los aspectos que llamaron su atención sobre esta región y la forma en que el viajero los interpretó dando cabida a sugerencias para la intervención de Francia. En este sentido tratamos de dar respuesta a la pregunta ¿Qué aspectos de Oaxaca reconoció Charnay que fueran atractivos para el imperio francés y en qué condiciones se encontraban? Posteriormente se habla del *Viaje por el Istmo de Tehuantepec* que Charles Brasseur llevó a cabo entre 1859 y 1860, debido a que su travesía se limita a esta región oaxaqueña, sus impresiones nos ofrecen la perspectiva local de un espacio en el que se esperaba la apertura del paso transístmico y que durante su andanza trataba de materializarse con las obras de la *Louisiana Tehuantepec Company* ¿Qué interés tenía una obra de este calibre para el imperio francés? ¿Qué otros aspectos particulares del istmo de Tehuantepec pudieron atraer a los lectores del imperio?

Finalmente, debemos reconocer las miradas de estos viajeros como difusoras de información sobre un territorio del que Francia apenas tenía conocimiento, de tal forma que sus relatos fueron cimientos importantes sobre los que se construyó: la “aventura mexicana”,

el americanismo, la arqueología y la historia. Como veremos no solo fueron transmisores de información sino además estrategias intelectuales de la forma en que pensaban que el imperio podía intervenir ya fuera en la política, ciencia o economía de México, lo que nos revela que ambos viajeros fueron conscientes y partícipes de la reestructuración, integración y difusión de la idea planetaria que el imperio francés concebía.

Oaxaca durante la guerra de Reforma a través de las lentes de Désiré Charnay.

Este capítulo concede la palabra en primer lugar al viajero francés Désiré Charnay. Sus recorridos por territorio mexicano en 1857 y 1860 estuvieron enmarcados por la Guerra de Reforma y quedaron registrados en la crónica y álbum fotográfico *Ciudades y ruinas americanas*¹⁷ (1862). La importancia de Charnay se debe a que esboza tres escalas contextuales que complejizan el estudio de la Guerra de Reforma, pues de forma paralela su discurso se articula como antecedente de la “aventura mexicana”. El primer contexto que se identifica es el internacional, al que evoca por ser extranjero y enviado del segundo imperio francés; el siguiente es el contexto nacional que construye a partir de su recorrido por algunos estados del Altiplano y sur de México; y por último el regional, que surge de sus andanzas al interior de varias zonas del estado de Oaxaca. Puede pensarse que lo dicho es una particularidad de los relatos de viajeros, sin embargo no todos ellos, como es el caso del abad Charles Brasseur, visitaron otras regiones de la república que permitiera identificar contrastes y/o constantes, limitando su estadía a un espacio en particular y con ella sus impresiones sobre el contexto nacional.

Ciudades y ruinas americanas; y *Viaje por el Istmo de Tehuantepec* de Brasseur, parecen ser las lecturas previas del *México antiguo y moderno* de Chevalier, pues en los tres discursos los argumentos se inclinan por la intervención francesa en México. Algunos

¹⁷ Para esta investigación se estudia la edición de 1994 que conforma la colección *Mirada Viajera* editada por CONACULTA. Si bien esta edición se limita al registro escrito, anulando las fotografías y el artículo de Viollet-Le-Duc, es adecuado para esta investigación puesto que se centra en la mirada del viajero que recorrió México, además de que este estudio no es de tipo iconográfico, sin embargo su álbum fotográfico es consultado en la edición de 1994 publicado por el Banco de México bajo el título *Ciudades de Luz*.

viajeros¹⁸ que les precedieron se concentraron en retratar el territorio mexicano dominado por la violencia; el más directo hasta entonces había sido Isidore Löwenstern (1843) al apuntar lo imposible que era la supervivencia del México independiente, sugiriendo la forma monárquica que le pudiera brindar alguna potencia, como la *única base de salvación* (2012, pág. 246).

Para comenzar se hace brevemente la presentación de Désiré Charnay. Destacan sus viajes a diferentes partes del globo lo que permite concebirlo como un sujeto de conocimiento “mundial” en el que sobresale su firme atracción por las culturas prehispánicas. Los temas que se plantean nos permiten observar el movimiento reformista desde la perspectiva extranjera francesa que interpretó y promovió la “aventura mexicana”. Para comprender cómo el viajero francés percibió la situación de México se sugieren los tres ejes siguientes:

- 1) La mirada internacional sobre México a mediados del siglo XIX.
- 2) Las condiciones en territorio mexicano ante la Guerra de Reforma.
- 3) Oaxaca vista a través de la guerra y sus efectos en los estudios arqueológicos.

Estas precisiones permiten ubicar puntualmente los intereses e interpretaciones del viajero, sobre el lugar al que México se iba haciendo acreedor dentro del orden mundial tal como Europa lo concebía, principalmente el segundo imperio francés, y que contribuyó a los procesos sucesivos: la intervención francesa en México de 1862 y la instauración del segundo imperio mexicano en 1864. El estudio de Oaxaca en particular permite conocer los intereses extranjeros en esta región de México y que en algún porcentaje fueron móviles de la “aventura mexicana”; de esta forma veremos que por sus condiciones naturales e históricas las misiones en este espacio estuvieron enfocadas principalmente en la promoción de intervenciones económicas y científicas.

El relato de Charnay contiene reflexiones —aunque muchas de ellas aisladas y superficiales— en torno a las causas de la Guerra de Reforma que se remitían principalmente al pasado histórico, político y cultural de México; mientras que en sus consecuencias observó que las potencias internacionales prestaban atención al escenario mexicano. Por tal motivo debemos considerar que el discurso de este viajero francés fue un tipo de diagnóstico que

¹⁸ Se revisaron los relatos de viaje de Carl Christian Sartorius *México hacia 1850*; Henry George Ward y su *México en 1827*, y *Viaje pintoresco y arqueológico a la Provincia de Yucatán, 1834 y 1836* de Frederick de Waldeck.

proveía las posibilidades y conveniencias temporales —internas y externas— para la intervención francesa.

Désiré Charnay, un viajero del segundo imperio francés.

Claude Joseph-Le Désiré Charnay (1828- 1915) nació en Fleurie (Borgoña), Francia (Mongne, 2005, pág. 41). Fue educado bajo una estricta instrucción religiosa de corte católico y académico, se interesó principalmente por las letras y los idiomas. Realizó diferentes viajes alrededor del mundo; en Europa recorrió Inglaterra y Alemania; entre 1878-1879 visitó el suroeste asiático, Australia y Madagascar; en América conoció México y Sudamérica, con visitas aisladas a Estados Unidos recorriendo Boston, Nueva York, las cataratas del Niágara, la región de los grandes Lagos, las llanuras del oeste y el Misisipi (Davis, 1981, pág. 165). La participación de Charnay en los estudios de la cultura mexicana fue permanente, principalmente si se habla de lo prehispánico. El viajero mostró un interés particular por las antigüedades mayas, perceptible en su producción textual y visual. Este interés se remite a la influencia que tuvieron en él la lectura de los textos especializados de John L. Stephens (*Viaje a Yucatán 1841-1842, Incidentes de viaje en Centroamérica, Chiapas y Yucatán*) y las ilustraciones de Frederick Catherwood. Sin duda estos textos atrajeron al viajero por la idea que promovían sobre el territorio mexicano, representando vestigios y edificaciones arqueológicas, lo que alimentó la imagen de la región como un lugar exótico. Estas lecturas motivaron cambios de metodología y percepciones para el estudio de las culturas antiguas de México.

Pascal Mongne cuenta cuatro ocasiones en que este francés visitó México. La primera vez fue en 1857, y su estancia se prolongó a 1859. En estos años cumplió la tarea de fotografiar los recintos prehispánicos, un proyecto de iniciativa propia pero de continuidad oficial que el Ministerio de Instrucción Pública del II Imperio Francés asumió¹⁹. El registro de esta travesía se logró en dos formatos, el escrito y visual, que salieron a la luz en la crónica y

¹⁹ Pascal Riviale nos dice que el Ministerio de Instrucción Pública aprobó el viaje de Charnay el 21 de marzo de 1857. *Los viajeros franceses en busca del Perú antiguo (1821-1914)*, Lima, Institut Français d'études andines, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica de Perú, 2000. Archivos Nacionales. París: F 21 2285.

álbum fotográfico *Cités et Ruines américaines*. En 1864, Charnay regresaría a México para apoyar el establecimiento del imperio de Maximiliano. Aunque el mismo Mongne señala que sus funciones no estuvieron bien definidas, se reconoce su participación como fotógrafo auxiliar en el Comité de Historia, Lingüística y Arqueología de la *Commission Scientifique du Mexique* (Mongne, 2005, págs. 44-45). Para efectos de esta investigación, estos primeros viajes resultan importantes por la temporalidad y los objetivos de su realización, pues se inscriben dentro de los antecedentes de la “aventura mexicana”. En cuanto al desempeño de la joven ciencia arqueológica, es posible percibir los inicios de su quehacer, que por entonces se limitaban al registro y diagnóstico de las condiciones en que se encontraban los sitios arqueológicos.

En su tercera estancia entre 1880-1882, poco más de veinte años desde su primer viaje a México, Charnay da el siguiente paso en la práctica de la arqueología aunque sin atender como se debiera su metodología, según señala Mongne: “sus excavaciones hechas sin estratigrafía, reventando montículos y monumentos, no tenían otro objetivo que el despejo de ruinas espectaculares, la recolección de objetos bonitos y por cierto la búsqueda de la fama” (Mongne, 2005, pág. 46). Volvió a visitar Tula y Teotihuacán dando inicio a sus respectivas excavaciones; mientras que en Palenque se dio a la tarea de limpiar los monumentos que la naturaleza envolvía. Las experiencias que hasta entonces había tenido en territorio mexicano constituyeron su obra *Les anciennes villes de Nouveau monde* (1885) (Mongne, 2005, págs. 44-48). Finalmente, su último viaje de 1886 quedó registrado en *Ma dernière expédition au Yucatan*. (Charnay, 1994, págs. 20-22). La actividad de Charnay en esta década, propiamente en el campo, lo condujo al planteamiento de algunas hipótesis²⁰ que más tarde la disciplina arqueológica con mayor detenimiento atendería.

²⁰ Pascal Mongne concede a Charnay el planteamiento de cuatro problemáticas para la arqueología; la primera es que pudo asentar su famosa teoría <tolteca>: <He al mismo tiempo, descubierto las ruinas de Tula, la primera capital tolteca>; la segunda fue el descubrimiento de juguetes con ruedas, su valor fue cuestionado puesto que se consideraba que la América precolombina no había conocido la rueda; la tercera cuestión fue que planteó la ausencia de representaciones marciales en los bajo-relieves de Palenque, concibiéndolo como un recinto meramente religioso; finalmente, en Yucatán pretendía confirmar la existencia de una época de decadencia supuesta por él en la arquitectura. Mongne, P., “Désiré Charnay y la imagen fotográfica de México”, Los americanistas del siglo XIX. La construcción de una comunidad científica internacional, España, Iberoamérica-Vervuert, 2005.

Su obra escrita en torno a la cultura mexicana se completa con los artículos publicados en revistas especializadas: el *Journal de la Société des Americanistes*, la *Revue d'ethnologie* y el *Bulletín de la Société de géographie*; sus publicaciones en revistas de viajes se hicieron en el *Monde illustré* y el *Tour du monde*, por último se mencionan dos novelas inspiradas de sus estancias en México, *Une princesse indienne avant la conquête* (1896) y *A travers la forêt vierge, aventure d'une famille en voyage* (1890) (Mongne, 2005, pág. 51). La disciplina arqueológica se definió conforme inició el siglo XX, sin embargo los registros de Charnay fueron materiales importantes que mostraban las condiciones de los sitios arqueológicos durante la segunda mitad del siglo XIX. No hay duda de la atracción que este viajero tuvo hacia las culturas prehispánicas, su arribo constante al territorio mexicano supera el número de visitas en comparación a otros espacios que denotaban el mismo exotismo.

Charnay emprendió su primera travesía hacia territorio mexicano en 1857. Junto con sus amigos Armand Phalipan y Eugène Camus²¹ (Debroise, 1989, pág. 118) partieron de París el 7 de abril con dirección a Londres donde abordaron el paquebote transatlántico *America* (Davis, 1981, pág. 165) de la compañía inglesa *Cunard* que los trasladó a Boston, pasarían ocho meses en Estados Unidos antes de pisar Veracruz. El viaje tenía como objetivo principal “explorar las ruinas americanas” (Charnay, 1994, pág. 33)²², esta tarea tuvo como patrocinador al emperador Napoleón III, que a través del Ministerio de Instrucción Pública hizo posible su realización. El recorrido al interior del territorio mexicano estuvo definido por el interés primario del viaje y comprendió principalmente el valle de México y las regiones del sureste, donde visitó los sitios arqueológicos de Oaxaca, Chiapas, Yucatán y Campeche.

Charnay debe pensarse como un referente importante de la transición en la forma de estudiar la cultura precolombina, así como en el registro de viajes. Ante el ascendente uso de la fotografía en el siglo XIX, el viajero ve en este artefacto la forma de capturar una realidad que la litografía y los relatos de sus predecesores no abarcaban por los alcances limitados de

²¹ Solo sabemos de sus acompañantes por las primeras líneas del relato.

²² Según la indagación de Pascal Riviale la misión principal de Charnay fue “traer un álbum fotográfico de los sitios naturales y arquitectónicos más prestigiosos” *Los viajeros franceses en busca del Perú antiguo (1821-1914)*, Lima, Institut Français d'études andines, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica de Perú, 2000. Archivos Nacionales. París: F 21 2285.

su forma y lenguaje, motivando la tergiversación de la realidad; el viajero constató el impacto que generaban las representaciones de la cultura mexicana difundidas en el extranjero, teniéndola por una región en *estado natural* y exótica “¡Cuánta gente, en Europa, cree que en México no existen más que salvajes al estado natural y se imagina todavía a un pueblo viviendo bajo las palmeras, con la cabeza y la cintura adornadas con plumas! Los malos grabados hacen más daño de lo que se piensa” (Charnay, 1994, pág. 51); de la misma forma, los registros poco precisos de Stephens y Catherwood, alteraban la información y por consiguiente los estudios e interpretaciones sobre las culturas precolombinas:

una [pirámide] fue mostrada por Stephens y Catherwood en su álbum litográfico. Éste es el momento de recordar de qué manera se entiende la historia. Tales señores colocaron las figuras mencionadas en un desierto; al pie de la pirámide, se encuentra un tigre enfurecido mientras que los indios salvajes le apuntan con sus flechas. A fuerza de querer conseguir color local, se falsea la historia y desvía la ciencia (Charnay, 1994, pág. 158).

Esto demuestra el conocimiento limitado en torno a México que imperaba en Europa, particularmente en Francia. Por estos motivos Charnay consideraba que aquellos registros no eran las bases convenientes sobre las que se pudieran erigir estudios científicos sucesivos y expresaba la necesidad de la fotografía como su testigo (Charnay, 1994, pág. 29). Casi de forma simultánea Émile Colpæert emprendió un viaje hacia Perú (1858) con una misión parecida a la de Charnay. Fueron de los primeros viajeros que el Ministerio envió a América Latina con la esperanza de que regresaran con imágenes fotográficas. Sin duda, la fotografía ofrecía una forma de recolección innovadora y contundente que permitía trasladar los monumentos, que físicamente eran imposibles de desplazar hacia Europa. Debemos reconocer aquí la relevancia de los registros de Charnay, principalmente porque fue una travesía que generó registros de tal calidad que pronto fueron difundidos, generando impactos tanto científicos como políticos. Caso contrario del de Colpæert, que se consideró como un fracaso (Pratt, 2010).

El álbum fotográfico de *Ciudades y ruinas americanas* está compuesto por 49 imágenes de diferentes sitios arqueológicos y tipos mexicanos; 18 de ellas son fotografías de territorio oaxaqueño, 17 corresponden a Mitla y una al árbol del Tule. En la edición parisina fueron impresas al contacto en un tamaño de 53x74 cm (Rodríguez, 2007). En México, estas

imágenes fueron difundidas bajo la autoría de Julio Michaud a través de los periódicos. En el periódico *La Sociedad* se mencionó que vistas fotográficas de las ruinas más notables de Mitla, Palenque, Uxmal, Izamal y Chichen Itzá, once en total, serían entregadas a sus suscriptores por un valor de tres pesos cada una acompañadas de un texto explicativo y una cartera para guardar las vistas (Ochoa, 2001).

Finalmente los registros visual y escrito de este viaje se consolidaron en París de 1862 —en los albores de la intervención militar en México— en la primera edición de *Cités et ruines américaines. Mitla, Palenqué, Izamal, Chichen Itza, Uxmal*. La obra original contiene el relato escrito y fotografías de Charnay, así como un texto adicional de M. Viollet-Le-Duc titulado *Antiqués américaines*. Este material tuvo su reedición al año siguiente, y dos ediciones más en diferente presentación y título, la primera en 1863 con el título *Le Mexique, 1858-1861. Souvenirs et impressions de voyage*. Su contenido se limitó al trabajo escrito de Charnay (Debroise, 1989, pág. 119). La segunda, *Le Mexique et ses monuments anciens*, apareció en 1864 y se dedicó a la reproducción de veinte imágenes fotográficas (Rojo, 2014, pág. 295). En México, aun bajo el imperio de Maximiliano, *Ciudades y ruinas americanas. Mitla, Palenque, Izamal, Chichen Itza, Uxmal* se publicó en 1866 en forma de folleto que solamente contenía el texto traducido de Le-Duc.

Ahora bien, aquel que procure el estudio de *Ciudades y ruinas americanas*, debe considerar que no es una crónica descriptiva de las impresiones directas e instantáneas del momento que el viajero relata. No es como si en el instante que las situaciones o paisajes se mostraran a los ojos de Charnay, paralelamente éste los fuera registrando. Como sugiere Peter Burke: “[Las crónicas de viaje] no son descripciones espontáneas y objetivas de nuevas experiencias, de la misma manera que las autobiografías no son testimonios espontáneos y objetivos de una vida. Algunas descripciones al menos fueron escritas pensando en su ulterior publicación y seguían ciertas convenciones literarias” (Burke, 2000, pág. 127). Este caso resulta ser el de los viajeros con mecenazgo oficial²³. Varios elementos permiten asegurar la

²³ Como se ha precisado en el capítulo anterior, en 1850 el Ministerio Instrucción Pública de Francia había resuelto en el Artículo 2 que “Los resultados de toda misión científica que haya tenido como fin recolectar monumentos escritos y figurados serán de propiedad del Estado, que se reserva la facultad de disponer de ellos, ya sea por la vía de la publicación, ya sea en favor de los establecimientos nacionales” Riviale, Pascal, *Los*

posterior escritura de *Ciudades y ruinas americanas*. Su estructura no es como un diario, carece de fechas precisas y emplea como referencias del tiempo los meses y años, aunque sin exactitud. Si bien el relato se compone de las observaciones que Charnay hizo en territorio mexicano entre 1857-1859, reiteradamente encuentra en el colonialismo español el origen de las dificultades para la configuración de México como una nación próspera e independiente. Una vez que dejó suelo mexicano, el viajero insertó la región en el contexto internacional, planteó la conveniencia de que Francia interviniera México aprovechando la coyuntura que experimentaba Estados Unidos con la Guerra de Secesión en 1861 y el cobro de la deuda que México tenía con España, Inglaterra y Francia en 1862. Hay que tener en cuenta que el contexto internacional no era perceptible en México durante los conflictos de 1857-1860 solo en su regreso a Europa, Charnay pudo concebir las dimensiones de la guerra en México más allá de sus límites territoriales y temporales. Las noticias del exterior eran tardadas y limitadas, como lo demuestra en el caso de uno de sus compatriotas que hacía tiempo vivía en este territorio “Éste se informaba con febril curiosidad de las noticias de su tierra, de nuestras grandes victorias en Oriente; todo parecía nuevo para él y los acontecimientos olvidados en Europa poseían a sus ojos la frescura de algo reciente” (Charnay, 1994, pág. 39)

Las descripciones físicas de los espacios que no fueran arquitectura prehispánica son poco minuciosas. No obstante el viajero brinda detalles mayores a la reflexión del carácter moral de los mexicanos. Como se verá a continuación, esta forma de presentar a los sujetos se construye a partir de la reflexión sobre la herencia histórica. Las observaciones que hizo en suelo mexicano y los conocimientos generales de su pasado le permitieron hacer conjeturas de tipo político y social respecto a la situación que permeaba en ese momento. En conjunto, las referencias al pasado histórico; y las percepciones sobre los habitantes y el espacio, no solo constituyen el contexto mexicano sino que también plantean las conveniencias internacionales y regionales para integrar a México en la comunidad internacional. Charnay considera que sólo a través de la intervención francesa y distanciándose de la política estadounidense México podría consolidar su lugar en el orden mundial, así como la paz y estabilidad que tanto anhelaba.

viajeros franceses en busca del Perú antiguo (1821-1914), Lima, Institut Français d'études andines, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica de Perú, 2000.

En el fondo, el plano internacional e histórico.

El plano internacional e histórico son dos aspectos fuertemente ligados en el siglo XIX que encuentran elocuentemente su lugar discursivo en la crónica *Ciudades y ruinas americanas*. El estudio de este contexto es relevante para la investigación porque muestra el escenario internacional decimonónico en el que las potencias europeas, motivadas por algunos mexicanos, entretejieron las relaciones y estrategias que pensaron más convenientes para el aprovechamiento y *beneficio* del territorio mexicano.

Hasta mediados del siglo XIX, México se había visto relacionado con España, Francia, Inglaterra y Estados Unidos en diferentes momentos de su historia. Désiré Charnay consideraba que el pasado de estas relaciones eran referentes importantes de la efectividad o fracaso en los objetivos que las naciones extranjeras se proponían sobre el territorio mexicano, en la que cada una tenía un pasado particular que las colocaba en situaciones diferentes a mediados del siglo XIX. Dichas potencias convergían principalmente en el interés económico comercial que podían aprovechar en este territorio; no obstante, sus proyectos para alcanzarlo diferían, lo que ocasionó una competencia constante entre ellas, hasta 1861 cuando las naciones del viejo mundo configuraron la llamada alianza tripartita para exigir al gobierno mexicano el pago de sus obligaciones financieras. Charnay bosquejó el contexto previo desde la mirada extranjera-francesa, en la que se perciben las dinámicas de política exterior del segundo imperio francés.

Para España, México era su antigua colonia americana a la que aún, a mediados del siglo XIX no renunciaba moralmente. Por el contrario, buscaba los medios políticos, militares y religiosos que le brindaran el prestigio y reconocimiento ante el mundo europeo como del que gozo durante el siglo XVII (Schefer, 2012, pág. 24). Por su parte, a Inglaterra más que a Francia, le preocupaba que la conexión transísmica entre Oriente y Occidente fuera un paso exclusivo para Estados Unidos. Por otro lado, se encontraba Estados Unidos, la nación joven de América que por su filosofía y prácticas políticas-económicas marchaba “a pasos gigantescos en las vías más avanzadas del progreso material, sostenido por la sola fuerza moralizadora del trabajo” (Charnay, 1994, pág. 54), despertando la preocupación de Europa. Su expansionismo hacia el sur y los intereses que entonces había fijado por Cuba —posesión

de España— hacían de la Martinica, Guadalupe —islas francesas—; Granada, Santa Lucía y Dominica —islas inglesas— un espacio vulnerable. Esta posición estratégica en el Caribe americano permitía que los europeos vigilaran que la ruta interoceánica no cayera bajo un control absoluto (Schefer, 2012, págs. 19-20). La preocupación ascendía por la lista de intereses que incrementaba con la anexión territorial de Texas (1836), Nuevo México, la Alta California (1846); y La Mesilla (1853); así como el hecho de que sólo unos años atrás, en 1849, la construcción de la vía férrea en Panamá le había sido otorgada a la compañía norteamericana *Panama Rail Road Company*; en resumen, a las potencias europeas les inquietaba Estados Unidos “por acaparar todas las rutas, por codiciar los territorios continentales que le asegurarían el dominio de América Central y por amenazar las islas europeas” (Schefer, 2012, pág. 22).

Las tres naciones europeas procuraron mantenerse informadas de la situación, con cierta expectativa evitaban caer en acciones impulsivas. De esta forma, hacia 1857 el segundo imperio francés realmente no ve en México intereses urgentes, pues su atención se encontraba absorbida por los asuntos de Italia (Schefer, 2012, pág. 50) . No mostraba gran interés en la cuestión del canal, y con menos ahínco buscó defender los intereses de sus súbditos, por la guerra civil cuyas reclamaciones incrementaban día con día (Schefer, 2012, pág. 24). En este sentido, *Ciudades y ruinas americanas* respondía a esta falta de atención sobre el territorio mexicano. Aunque Charnay reconoció la autonomía de México como resultado del movimiento independentista, descartaba las posibilidades de su subsistencia sin el yugo de alguna nación que lo condujera a cierto grado de civilidad pues lo que sobrevino después con la lucha de múltiples intereses y las revueltas sólo denotaban la incapacidad de sus habitantes para consolidar lo que el segundo imperio comprendía como sociedad industrial:

Viviendo en medio de esta población mexicana, tan apasionada por las fiestas y el juego, tan atada a sus viejas supersticiones y a sus viejas costumbres, tan fatalmente ignorante y pretenciosa, tan voluptuosamente enemiga de un trabajo o de un yugo cualquiera, sin administración, sin policía, sin leyes, le pasan a uno extrañas ideas por la cabeza sobre la suerte reversada a esta inmensa república (Charnay, 1994, pág. 88).

Después de las independencias en Hispanoamérica, las dificultades para la construcción de los estados nacionales provocaron que muchas miradas se volvieran a Europa con la esperanza de encontrar estabilidad a través de la reinstauración monárquica; algunos de estos son de “la época de Puyrredón, una misión de las Provincias Unidas de la Plata había invitado al Duque de Orleáns, futuro rey de los franceses, y en los tiempos de la Gran Colombia se había proyectado dar al Libertador Bolívar un sucesor escogido entre algunas de las casas reinantes” (Schefer, 2012, pág. 31). En México, a tan sólo seis años de la consolidación de su independencia, algunos mexicanos vieron en este proceder la solución al estado de violencia reinante cuando el padre Diego Arenas lo sugirió en 1827 (Galeana, 2012, pág. 56); en la primera mitad del siglo ésta idea se alimentó de las constantes crisis.

Claramente, para Charnay esta tarea no podía asumirla cualquier nación occidental. Descartaba España debido a las dinámicas de culturización que realizó durante la conquista y evangelización, y cuyos estragos permanecían en el siglo XIX dificultando el camino hacia la estabilidad y la nueva mentalidad, en este sentido señalaba que la población mexicana conservaba “del español un desdichado orgullo, desprecia generalmente el comercio para morir de miseria en alguna administración” (Charnay, 1994, pág. 52). Así es como observamos la influencia discursiva de la literatura viajera que permeó la primera mitad del siglo XIX, en la que dominaron las acusaciones al colonialismo español por su herencia de hábitos sociopolíticos en México. ¿Qué caminos restaban que pudieran conducir a México hacia la paz y el progreso?

...ya no estamos en los siglos de las conquistas, en vano se dirige al Viejo Mundo una mirada interrogadora. El mismo mexicano no sabría a qué potencia debería dirigirse para fundar, en su patria devastada, un orden regular y las instituciones que le faltan. Aborrece al español cuya tiranía está siempre presente; ama al francés y respeta al inglés (Charnay, 1994, pág. 89).

En esa mirada interrogadora hacia el viejo mundo deben considerarse las formas en que los dos partidos mexicanos buscaron la subsistencia de su régimen. Una de éstas fueron las visitas de los conservadores monárquicos que perseguían incesantemente audiencia en las monarquías europeas desde 1840, cuando José María Gutiérrez Estrada le propuso al presidente Anastasio Bustamante “*reemplazar la república por la monarquía*”. A este primer planteamiento le siguieron dos más: el antiguo ministro de México en Londres, Tomás

Murphy y Alegría a través del Marqués de Radepont en 1856; y José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar en 1857 (Schefer, 2012, págs. 32-36) trataron de comunicar al emperador francés la situación en México. Aunque lo intentaron por diferentes medios, éste no resolvía en apoyarlos con la rapidez y forma que los conservadores deseaban. La segunda vía de estos acercamientos con el extranjero ya no fue al tanteo o informativo, sino de acuerdos; el gobierno conservador había firmado con España el tratado Mon-Almonte el 26 de septiembre de 1859. En el que se reconocía el gobierno presidido por Zuloaga, a cambio de que éste pagara las reclamaciones económicas; por su parte el gobierno de Juárez firmó el 14 de diciembre de 1859 el tratado McLane-Ocampo en el que concedía a Estados Unidos el paso a perpetuidad y de ser necesario, su intervención militar en el Istmo de Tehuantepec. Queda claro que las dos facciones mexicanas buscaban su vitalidad en el respaldo de las naciones extranjeras.

Restaban Estados Unidos y las dos naciones europeas que competían en todos los campos: Inglaterra y Francia. Charnay aseguraba que los mexicanos no veían con buenos ojos a Estados Unidos; su vulnerabilidad había sido aprovechada, ocasionando la pérdida de los territorios de Nuevo México, Texas y la Mesilla; y nuevamente en su presente, la Guerra de Reforma se convertía en un escenario ventajoso para los estadounidenses.

...al norteamericano, le tiene un terror indefinible: parece que adivina en él al futuro invasor de su patria, al dominador de su raza. Todo hacía presagiar este resultado y, aunque el número de norteamericanos sea muy reducido en sus provincias, México, sin embargo encerrado en los brazos de la Unión, sufría el irresistible ascendente. Al norte California, en su increíble prosperidad, amenazaba ya sus fronteras y codiciaba Sonora. Al noreste y al este, Nuevo México y Texas, cedidos por Santa Anna, habían dejado hasta en el centro la influencia de la civilización yanqui y, Minatitlán al sur, no era más que una colonia norteamericana (1994, pág. 89).

La guerra con Estados Unidos en 1846 y la anexión del territorio del norte, fueron antecedentes que no debían ignorarse pues preludiaban la próxima maniobra del vecino país en territorio mexicano; la búsqueda de los derechos para abrir la ruta interoceánica en el Istmo de Tehuantepec dio un paso preocupante cuando en 1859 la concesión fue otorgada a la *Compañía Louisianesa de Tehuantepec*.

Como emisario oficial del imperio, el viajero señala las conveniencias de que Francia condujera a México a la estabilidad e incursión en la comunidad internacional:

Francia verá a México —reconstruido por sus cuidados y su influencia, enriquecido de vías férreas y quintuplicadas en algunos meses sus inmensas riquezas— asegurar a nuestras manufacturas el mercado de sus productos, verter entre nuestras manos los tesoros metálicos de los cuales rebosa y lanzarse al porvenir hacia una prosperidad que jamás ha soñado (Charnay, 1994, pág. 90).

El viajero reconoce que el éxito de este proyecto solo podría ser posible en un contexto internacional favorable que incluía la Guerra Civil Norteamericana de 1861 y la designación de un monarca al trono de México.

A Francia le estaba reservado sacudir a México de su embotamiento. Pero, para arrancarlo de la pendiente fatal que lo arrastraba a Norteamérica, hicieron falta circunstancias extraordinarias: el cataclismo de un gran pueblo y el genio de un gran príncipe.

La escisión de Estados Unidos lanza por un tiempo a México bajo la influencia europea, y la expedición actual asegura a Francia una preponderancia sin disputa sobre la región más rica del globo.

Ante la preocupación por Estados Unidos, esta perspectiva de Charnay revela al imperio francés como una nación paciente, más que temerosa. Francia solo tenía que esperar la oportunidad para intentar algo en territorio mexicano.

En su origen, la expedición aliada dirigida con la simple meta de reclamar una deuda, se comprometió en una empresa impracticable que no podía más que chocar contra la impotencia de un deudor insolvente (...) Pero parece que la Providencia abre a este país una nueva perspectiva. Hoy, México sólo puede aplaudir el éxito y el desarrollo de la expedición francesa. Liberal, Francia sólo puede imponerle un régimen liberal y los clamores de los partidos no se opondrán a la clarividencia del emperador (Charnay, 1994, pág. 89).

De esta forma se observa que la “aventura mexicana” se construía por los intereses del imperio francés que se definieron entre 1855-1865. Para Charnay el motivo inicial, el cobro de la deuda, no tardó en reformular las posibilidades de una instauración imperial, que por lo demás, esta crónica incitaba. Charnay evoca la figura del emperador Napoleón III como un

lector en acción importante que debe planear y ejecutar acciones que pudieran sacar a México de la violencia.

Aunque las élites de la política mexicana —bajo sus particulares intereses— y el mismo Charnay tuvieron la aspiración de encontrar la solución a la guerra fuera de México. La aseveración de Charnay es pretenciosa al asegurar que la instauración de un régimen europeo sería bienvenido por todos, lo que revela su desconocimiento de las relaciones entre Estados Unidos y el partido liberal mexicano; se añade además, la percepción poco favorable que tuvieron el resto de los mexicanos sobre los extranjeros que los mismos viajeros como Charles Brasseur, Lucien Biart, Isidore Löwersten atestiguaron: “Hace apenas veinte años, se insultaba en las calles de Puebla a los extranjeros (...) Esas malas pasiones se han calmado; pero la ciudad continúa siendo inhospitalaria” (Biar, 2008, pág. 234). Por su parte, el mismo Charnay decía que “Los habitantes nos tienen un odio feroz, en gran parte inspirado, hay que decirlo, por las prédicas del clero” (Charnay, 1994, pág. 59); estando en la Ciudad de México recordaba: “fui obligado a retirarme de mi palco: una bala, después dos, golpearon la ménsula de la ventana, otra entró en el apartamento. Comprendí que era a mí quien se dirigían estas bromas (...) se matan raramente entre ellos, pero el transeúnte o el extranjero corren el riesgo de atrapar una bala perdida” (Charnay, 1994, pág. 77). Si esta fue la actitud general hacia los extranjeros ¿en qué tipo y/o extensión de la población se basó Charnay para decir que los mexicanos aceptarían un régimen establecido por Francia?

Para Charnay la intervención de Francia en México resultaba ser la más conveniente, principalmente porque pensaba que se beneficiarían mutuamente. México por fin conocería la paz, el progreso y la civilización que sólo Francia promovía en diferentes partes del globo. Por su parte, el segundo imperio francés destacaría por su poder e influencia sobre la nación americana a través del desarrollo de grandes proyectos; además que por su mano, México sería incluido en el concierto de las naciones. Solo quedaba esperar el contexto internacional propicio de: proyectos especializados dirigidos desde el imperio francés; la suspensión del pago por parte del gobierno mexicano (1861) y la Guerra de Secesión estadounidense (1861).

La lente de la guerra en México, 1855-1861.

La mirada extranjera posee la cualidad del distanciamiento de los intereses partidarios que configuraron la Guerra de Reforma. Las percepciones de Charnay son relevantes porque dan cuenta, aunque superficialmente, del contexto de los efectos y alcances sociales de lo dispuesto en la Constitución de 1857; asimismo el paisaje y la vida cotidiana tienen un lugar en la crónica, que la historiografía nacional suele anular.

Charnay no entra en detalles sobre las nuevas disposiciones en las leyes de desamortización de bienes eclesiásticos, los conflictos agrarios, ni sobre los antagonismos ideológicos de los bandos liberal y conservador; no obstante distinguió que estos aspectos en diferente medida configuraron el movimiento armado; para este viajero la causa de la guerra fue el fuerte arraigo de políticas y hábitos heredados del colonialismo español. Si bien asume que la violencia es una característica común de los estados en proceso de configuración, consideró que los contendientes en la Guerra de Reforma no luchaban por un proyecto claro. En este sentido, los calificó como *aficionados* puesto que su única finalidad era asumir la presidencia.

Comúnmente se señala que la Constitución de 1857 fue el parteaguas y móvil principal de los levantamientos que constituyeron la Guerra de Reforma. Sin embargo, los cambios estructurales en los tres sectores de mayor impacto: milicia, clero y corporaciones civiles, comenzaron a plantearse en diferentes momentos de la primera mitad del siglo XIX. De esta forma, la elaboración de leyes, la formación de grupos políticos y sus intereses se fueron definiendo conforme llegaba la mitad de siglo; la guerra fue un proceso que se construyó paulatinamente, lo que permite comprender que Charnay calificara como permanente la inestabilidad de las últimas cuatro décadas.

La milicia fue uno de los grupos que presentó constantes transformaciones hacia mediados del siglo XIX. Las transiciones del federalismo (1824), al centralismo (1836) y de vuelta al federalismo (1857), desgastaron a este sector que finalmente se consolidó como ala del partido conservador. Como Ministro de Guerra, Comonfort prohibió la leva, eliminó las gratificaciones, redujo el número de batallones y concentró a jefes y oficiales de la milicia activa en *depósitos* (López, Las fuerzas armadas durante la Guerra de Reforma (1856-1857),

2008, pág. 44). Estos altibajos e inconformidades que experimentó el cuerpo militar fueron incontenibles ante las nuevas reformas que se incluyeron en la Constitución de 1857 y que desembocaron en varios de los pronunciamientos que condujeron a la guerra.

La reacción de los inconformes no se hizo esperar. Acostumbrados a “obtener ascensos sublevándose contra cualquier orden de cosas existentes” (Reforzando el círculo vicioso)” (Mariano Arista pág. 44 citado por Hernández 2008) la oposición militar sólo suponía el riesgo de males mayores en el futuro (López, Las fuerzas armadas durante la Guerra de Reforma (1856-1857), 2008, pág. 45) y que se reflejó en la cantidad de pronunciamientos. Las revueltas que brotaban en diferentes partes del territorio mexicano exigieron la formación de grupos auxiliares que se integraban por hombres que no tenían la preparación militar, reclutando vagos, viciosos y criminales.

Esta población de los barrios constituye al mismo tiempo la reserva donde cada partido encuentra valientes soldados. Es la carne de cañón del ejército y tal es la sumisión o el embrutecimiento de estos infelices, que dos reclutadores pueden cercar una pulquería o penetrar en uno de estos rumbos populosos y llevarse con la mayor facilidad toda una tropa de estas pobres criaturas. Se les conduce al palacio y ahí, poniendo entre las manos de cada uno un sable mellado y alguna carabina deteriorada, el desdichado es convertido en soldado por la gracia del comandante o por la desgracia de la república (Charnay, 1994, pág. 60).

Como se ha señalado, Charnay no distingue facciones políticas heterogéneas, sino más bien relaciones por conveniencia que se modificaban constantemente según las necesidades personales. A través de las percepciones sobre las dinámicas de reclutamiento y estrategias de ataque el viajero generaliza las formas en que se organizaban tanto la Guardia Nacional como sus opositores, desconocía las diferencias que radicaban en la experiencia militar, el terreno dominado y la configuración de sus tropas. Mientras estuvo en Oaxaca, Charnay nos recuerda en tono irónico la vez que presencié un enfrentamiento que denotaba la poca experiencia militar de los mexicanos: “El peligro no existía realmente para nadie y el enemigo ofrecía más bien el espectáculo de un juego de fuegos artificiales que el de un bombardeo (...) las bombas estallaban a cientos de pies arriba del edificio (...) la vista de esta guerra inofensiva ofrecía poco atractivo a mis ojos y yo esperaba con paciencia a que terminara” (Charnay, 1994, pág. 126). De ahí que Charnay concibiera una sola idea del ejército mexicano. Pensando en sus

lectores compatriotas este esbozo militar transmitía la poca solidez y una excesiva vulnerabilidad de sus fuerzas, lo que seguramente se leyó como un punto a favor para aquel que aspirara asediar México. La aplicación de las nuevas reformas fue poco conveniente para muchos miembros del cuerpo militar, haciéndolos “proclives a los pronunciamientos, la desertión y el bandidaje” (López, 2008, págs. 47-48). Ir y venir entre las filas enemigas fue una consecuencia de los desplazamientos de poder y de subsidio.

Está comprobado que en México, por un ejército de treinta o cuarenta mil soldados, el número de generales sería suficiente para dos millones de hombres. En cuanto generales al estado mayor, coroneles, tenientes coroneles, etcétera, la cifra parecería improbable. La fortuna de todos estos advenedizos es además singular; por algunos jefes salidos de la Escuela Militar de Chapultepec, la estadística, si tuviera lugar, proveería una cantidad prodigiosa de oficiales superiores salidos de las clases más bajas, de los cuales algunos no saben escribir y la mayoría debe sus méritos a acciones poco caballerosas ocurridas en las grandes carreteras de la república (Charnay, 1994, pág. 84).

El viajero francés destacó que el principal motivo de la inestabilidad en territorio mexicano fue la facilidad “injustificada” de su pueblo para pronunciarse, Will Fowler nos recuerda que hubo más de 1 500 pronunciamientos entre el plan de Iguala de 1821 y el Plan de Tuxtepec de 1876. Fowler define al pronunciamiento como un “gesto de rebeldía” —término que retoma de Alonso Baquer— que no buscaba, por lo general, derrocar al gobierno, sino entablar la negociación sobre los privilegios que el gobierno en turno afectaba. El pronunciamiento consistía en la difusión escrita de sus demandas a través de pasquines, folletos y la prensa, el objetivo era que se adhirieran otros pronunciamientos incrementando el número de individuos que respaldaban el movimiento, “en México, la mayoría de los textos fueron redactados y firmados por un número de personas”. Su proliferación reflejó la cantidad y diversidad de actores y grupos sociales que *veían afectados* sus intereses constituyendo un grupo considerable de presión inconforme que asedió al estado. Debe tenerse en cuenta que esta forma de manifestación no se originaba exclusivamente en el sector militar, pues también fue adoptada por políticos, ejército, clérigos, terratenientes, comerciantes y gente común. (Fowler, 2009, págs. 20-24).

Elocuentemente el viajero francés interpreta el *pronunciamento* en México como una práctica recurrente que se disfrazaba de un discurso de bienestar nacional para complacer intereses individuales:

Con gusto se hace soldado y el asunto marcha bien cuando se le paga, lo que es muy raro en los tiempos que corren. He visto a varios infelices coroneles pedir prestados 2.50 pesos para comer.

Pero en cualquier extremo, tanto el empleado como al soldado, le queda un recurso: *el pronunciamento*.

Tenemos todos una idea de lo que es el pronunciamento.

Pierdo mi puesto, y naturalmente, el gobierno ya no me conviene: *me pronuncio*.

Estoy a medio sueldo: *me pronuncio*.

Coronel descontento, general pensionado, ministro despedido, presidente en expectativa: *me pronuncio, me pronuncio, me pronuncio*.

Entonces emito un plan, agrupo a mi alrededor a algunos empleado descontentos, reúno algunos andrajosos, formo un núcleo; detengo una diligencia, me impongo a un desdichado pueblo, asalto una hacienda: estoy *pronunciado*.

Actúo por el bien más grande la república. ¿Qué tienen ustedes que decir?

Formo una banda, la pereza engorda mis filas, pero leo bien, la fortuna llega y me encuentro, un poco sorprendido, lo confieso, en la silla presidencial.

Ayer yo era mayordomo en un consulado, hoy soy general; hace cinco años, era el maestro de ceremonias de la carpa de un circo, ahora soy comandante de la plaza de México; hace dos años era un simple teniente, heme aquí convertido en el sustituto del presidente; no tengo nada, los recursos faltan, mis tropas desertan: derribo las cajas del consulado de Inglaterra. ¿Hay algo mejor?

Es lo que se ve todos los días (Charnay, 1994, págs. 52-53).

Llegar a la presidencia parecía ser un camino viable para cualquiera que siguiera la fórmula del pronunciamento, aunque su permanencia no estuviera asegurada. Según la percepción del viajero: “Los he visto subir al poder, bajar y volver a subir, menos rápidos en la bajada que en la subida, en la cual el único y verdadero plan consiste en enriquecerse; y es bueno, seguramente, porque no volverían a empezar tan seguido” (Charnay, 1994, pág. 76). Estos registros sobre el móvil y la dinámica de los grupos armados en México, resultan sumamente interesantes por la información militar y política que proporciona a sus lectores en Francia. Reiteradamente señala que las tropas no están integradas por individuos de carrera, por el contrario, la mayoría de ellos eran atraídos únicamente por la paga o la promesa de ella,

tal como lo señaló el periodista de *El Gallo Pitagórico* Juan Bautista Morales: “¿Quién podría negar que todos los pronunciamientos empiezan por repartir dinero en pagar oficiales sueltos, en seducir tropa y en ganar jefes? ... Allí pagan tanto y aquí cuanto; más cuenta pecuniaria me tiene irme con los revoltosos” (Morales, 1986, pág. 122). El mismo Juan Bautista agrega que los intereses personales del cuerpo militar para pronunciarse fueron en función del rango y aspiraciones que tuvieran: “Mi hijo hace dos años que es teniente, y no ha podido ascender a capitán, a ver si ahora asciende a teniente coronel. Éstas son las aspiraciones de la mayor parte de las familias de los pronunciados” (Morales, 1986, pág. 119). Por todo esto Charnay y Bautista Morales concluyen que la lucha ideológica de cada partido no era el móvil que obligaba a los soldados al enfrentamiento en campo, puesto que sus intereses eran meramente personales.

A diferencia de la visión generalizada que el viajero registró de las masas armadas, la descripción de los líderes de los partidos políticos es polarizada; para éste, ambos personajes tenían deficiencias lo que impedía la consolidación de su poder y la paz en México. Por un lado, Charnay guarda respeto por Juárez como un jurista experimentado que había pasado “de la abogacía de una ciudad de provincia al gobierno del estado, llegar a la presidencia de la Suprema Corte y sentarse, como hombre honesto, en el sillón presidencial.” (Charnay, 1994, pág. 107), no podemos dejar de reconocer en esta percepción del viajero las similitudes con el discurso oficial en torno a la figura de Juárez. Por su parte, al hablar de Zuloaga, se limita al registro de comentarios triviales que le hicieron saber terceros: que había sido *croupier* de juego en un establecimiento del monte, después general. Como presidente, señala, tuvo poco éxito. Estas palabras que resumen la vida de Zuloaga omiten su carrera militar y hacen que lo descrito del pronunciamiento sea una extrapolación de su participación en la guerra. Lo que es claro es que Charnay muestra a sus lectores que ni los legalistas liberales —que reforzaban su antagonismo rechazando todo lo militar (López, 2007)—, ni la experiencia militar de los conservadores habían podido establecer la paz en México, puesto que era necesario conjugar ambas habilidades: “Reaccionarios y liberales se reprochan mutuamente sus faltas recíprocas; los dos son igualmente culpables y trabajan con una emulación impía por el completo exterminio de su hermoso país” (Charnay, 1994, pág. 107). Esta fórmula discursiva sería una

particularidad de los textos que permearon y justificaron la “aventura mexicana”²⁴; su objetivo principal fue evidenciar la incapacidad de los grupos políticos en pugna para consolidar la nación mexicana, lo que a su vez sugería la necesaria intervención de Francia.

Los efectos de la guerra fueron percibidos por el viajero francés desde el momento que pisó territorio mexicano. En Veracruz recuerda que debido a la inseguridad, los indios abandonaban sus casas. Tanto extranjeros como mexicanos ven dañados sus intereses. Las anécdotas personales en este sentido se refieren principalmente a la inseguridad en los caminos como nos refiere Charnay “De Tehuacán a Puebla, hubo que resignarse tres veces a la amable invitación de voltear los bolsillos” (Charnay, 1994, pág. 62).

Para Charnay la guerra de Reforma careció de los objetivos de paz y progreso, principalmente por la diversidad de grupos y sus intereses. La violencia e inestabilidad no eran el preludio de la configuración del estado-nación de México, pues tal situación se había convertido en un escenario permanente. Para sus lectores en Europa, estas impresiones del contexto bélico mexicano les permitió conocer que la dinámica de intereses —en todos los niveles— encauzaban la guerra; al mismo tiempo que representaban la fragmentación de la política mexicana y que posteriormente se materializaba con las peticiones de los conservadores monárquicos.

²⁴ Correspondencia entre Forey y Randon en 1863: “Ellos no entienden este lenguaje porque el partido moderado, un verdadero partido nacional, no existe. Cada partido solamente desea que sus miembros regresen al poder para oprimir a la facción opuesta. Así, cediendo a estas influencias lamentables, la regencia se está dejando arrastrar por un camino reaccionario que no puedo tolerar. Cunningham, Michele, *México y la política exterior de Napoleón III*, Puebla, Secretaría de Educación Pública del Estado de Puebla, Colegio de Puebla, 2012, pág. 176.

Oaxaca durante la Guerra de Reforma en la mirada viajera.

La mirada de Charnay en torno a los efectos y revueltas que derivaron de las reformas de 1857 en el estado de Oaxaca es relevante puesto que es el único viajero del que se tiene conocimiento que haya visitado diversas regiones —Valles Centrales, Tuxtepec, Tehuantepec y la Sierra Norte—, pudiendo ofrecer un bosquejo amplio del proceso histórico en el estado.

Tras varios meses de permanencia en la Ciudad de México, en septiembre de 1859, Désiré Charnay emprendió camino hacia territorio oaxaqueño. Su estadía concluiría en septiembre de 1860, cuando salió de la región de Tuxtepec para continuar su viaje hacia Veracruz. Tiempo después regresaría a visitar Tehuantepec tras recorrer los antiguos asentamientos mayas.

Localizado al sur del territorio mexicano, Oaxaca fue el antiguo asentamiento de los zapotecos y mixtecos de la época prehispánica, el marquesado de Hernán Cortés después de la conquista española, y tierra natal de los dos presidentes más prominentes del siglo XIX: Benito Juárez y Porfirio Díaz. Para el viajero que ha fijado el estado de Oaxaca como su destino, las montañas son referentes que anuncian dónde empieza o termina su territorio; según observaba Francisco de Ajofrín (1763) “En esta provincia de Oaxaca parece que Dios puso todos los cerros y montañas que le sobraron después de que formó el mundo, poniendo también tanta diversidad de idiomas”, por su parte Margarita Dalton nos recuerda la anécdota en la que Oaxaca es descrita como una hoja de papel arrugada. Rodeado por la Sierra Madre Oriental, la Sierra Madre del Sur y la Sierra Atravesada, el territorio oaxaqueño efectivamente se caracteriza por poseer un terreno accidentado que le permite gozar de diferentes ecosistemas, factor que se subraya en este estudio.

Para comprender el lugar que el territorio oaxaqueño tuvo en los proyectos que se proponían construir la nación mexicana durante el siglo XIX, debe tenerse en cuenta el factor geográfico, sumamente relevante al momento de estudiar el impacto, efectos y su participación en los diferentes procesos históricos. Romero Frizzi plantea que durante la evangelización española, debido a la falta de acceso a muchas regiones, los frailes “insistían en que los indígenas abandonaran las ciudades ubicadas en las cimas o en las laderas de los cerros y fundaran nuevos asentamientos más accesibles” (Romero Frizzi, Sánchez Silva, & Ruíz

Cervantes , 2010, pág. 57), lo que haría el cobro de tributos más fácil. Asimismo para la economía novohispana, Oaxaca gozaba de una posición relevante: su intendencia fue la conexión entre Centroamérica y el puerto de Veracruz, así como la región por excelencia que producía la grana cochinilla (Arrijoa Díaz Viruell & Sánchez Silva , 2010, pág. 85)

Para el siglo XIX, las condiciones que pudieran concebir a Oaxaca como parte del territorio mexicano son realmente frágiles puesto que los medios de comunicación efectivos eran inexistentes, Charles Berry señala que Oaxaca vivía aislada del resto de la república; la orografía no favorecía las obras y las condiciones económicas y políticas del siglo impedían su realización. Por donde se viera las comunicaciones con el resto del país eran muy lentas, tanto si uno se dirigía a Puebla, la Ciudad de México o al Istmo de Tehuantepec los caminos eran descuidados, y en Veracruz, aunque el carretera no estaba tan olvidada, dejaba mucho que desear. Por su parte las rutas que conducían a los puertos del Pacífico eran más bien veredas; el correo era lento, y las diligencias que se dirigían a la capital del país significaban viajes difíciles y tardados. Tal situación de las comunicaciones fue un factor determinante en la participación e impacto de los conflictos del siglo XIX en Oaxaca, ampliamente considerado en fuentes primarias y secundarias²⁵. Hay que señalar además, que la integración de los territorios estatal y nacional fueron complicados por los constantes cambios de proyectos políticos, tan sólo la transición del federalismo (1824), al centralismo (1836) y de vuelta al federalismo (1857) fueron cambios que sucedieron en un lapso de poco más de tres décadas, lo que dificultaba la hegemonía de un proyecto político.

Como se observa a continuación, las impresiones de Désiré Charnay sobre el territorio oaxaqueño y su lugar en la economía internacional, son resultado de la conjugación de las condiciones orográficas de la región y de los intereses de una economía mundo. Se trata entonces, de presentar a la región como un territorio relevante para la comunidad internacional. Los diferentes tipos de naturaleza que constituyen el territorio oaxaqueño fueron notablemente percibidos por Désiré Charnay. En los valles centrales el viajero se percató de un clima templado y de las diferentes vegetaciones que caracterizan a cada uno de los valles

²⁵ Berry señala que las luchas que permearon la Revolución de Ayutla de 1854 se libraron y afectaron principalmente al Norte y Altiplano, mientras que en el Sur la guerra no afectó de la misma forma; el mismo Juárez llegó a señalar que las revueltas de 1827 tuvieron lugar aunque en pequeña escala en el estado de Oaxaca (Juárez, Los acontecimientos políticos del centro y su influencia en Oaxaca , 1990, pág. 248).

“[El valle de Etna] El valle del oeste, el primero viniendo de México, sólo ofrece al viajero tierras cultivadas, pueblos, haciendas y algunas elevaciones dudosas donde la ciencia nada tiene que tomar y el turista nada que copiar. Es el menos rico de los valles y el menos interesante” (Charnay, 1994, pág. 116). Su parecer cambia cuando se dirige al valle de Tlacolula, en su camino aprecia el verdor y la fertilidad de la tierra con los árboles frutales, principalmente destaca “el viejo árbol llamado *sabino* (...) De cerca, causa estupor y admiración su prodigioso desarrollo” (Charnay, 1994, pág. 120). La riqueza de este valle se ve reforzada por haber sido un productor importante de grana cochinilla, el segundo artículo más ambicionado por los extranjeros “y de más valor en las exportaciones de la Nueva España (después de la plata) en el siglo XVIII y entre 1754 y 1854”, su producción se limitaba casi completamente al obispado de Oaxaca (Chance, 1990, pág. 209).

Las impresiones que registró en su paso por la Sierra norte dibujan una región con amplia y variada vegetación, donde no se apreciaba la intervención de la mano del hombre principalmente por las dificultades del paisaje:

el lugar era hermoso, salvaje y, en los claros de vegetación, a miles de pies abajo, la mirada se perdía en las profundidades del valle (...) A cada paso había sitios encantadores y variados; un rico cultivo exponía bajo nuestros pasos un tapete de vegetación donde los tonos más diversos se sucedían uno a otro (...) Esta naturaleza es alegre y festiva; la sierra posee todas las bellezas (Charnay, 1994, págs. 132-134) .

En la cima de la montaña de Cuasimulco, Charnay percibe que el ambiente cambia drásticamente, es helado y una capa de nieve cubría la tierra, es un espacio dominado por una selva virgen ausente de viviendas. El descenso hacia las planicies del Golfo fue brusco y resbaloso, el traslado equivalente a ocho leguas solo era posible por medio de la colocación de tablas transversales simulando una inmensa escalera. (Charnay, 1994, págs. 138-139). Ya en Tuxtepec el viajero se encuentra con el uso de tecnología nativa que se empleaba para solucionar los contratiempos que la naturaleza ocasionaba en los caminos:

cuando las lluvias hacen crecer los torrentes, los indios establecen de una orilla a otra un puente de lianas que cuelga de los árboles de ambas riberas. Estas pasarelas vacilantes son verdaderas obras maestras; al verlas es difícil comprender cómo el solo peso del entablado y de los accesorios no precipita su

caída (...) soportan sin embargo pesadas cargas y durante tres meses no hay otro modo de pasar (Charnay, 1994, pág. 140).

El paisaje de esta región fue ampliamente admirado por Charnay; era cálido con diversas especies de aves como cotorras, pericos y guacamayos; los enormes zapote-mameyes y la gran variedad de peces a las orillas del río; asimismo los cultivos más importantes que ofrecía para el comercio fueron el tabaco, la caña, el algodón y la vainilla (Charnay, 1994, pág. 141). La atención incrementaba por el encuentro con algunos españoles y franceses que se habían instalado en esta parte del globo. Esta variedad de productos también atraía a los indios de la montaña que se abastecían de ellos y posteriormente vendían en el valle de Oaxaca (Charnay, 1994, págs. 141-142).

Esta imagen de Oaxaca, tan privilegiada por su diversidad natural, nos remite a la idea del cuerno de la abundancia, tan paradisiaco y exótico para los extranjeros. De la mano de este paisaje figura la autarquía como una característica discursiva casi imprescindible en estas crónicas. Dada su contraposición al liberalismo; la política mexicana y los relatos de viajeros coincidían en que la autarquía estancaba la economía y el progreso. Aunque en el fondo los dos percibían el contexto como resultado del colonialismo español; sus interpretaciones y soluciones diferían. Para los gobiernos liberales la organización de tierras comunales impedían un aprovechamiento que la propiedad privada ofrecía (García, 2011, pág. 102), viendo la solución en la implementación de acuerdos y leyes, es decir una solución interna que competía solamente a la organización y administración de los gobiernos mexicanos.

Charnay se limita a conceder —nuevamente— esta situación a la pereza que la población heredó de los españoles “nace con este instinto y muere con la misma previsión” (Charnay, 1994, pág. 262). El viajero planteaba que la solución debía buscarse en el exterior a través de la migración francesa; es claro que Charnay no concibe el crecimiento económico de la región a partir del pueblo mexicano, sino por el que proveería la mano extranjera francesa haciendo llamado a una intervención económica.

En este mismo sentido, el contexto que Charnay nos plantea anula la organización de los pueblos de indios reforzando la idea de la región en estado estático. Esta adjudicación revela el desconocimiento del viajero sobre las dinámicas económicas de la población y que

más bien se percibe como un recurso discursivo de los hombres del nuevo orden para motivar la civilización económica, de tal forma que la autarquía se consideró el enemigo de la modernidad. Por otro lado, los trabajos recientes de Arrijoja Díaz Viruell y Edgar Mendoza han demostrado que la economía indígena sí estuvo organizada, se basó en el “cultivo de alimentos para la subsistencia, pero también en la obtención de recursos que destinaron para cubrir las cargas fiscales, las obvenciones parroquiales, las demandas del mercado y las exigencias comunales” (García, 2011, pág. 25).

Charnay presentó la región de Tuxtepec como un espacio donde sin mayores dificultades los migrantes extranjeros podían hacerse de alguna tierra: “la carrera se halla abierta para todos. Para volverse propietario, es suficiente naturalizarse como ciudadano de la comunidad y se tiene entonces el derecho de escoger en el territorio del pueblo la tierra que mejor convenga, con la única obligación de abatir los árboles y cercar el campo” (Charnay, 1994, pág. 142). Estas palabras del viajero nos dejan la impresión de que el liberalismo, en cuestión de propiedad privada, había echado raíz en México toda vez que parece que las poblaciones de esta región eran conscientes y asumían sus implicaciones. Si bien los trabajos de Díaz Viruell y Edgar Mendoza plantean que las poblaciones de mediados del siglo XIX eran conscientes de los contratos de compra-venta y adjudicación, también es cierto que éstas interpretaron, asumieron y protestaron las disposiciones según sus conveniencias. Lo que sí deja claro Edgar Mendoza es que la respuesta de los pueblos no fue uniforme (García, 2011, pág. 306)

Quizá Charnay concedía esta posibilidad por la conjugación de la Ley Lerdo de 1856 que implementaba la propiedad privada sobre la comunal; y el decreto que en el mismo año fue expedido por Comonfort donde declaraba que los extranjeros residentes en la República podían adquirir bienes raíces en México, previo cumplimiento de los requisitos. La invitación de Charnay se planteó en la vía legal, sin embargo, ¿cómo, en un gobierno de constantes cambios e incertidumbres, el viajero pensó que estas leyes serían vigentes a la hora de que sus connacionales arribaran a México? Es más, Charnay no debió olvidar los agravios a los extranjeros que incrementaban la carpeta de demandas ante el gobierno francés y que él mismo constató en otras partes de la república.

Los estudios de Arrijoa Díaz Viruell y Edgar Mendoza nos dan una idea de las transformaciones de organización indígena en Oaxaca. Muchas veces la extensión de tierra y sus habitantes no fueron proporcionales y quedaban muchos bienes “sin explotar”; según lo sugiere la referencia de Charnay, Tuxtepec se encontraba en este marco, sin embargo la pasividad de la población y el hecho de que acataran los decretos del gobierno fueron meras suposiciones del viajero. En el estudio detallado de los pueblos chocholtecos en Oaxaca durante el siglo XIX, Edgar Mendoza ha demostrado inconformidades y pleitos entre los vecinos por la delimitación territorial, compra-ventas y adjudicaciones, que indican que los indígenas no se quedaban de brazos cruzados cuando sus intereses eran perjudicados (García, 2011, pág. 332).

En la promoción tan aventurada que Charnay hizo para la migración francesa, los riesgos incrementaban. Si bien la compra-venta de parcelas entre comuneros se hacían en papel, la realidad que señala Edgar Mendoza es que “no estaban vendiendo la tierra, sino el usufructo que se tenía de ella” (García, 2011, pág. 316). Este fue un panorama constante en los pueblos indígenas de Oaxaca que revela que la importancia de defender sus territorios se remitía a un “sentido de pertenencia pueblerina” (García, 2011, pág. 68), que fue permanente durante la primera mitad del siglo.

Ante este panorama las impresiones que nos deja la convocatoria de Charnay —como seguramente se leyó en Francia—, para que los extranjeros adquirieran bienes en México fueron de riesgo, inseguridad y con el único objetivo de intentar el crecimiento económico que trataba de infundir el segundo imperio más allá de Europa. De esta forma puedo considerar que este discurso publicitaba dos cosas, uno es lo que se ha venido tratando en esta parte: Oaxaca como un espacio potencialmente productivo del que Francia podía verse beneficiada; dos, que sus lectores franceses se convencieran de las “oportunidades” que brindaba México con la finalidad de que respaldaran un proyecto intervencionista que dirigiera el emperador francés. Con estas prioridades, Charnay minimizó los riesgos en un discurso que llega a parecer hasta contradictorio; aunque reiteradamente señala la inexistencia de paz y hegemonía legal en México, al mismo tiempo piensa que en cuestiones de bienes raíces las nuevas disposiciones se iban a aplicar y asumir tal cual lo establecía la ley; además, se suman los antecedentes que conoció sobre los daños a los intereses de sus compatriotas en tierras mexicanas. Como se

observa, el discurso de Charnay tiene argumentos inconsistentes sobre el éxito que podría tener la próxima migración francesa en México.

La región del Istmo de Tehuantepec fue otro espacio que tuvo gran relevancia en los discursos del gobierno liberal, de los viajeros y en los proyectos comerciales de extranjeros. La apertura de la ruta interoceánica fue un proyecto muy anhelado por las potencias económicas del siglo. La *Louisiana Tehuantepec Company* de Estados Unidos se hizo acreedora a la concesión para abrir la ruta interoceánica en septiembre de 1857. Cuando Charnay llegó a Tehuantepec (1860), ya habían pasado dos años de que se habían iniciado los preparativos para construir la obra. No obstante, hacer realidad la unión de Oriente con Occidente fue una empresa con muchos tropiezos. El viajero francés aplaudió el proyecto que nuevamente mostraba la industria como un motor importante para el dinamismo regional e internacional. Los impactos regionales que circunscribieron esta construcción fueron: la fundación de cuatro ciudades a las que se destinó 1 755.61 hectáreas a cada una, terrenos de uso comunal y para la construcción de calles, plazas, edificios y paseos públicos; así también se rebajaron los impuestos para aquellos que se establecieran ahí, y exentaron de los mismos a diversos artículos de importación, todo esto con el fin de crear facilidades para el establecimiento de migrantes (Argüello, 2013, págs. 197-198).

La propuesta legislativa no era despreciable, sin embargo la realidad que Charnay y Charles Basseur describieron fue otra. “En cuanto empezaron los trabajos, la ciudad pareció despertar un momento al contacto de la agitación yanqui; pero la desastrosa salida de esta compañía, que sólo pasó y desapareció, dejó Tehuantepec arruinado, así como a los habitantes del campo” (Charnay, 1994, pág. 264). El carácter de los *yanquis* vuelve a ser un aspecto del discurso de Charnay, que desdeñaba el involucramiento de Estados Unidos en los asuntos en territorio mexicano, que se tenían más por daños a la comunidad internacional que por beneficios. El viajero adjudicó la falta de éxito a su forma de trabajo tan precipitada, pues esto decía mucho de cómo habían proyectado la construcción de la vía. Según lo percibió el francés, la obra no fue pensada para que trascendiera “No habían pensado ni en la vegetación (...) los inconvenientes de la tierra húmeda (...) ni en las inundaciones” (Charnay, 1994, pág. 264), sino que más bien respondía a un capricho de Estados Unidos por “demostrar” su poder sobre el gobierno mexicano y la superioridad frente a las demás naciones interesadas en la

ruta. Para Charnay el fracaso de esta oportunidad demostraba la incapacidad de los estadounidenses para conducir con éxito el proyecto “todo había sido sacrificado al amor propio de trazar la carretera” (Charnay, 1994, pág. 264).

Quiero retomar el sentido de pertenencia local que anteriormente señalé superficialmente y que merece una atención más detenida. El contexto de diferentes factores han dado cabida a ese espíritu de *patria chica* que Charnay percibió con mayor vehemencia en el estado de Oaxaca y que en su conjugación denotan la fragilidad de los vínculos entre provincias y municipios, dificultando al mismo tiempo la concepción de una identidad nacional y en ocasiones la búsqueda por la independencia regional²⁶. Uno de estos aspectos fueron las condiciones de las comunicaciones a nivel nacional y estatal; el segundo fue la organización indígena que defendía sus límites territoriales e intereses, es decir la vecindad²⁷; y por último, la orografía accidentada del estado de Oaxaca. Charnay escribió: “Por muy federal que sea México, el lazo que une a cada una de sus partes resulta de lo más débil, pudiéndose decir que no existe más nacionalidad que la de la provincia. El habitante de Puebla es un poblano, el de Chiapas es un chiapaneco, nadie dirá que es mexicano. Este espíritu de patria chica se encuentra en todas partes, pero en ningún lado estalla con tanta violencia como en la linda ciudad de Oaxaca” (Charnay, 1994, pág. 106). En su contraparte Carlos Sánchez Silva, Arrijoa Díaz Viruell y Edgar Mendoza, señalan que este carácter no se limitó al Distrito Central de Oaxaca, sino que fue permanente en las poblaciones del estado. Los testimonios de algunos oaxaqueños revelan este sentimiento por defender la identidad local; Porfirio Díaz reconocía el brío con que sus paisanos se limitaron a la defensa del Distrito Central “Los soldados peleaban como leones en Oaxaca; pero se resistían a salir del estado...”; añadía un dicho popular: “los oaxaqueños son valientes hasta el marquesado” (Berry, 1989, pág. 63).

²⁶ En dos ocasiones se manifestaron las intenciones de que Oaxaca asumiera su soberanía en: 1823 y 1857. Branchetti, I. y Muñoz, A. “Consideración histórica de la soberanía del estado de Oaxaca en 1857”, Textos de su historia, tomo III, México, Instituto Mora, Gobierno del Estado de Oaxaca, 1990, pág. 187.

²⁷ “La vecindad se constituía así como un vínculo individual casi natural, una especie de parentesco (“hijos del pueblo”) que ligaba entre sí a todos los habitantes de un pueblo por la comunidad de intereses, que daba derechos al disfrute de los bienes de comunidad (montes, aguas, pastos), a particular de los beneficios propios del pueblo y a intervenir en la administración municipal como elector o elegido”. Traffano, D. “De cómo el católico fiel resolvió ser ciudadano. Indígenas, iglesia y estado en Oaxaca, 1857-1890”, *Ciudadanos inesperados. Espacios de formación de la ciudadanía de ayer y hoy*, México, Colegio de México, Centro de Investigación de Estudios Avanzados, 2012, pág.76.

Una evidencia de 1823, nos hace llegar Brian Hamnett, el historiador supone que un soldado publicó una invitación al pueblo de Oaxaca para independizarse de México, preveía que la subsistencia de esta separación sería posible por las favorables características de la naturaleza y las modificaciones administrativas y mentales que promovieran la activación económica comercial (Anónimo, 1998); no obstante el espacio al que se limitaba comprendía lo que actualmente son los valles centrales, pues no contemplaba cómo debían proceder el resto de las comunidades.

Por último, debo señalar las percepciones sobre religión que describió Charnay. Desde las perspectivas del clero y del viajero francés, se acepta que hubo espacios en que la institución eclesiástica no tuvo una vinculación fuerte con la población. Sin embargo esto no significa que se diera un desplazamiento del sentimiento religioso. El planteamiento sobre la libertad de cultos de 1856 despertó una preocupación de la iglesia que incrementó con la Ley Iglesias (1857) sobre derechos y obvenciones parroquiales. Las reacciones por parte del clero oaxaqueño no se hicieron esperar, y el 15 de julio de 1856, el obispo de Oaxaca José Agustín Domínguez comunicaba al Congreso que si establecía la tolerancia religiosa la mayor parte de la población volvería a las prácticas idólatras (Berry, 1989, pág. 50). Desde el púlpito la iglesia comenzó una propaganda en contra de la nueva constitución excomulgando a aquellos que la juraran, lo que provocó tensiones en la población que se vio atrapada entre sus “derechos-deberes cívicos y sus necesidades-sentimientos religiosos” (Traffano, 2012, pág. 80). En esta coyuntura nuevamente se observan diferentes formas en que la población enfrentó los cambios.

Como hemos visto que sucedió con la Ley Lerdo, la Ley Iglesias fue para muchas poblaciones la norma que les permitió denunciar los abusos de los sacerdotes ante las autoridades. Edgar Mendoza y Daniela Traffano coinciden en que las comunidades tuvieron conocimiento del ejercicio legal, demostrando su capacidad para negociar principalmente las tarifas “... de prácticas religiosas individuales y comunitarias, y en contra de lo que consideraban abusos por parte de la iglesia” (Traffano, 2012, págs. 75-76). Traffano pone como ejemplos los casos de los curas de Guiegolani (Tlacolula) y Santiago Atitlán (Villa Alta) que constatan la rapidez con que la población ejerció la ley, pues el pago de obvenciones disminuyó constantemente desde su implementación (Traffano, 2012, pág. 84).

El testimonio que ha dejado Charnay sigue esta línea. En su paso por el pueblo de Ozoc, el viajero constató que los curas abandonaban las iglesias a causa de las *injurias* que promovían los nuevos decretos. Lo atractivo de la anécdota es que se percibe una fractura entre la institución eclesiástica y el sentimiento religioso de la población, pues el abandono del párroco no hacía mella en los feligreses, por el contrario resolvían que ellos mismos podían conducir la liturgia, “*vi a un indio, vestido con un sobrepelliz, entonar cerca del altar cantos religiosos*” señaló el viajero desaprobando el acto. Sin embargo al momento fue refutado por su interlocutor, un carpintero instrumentista que le hizo saber lo conveniente que resultaba para el pueblo la ausencia del padre, pues significaba el ahorro económico de aproximadamente 4’000 pesos, (Charnay, 1994, págs. 136-137). A este panorama Charnay añade la decadencia moral del clero, pues un par de veces encontró a sacerdotes en casas de juego, con mujeres públicas y abusando de la caridad de los fieles.

De esta forma podemos resumir que las impresiones de Charnay sobre el contexto religioso por una parte hablan del declive de la institución clerical ante las nuevas leyes, debido a la iniciativa del gobierno liberal y las demandas que emitían las comunidades. Asimismo destacaba el sentido religioso tan importante en la vida de los mexicanos “El indio es esencialmente el ser más teocrático de la creación, nadie se inclina con más respeto ante el nombre del Señor; desde el brujo de los pieles rojas hasta el gran lama, desde el bonzo hasta el papa, cualquiera que le hable en nombre de la divinidad, le impondrá sus leyes” (Charnay, 1994, pág. 137). Este planteamiento se observa como un consejo infalible al que puede recurrirse para que los mexicanos acepten, en este caso, una vía para la instauración del régimen extranjero que se proyectaba para México.

En un territorio tan amplio como lo fue México durante la primera mitad del siglo XIX, los procesos históricos y sus efectos se construyeron a partir de diferentes intereses que han dado cabida a la concepción de múltiples Méxicos. En esta parte se procuró examinar el lugar e importancia del territorio oaxaqueño en el discurso de Charnay como una extensión de los intereses franceses. Hasta aquí, la narrativa de Charnay ha planteado las posibilidades de una intervención económica en este espacio, toda vez que se refiere a él como un cuerno de la abundancia. Por medio de la migración francesa y el uso de la religión como un recurso de

sometimiento, el viajero ve elementos que pudieran atraer la atención del imperio francés para que promoviera la integración de México en la sociedad industrial en construcción.

Las interpretaciones sobre el México prehispánico.

Ha llegado el momento de revisar las percepciones de Désiré Charnay en torno a las culturas prehispánicas. Como se mencionó al inicio, el objetivo principal de la travesía fue la exploración de los sitios arqueológicos de América Central. En esta parte notaremos que las actividades que comprendieron este tipo de estudios tales como el registro, muestreo, resguardo; estudio de objetos, su recolección y exhibición fueron difíciles para el viajero francés ante el contexto de la guerra en México ya que muchas veces limitó su práctica y por consiguiente el conocimiento. De esta forma la combinación del panorama de incipientes estudios científicos, la idea del aventurero interesado en las antiguas civilizaciones; y las condiciones en que encontró los diferentes recintos, revelan la preocupación de Charnay por el resguardo histórico de México.

Aunque su principal atracción fue lo prehispánico, mostró una ligera inquietud por las edificaciones coloniales. Tras la promulgación de la Constitución en Oaxaca, el 22 de marzo de 1857, los enfrentamientos entre conservadores y liberales causaron estragos que se reflejaron en la destrucción de la ciudad. Durante la batalla del 16 de enero de 1858, tras 19 días de sitio en que los liberales resultaron vencedores, la ciudad presentaba los efectos de la guerra, las calles que rodeaban la Plaza de Armas sirvieron de trinchera a los conservadores que aprovecharon las piedras del pavimento y banquetas para formar las barricadas, además los edificios cercanos sufrieron algunos deterioros por los tiroteos (Vásquez, 2008).

La aplicación del *Decreto de Nacionalización y Extinción de Corporaciones y Congregaciones Religiosas*²⁸, otorgó al poder la capacidad legal para desamortizar bienes de corporaciones eclesiásticas, lo que posteriormente modificó la concepción de sus espacios. Como había sido en el resto del territorio mexicano, los edificios clericales fueron abandonados por las órdenes religiosas y adquirieron la funcionalidad de cuarteles. Además el

²⁸ Decreto publicado el 28 de julio de 1859 en Oaxaca y emitido el 12 del mismo mes en Veracruz por Juárez.

gobierno liberal de Oaxaca utilizó estos lugares para el resguardo institucional y académico. Las congregaciones masculinas fueron las primeras desalojadas, los conventos dominicos: Santo Domingo y San Pablo, el de los carmelitas del Carmen Alto, el de la Merced, San Felipe, San Francisco y San Agustín; posteriormente el Palacio Episcopal se convirtió en oficinas federales y en el Seminario Conciliar, se ubicó el Instituto de Ciencias y Artes del Estado, no obstante al mismo ritmo que los gobiernos cambiaban, también lo hacía el mando sobre estos espacios; los hasta ahora ex conventos de Santo Domingo y del Carmen Alto fueron tomados por los conservadores en calidad de cuarteles militares y tres años más tarde por los liberales con el mismo objetivo (Vásquez, 2008, pág. 93). Tal como testimonió Charnay “Día y noche, una batería de dos piezas de doce y dos morteros, colocados sobre la colina, lanzaba bolas y bombas sobre el convento de Santo Domingo, donde se habían atrincherado las tropas de Cobos” (Charnay, 1994, pág. 127). Para el viajero, la Catedral y el ex convento de Santo Domingo en la *Verde Antequera* no fueron edificaciones en las que valiera la pena ahondar en detalles. Charnay es selectivo y prefiere describir la arquitectura colonial de la Ciudad de México:

Santo Domingo no presenta más que el aspecto de la desolación. Las pinturas que adornaban las galerías están medio acribilladas y los muros ennegrecidos por el humo de las fogatas (...) [San Francisco] las guarniciones han dejado, como en Santo Domingo, las tristes marcas de su paso; el convento se encuentra en estado deplorable (...) Lamentamos que el gobierno liberal, en su prisa por destruir los conventos, no haya conservado esa magnífica muestra del arte mexicano (Charnay, 1994, págs. 66-67)

Ahora bien, sobre los sitios y vestigios prehispánicos el viajero resulta mucho más detallista y reflexivo. En el Estado de Oaxaca visitó tres de estos espacios arquitectónicos, el más pequeño se encuentra en el valle de Zimatlán-Ocotlán, que fue un convento inconcluso perteneciente a Cortés edificado sobre emplazamientos prehispánicos; el segundo es Monte Albán; y el tercero Mitla, al que destina parte de un capítulo y 17 fotografías.

Lo interesante de este tema es revelar las diferentes interpretaciones que Charnay y los nativos tuvieron acerca de los espacios y objetos prehispánicos. El primero se había desplazado desde Europa con la misión científica de registrar la situación en que éstos se encontraban, mientras que para los nativos eran elementos vigentes de su pasado.

El carácter científico de los viajeros del siglo XIX traía implícitas las labores de estudio, recolección y resguardo de los objetos de civilizaciones antiguas. En este sentido Charnay bosquejó un panorama en el que abundaban artículos y materia de investigación prácticamente inexplorados desde la ciencia, por tal motivo observamos que su crónica fue una especie de invitación a los extranjeros para que se lanzaran al estudio y recolección de vestigios: “el camino que conduce al viejo templo domina el valle; cubierto de *tumulis* vírgenes hasta el día de la completa profanación, ofrece al anticuario preciosos testimonios de la civilización india” (Charnay, 1994, pág. 117), tal fue el atractivo que encontró en el Distrito Central de Oaxaca que señaló: “el Marquesado ofrece a los viajeros el más vasto y rico objeto de estudio. Por todas partes hay *tumulis*, templos, palacios, ruinas, un amontonamiento extraño de tierras reunidas, de masas de mamopostería” (Charnay, 1994, pág. 118). Esta parte del relato seguramente es una justificación del viajero sobre lo acertada que fue su travesía teniendo en cuenta que a mediados de la centuria proliferaron espacios y manifestaciones que reunían conocimientos y vestigios de diferentes regiones del mundo, como ya hemos señalado algunas de éstas fueron el coleccionismo efervescente, la exposición universal en París (1855) y principalmente porque el emperador francés fue devoto del resguardo cultural de las civilizaciones. Para Charnay fue el paraíso de las antigüedades precolombinas “El todo está sembrado de pedacería de vasijas de extrema delicadeza, con un barniz rojo y brillante. Un italiano de México mandó, hace algunos años, practicar aberturas en estos montones de piedras; sacó collares de ágatas, obsidianas trabajadas y diversas joyas de oro maravillosamente elaboradas. ¡Qué museo no se enriquecería con cuidadosas exploraciones!” (Charnay, 1994, pág. 118). Con este diagnóstico, Charnay no duda en proponer a sus lectores del imperio la intervención científico-cultural en México y demandaba principalmente mejores condiciones para los estudios “La administración local debería poner término a éste vandalismo estúpido; sería suficiente una orden al alcalde del pueblo y un guardia que se relevara a diario” (Charnay, 1994), se añadía además la hostilidad de los nativos, quienes evitaban el saqueo de los antiguos monumentos a manos de extraños, lo que complicaba sus labores de estudio:

Algunos subterráneos se extienden bajo las ruinas. Éstos ya han sido abiertos una vez, pero la actitud hostil de los indios los hizo cerrar antes de que se hubieran podido recorrer y extraer los tesoros que encierran. Yo quise en vano

proseguir con la misma empresa, pero hubiera necesitado el apoyo de cincuenta hombres para proteger mis trabajo, apoyo que tampoco pude obtener de un gobierno desorganizado que no podía sostenerse a sí mismo (...) Los indios aceleran este deterioro ya de por sí bastante rápido y, empujados por una extraña superstición, acuden en bandas desde los pueblos más lejanos y se apoderan de estas pequeñas piedras que componen los mosaicos, persuadidos de que entre sus manos se convertirán en oro (Charnay, 1994, pág. 125).

En este punto convergen la mentalidad científicista del viajero con la interpretación del valor que los indios adjudicaban a estos vestigios. En diferentes momentos Charnay observó el cuidado como una actitud protectora de los nativos hacia aquellos elementos que evocaban su pasado prehispánico y que posiblemente la experiencia de la conquista y evangelización española los hacía celosos de los fuereños. El viajero reconoció esta actitud ante el viejo árbol llamado *sabino* en Santa María el Tule

Los indios vigilan sin embargo que ninguna mano profana ataque al viejo monumento. Como a todo lo que concierne a su pasado, lo rodean de una supersticiosa veneración. Nadie lo visita más que bajo su vigilancia, barren y limpian todos los días el pie del árbol y no soportarían que se rompiera la menor de sus ramas. El indio tiene la religión del recuerdo y, quizás, en las noches de tormenta, oye gemir a sus ancestros entre las ramas centenarias del viejo sabino (Charnay, 1994, pág. 121).

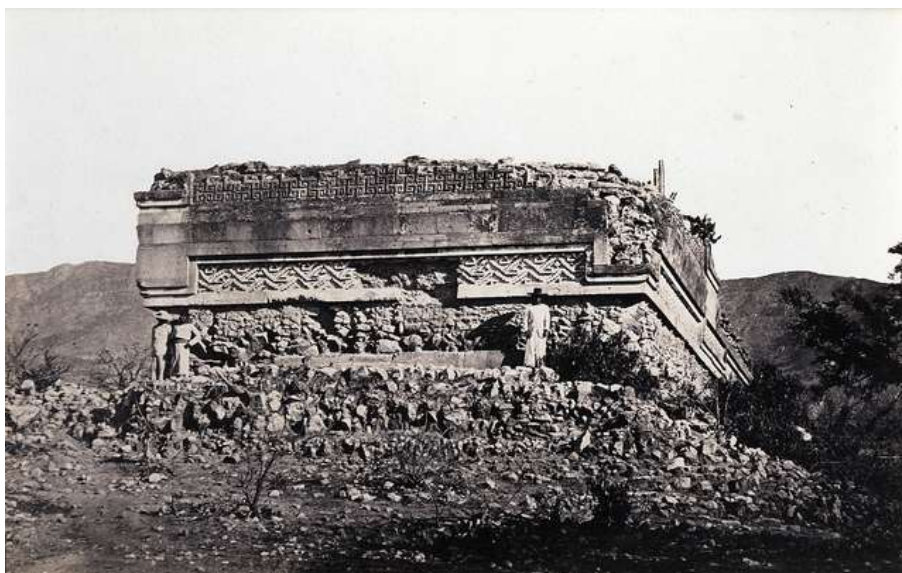
El viajero describe un horizonte similar en su paseo por Zaachila, donde encontró un emplazamiento colonial sobrepuesto al prehispánico: “¿no ofrecen al espíritu observador una imagen sorprendente de esa civilización española del Nuevo Mundo, que no ha dejado tras de ella más que recuerdos perdidos, soledad y desolación?” (Charnay, 1994, pág. 117). Los estudios actuales en torno al proceso de la conquista y evangelización sugieren que los indígenas no se resistieron a adoptar la nueva fe, sin embargo lo difícil y hasta incomprensible para ellos fue la insistencia de los frailes para destruir las imágenes de los dioses antiguos y los objetos sagrados; entonces, los indígenas resolvieron esconderlos ya fuera atrás de los altares; en las cuevas, fuera de la mirada de los frailes o en los ejes de las iglesias (Frizzi, 2010). Sin lugar a dudas esta experiencia se convirtió en un recelo que la población del siglo XIX heredó demostrando la desconfianza hacia los extranjeros. Frederick de Waldeck da cuenta de esto durante su viaje por Yucatán (1834-1836) donde giraron una orden para que vigilasen su conducta “no podían concebir que yo recibiese fondos de Inglaterra para visitar

viejos monumentos, e imaginaron que yo era espía a sueldo del gobierno británico” (Waldeck, 1996, pág. 80). Un testimonio más ofrece Isidore Löwenstern en su viaje por México en 1838 al referir su estancia en Cholula, Puebla, destacó que la población no fue hospitalaria con los extranjeros, pensaba que tal actitud de permanente desprecio devenía de la época de Cortés (Löwenstern, 2012, págs. 63-64). Esta serie de testimonios permiten discernir dos panoramas en torno a estas conductas, en el primero se contempla la población nativa en general, que pensó que los vestigios arqueológicos debían mantenerse en su espacio original, su “hábitat” y cuya actitud se remite al proceso de conquista; el segundo se limita a la élite política que encontraba en los vestigios prehispánicos un elemento legitimador de sus discursos políticos de independencia e integración nacional basada en la imagen que remontaba sus orígenes a las culturas precolombinas, toda vez que mediante el coleccionismo y la exposición anhelaban promoverla tanto en territorio nacional como en el extranjero.

La realización de los estudios que se proponía Charnay fueron difíciles frente a la lista de problemas que incrementaba por las condiciones de la guerra y del terreno; faltaba estabilidad en las instituciones que pudieran darle seguridad tanto a él como a sus materiales, señala la ocasión en que fue despojado de sus notas y clichés, materiales que le habían valido seis meses de trabajo; los contratiempos que ocasionaban el sitio de poblaciones como la que vivó estando en Mitla se ceñía al cierre de caminos con barricadas. A decir del contexto natural y sus efectos en las labores de estudios, Charnay destaca los contratiempos del arribo de su equipaje, la vulnerabilidad de sus clichés ante las altas temperaturas tanto en la zona maya como en Mitla, así como la dificultad de las veredas en su trayecto por la Sierra norte y Tuxtepec; en Cuasimulco describe la difícil subida que sólo podían hacerse *a cuatro patas*, sus mulas continuamente se tropezaban. En otra ocasión, temía la pérdida de sus clichés cuando cruzaba un vado en Tuxtepec ya que las mulas se resbalaban y hundían a cada paso que daban, la caja que los protegía se encontraba completamente mojada, a pesar de eso solo tres clichés habían sufrido daños (Charnay, 1994, págs. 140-141).

La descripción del camino a Mitla se torna interesante puesto que su material fotográfico y escrito se complementaron al retratar este espacio: “[Mitla] se encuentra en la parte más inculta e ingrata del valle, adosada a las montañas. Aquí reina un viento violento y continuo que reseca todo. La vegetación es casi nula y presenta únicamente grandes plantas

llamadas *pitayales*” (Charnay, 1994, pág. 123). Como se observa en la siguiente fotografía, el viajero retrató la antigua edificación como elemento central del paisaje en la que hay que reconocer cierta precisión en la composición, Charnay se preocupó por insertar la construcción en el contexto antes descrito incluyendo el paisaje árido rodeado de montañas, el horizonte le sirve para dividir la imagen, otorga la misma proporción al cielo y al suelo, ambos coinciden, se encuentran completamente despejados. Queda en duda si el viajero francés conocía el significado de los relieves, elemento que hubiera servido para contrastar el clima extremo de la región frente a la necesidad de agua, cuyo significado es el de las grecas.



29

La inclusión de los nativos en esta fotografía, —de los cuales los del lado izquierdo pasan desapercibidos, como incrustados en el monumento—, no es espontánea, sino más bien acordada. La finalidad es acusar la permanencia de los indios en aquellos sitios. La imagen sola no habla de esta forma; habrá que remitirse a la obra escrita para comprender que lo

²⁹ Désiré Charnay y Julio Michaud. (1860-1861). "Lado meridional del cuarto palacio en Mitla. Recuperado en "Huellas de Luz. Mapoteca Orozco y Berra. 1 de abril de 2013 http://lais.mora.edu.mx/huellasdeluz/#contenido;id=hdlrep:MXIM-5-2-2-11/de_listado_id=MiVENGv1.

observado por el viajero le desagradaba, culpa a los indios por su ignorancia ante estos monumentos “los indios se apropiaron de estas ruinas, fijaron sus moradas en medio de los patios y los muros les sirven de cercas” (Charnay, 1994, pág. 125). La fotografía fue su respaldo. La relevancia del estado de Oaxaca en el viaje de Désiré Charnay se enfocó principalmente en la descripción detallada del sitio arqueológico de Mitla, que fue el único de la región en la superficie, lo que facilitaba su acceso y estudio, razón que se comprende por la cantidad de fotografías en que fue retratado.

El diagnóstico acerca del territorio oaxaqueño que Charnay promovió en Francia, se enfocó en la difusión de los atractivos de la región mediante la propuesta de intervenciones económicas y científicas. Los intereses sobre este espacio fueron diversos por las posibilidades de explotación natural que la biodiversidad ofrecía; por su parte, los beneficios del aprovechamiento científico se proyectaron principalmente para el estudio arqueológico que venían encontrando un lugar importante en la legitimación de los dos imperios franceses. Charnay subrayó las condiciones geográficas y a los nativos como las prevenciones a considerar para la realización de proyectos sucesivos. Queda claro que para Charnay, México era un espacio virgen con alto potencial para estudios efectivos; y de abastecimiento de materias primas, que sólo encontrarían en el manto de Francia el impulso más conveniente para su incursión en la idea planetaria del segundo imperio.

Al dimensionar los contextos internacional y mexicano, se planteó que la gestión de proyectos y sus efectos se supeditaban a una intervención político-militar francesa, que se visualizaba muy factible por el faccionalismo de los líderes políticos que no buscaban el desarrollo del país sino su fragmentación; y por la distracción de Norteamérica ante su Guerra de Secesión.

Charles Brasseur y su *Viaje por el istmo de Tehuantepec*.

En 1859, el abad Charles Brasseur fue comisionado por el Ministerio de Instrucción Pública de Francia para realizar lo que fue su cuarto viaje a América. En aquella ocasión su destino principal fue el Istmo de Tehuantepec en Oaxaca; esta travesía se puede considerar pionera de los estudios científicos principalmente arqueológicos. Como veremos a continuación Brasseur se desenvolvió en el ambiente que comenzaba a promover metodologías científicas. La crónica que resultó de esta travesía fue publicada en París de 1862 con el título *Voyage sur L'Isthme de Tehuantepec dans l'État de Chiapas et la République de Guatémala, exécuté dans les années 1859-1860*.

En este apartado me propongo identificar y desarrollar los aspectos más relevantes de la crónica de Brasseur, procurando dilucidar cómo sus impresiones sobre esta región se pensaron útiles para el segundo imperio francés y en qué medida su relato debe considerarse como una lectura antecedente a la “aventura mexicana”. En una impresión general, el *Viaje por el Istmo de Tehuantepec* se puede incluir en esta categoría por ser el resultado de una misión oficial del imperio que se realizó entre 1859-1860, y que su publicación en 1862 se mostraba como un texto propagandístico que alertaba la preponderancia estadounidense con la construcción de la ruta transísmica en Tehuantepec, que a mediados de siglo atrajo con mayor fuerza la atención de propios y extraños, en este sentido el relato del viajero justificaba la intervención de Francia en México.

Las impresiones de Brasseur son importantes para esta investigación por tres aspectos. El primero es que a través de su mirada viajera complementa el contexto regional del siglo XIX, al proveernos información sobre las dinámicas socioculturales en el Istmo de Tehuantepec durante los años en que corría la Guerra de Reforma; el segundo es que nos habla del caso de la *Louisiana Tehuantepec Company* y su percepción sobre cómo se entretejieron los contextos internacional, nacional y regional en los intentos para ver realizada la ruta transísmica. Por último, su dedicación a las culturas precolombinas y su trascendencia a mediados del siglo XIX, forma parte importante no solo de la literatura científica que se generó a partir de las misiones que el segundo imperio francés respaldó, sino un eje relevante para los estudios posteriores de las antiguas civilizaciones americanas.

Para comenzar se presenta a Brasseur con un breve recuento de sus viajes al Nuevo Mundo. Como se verá, fue un sujeto con amplios conocimientos y experiencia sobre los estudios precolombinos, su hábito le abrió las puertas de diferentes círculos de estudiosos y fondos documentales en Europa, Estados Unidos, México y América Central. Posteriormente se tratan tres temas que dominan en el *Viaje por el Istmo de Tehuantepec*: 1) las percepciones sobre la influencia norteamericana en México, a través del caso de la Compañía Louisianesa de Tehuantepec; 2) las revueltas regionales del Istmo de Tehuantepec que dominaron a mediados del siglo XIX; y 3) la cosmogonía indígena del siglo XIX como herencia de las culturas prehispánicas que se adaptaban ante los procesos históricos.

Para esta investigación se ha consultado la edición de 1981 del *Viaje por el Istmo de Tehuantepec* que publicó Fondo de Cultura Económica como parte de la colección *Lecturas Mexicanas*.

Charles Brasseur

Desde muy joven Charles Étienne Brasseur de Bourbourg se interesó en las culturas antiguas del Nuevo Mundo. En 1844 se ordenó como sacerdote en Roma, lo que le dio la posibilidad de viajar continuamente hacia América y rodearse de personalidades con el mismo interés. De forma paralela esto le permitió acceder a diferentes materiales que le hablaron de las civilizaciones que tanto le atraían.

Durante su primer viaje a Norteamérica y Canadá, en 1845, conoció los trabajos de William Prescott —*Historia de la conquista de México* (1843)— y John L. Stephens —*Incidentes de viaje por Centro América, Chiapas y Yucatán* (1841) e *Incidentes de viaje por Yucatán* (1843)— (Arce, 1989, pág. 16), que despertaron su interés por las antigüedades mexicanas. A su regreso a Roma, consultó la biblioteca de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, Propaganda Fide, donde encontró diferentes fuentes: documentos, crónicas y códices para el estudio del pasado indígena mexicano.

En 1848, se dirigió por segunda vez a Norteamérica, en esta ocasión incluyó a México y América Central en su recorrido. Nuevamente tuvo acercamientos con las crónicas indianas,

códices y otros textos antiguos y raros³⁰; además, visitó el Museo Nacional. Según señala Escalante Arce, el viajero fue comisionado por el entonces presidente de México, José Joaquín Herrera, para discutir con el vicario de California lo relacionado a las propiedades franciscanas de la Alta California, que se vieron afectadas ante la guerra con los Estados Unidos, sin embargo su poco éxito lo obligó a regresar pronto a la capital mexicana.

En su tercer viaje hacia América Central, en 1851, visitó El Salvador, Nicaragua y Guatemala. La convivencia con la población le permitió conocer los mitos, religión, cosmogonía, historia, idiomas —quiché, cakchiquel y zutuhil— y las tradiciones indígenas de la región. Estas experiencias fueron publicadas en París, entre 1857-1859, en cuatro tomos de la *Historia de las naciones civilizadas de México y la América Central*.

El Ministerio de Instrucción Pública del segundo imperio francés, concedió a Brasseur su cuarto viaje en 1857; esta vez su destino principal fue el Istmo de Tehuantepec y sus impresiones configuraron la crónica *Viaje por el Istmo de Tehuantepec (1859-1860)* que fue publicada en París de 1862. Aunque el viaje se consideró una misión científica por la experiencia del viajero en culturas prehispánicas, el relato no es claro en las metas de la travesía, solo señala vagamente que uno de los objetivos fue el estudio de mitos en la región. Esta obra refleja cómo se triangularon las relaciones entre Francia, México y Estados Unidos. Nuevamente veremos que las críticas a lo estadounidense fueron una característica en los registros de las misiones oficiales del segundo imperio francés, a las que se recurrió para atraer la atención del emperador hacia México sobre lo poco conveniente de que Estados Unidos se adjudicara la construcción del camino interoceánico. Por otro lado, el tema de las antigüedades mexicanas nos hace plantearnos en qué medida éste fue un interés relevante para el imperio como para desencadenar la “aventura mexicana”.

Como integrante de la *Commission Scientifique du Mexique*, Brasseur regresó a México en 1864, y en esa ocasión exploró las ruinas de Copán y Quirigua. Tiempo después,

³⁰ Bernal Díaz del Castillo, códices Zumárraga, Boturini, crónicas de Ixtlilxochitl, Torquemada, Sahagún, Chimalpahín, Motolinea, Las Casas, Durán, Pomar, Tezozómoc, Cogolludo y otros; diversos documentos en náhuatl; la colección de Aubin; el Memorial de Culhuacán, es decir, el código Gondra; los códices Letellier, Chimalpopoca; las historias de Muñoz Camargo, Burgoa, Carriedo, Veytia, López de Gómara; y las cartas de Pedro de Alvarado Arce, P. A., Brasseur de Bourbourg. *Esbozo biográfico, San Salvador, Academia Salvadoreña de Historia*, 1989, pág. 96.

durante el imperio de Maximiliano se le ofreció el Ministerio de Educación así como la Dirección de Museos y Bibliotecas del Imperio Mexicano. Rechazó ambas propuestas (Arce, 1989).

La trayectoria de Brasseur es interesante porque muestra los inicios de la práctica científica. La agrupación de sujetos interesados en estudiar un área en particular y las redes científicas se perciben en su participación dentro de círculos intelectuales como miembro de la Legación francesa, la Sociedad de Geografía de Francia y la Academia de las Inscripciones y Bellas Letras; en México, fue incorporado a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Junto con Aubin, Víctor Adolphe Malte-Brun, Alfred Maury, León Rosny, Jules Oppert, Ernest Renan y otros, fundaron la Sociedad Americana de Francia en 1857; además formó parte del Comité de Historia, Lingüística y Arqueología de la *Commission Scientifique du Mexique*. Conoció a estudiosos de la época que se interesaron en las civilizaciones antiguas como el estadounidense Ephraim George Squier, los franceses Francois Jomard y Joseph Marius Alexis Aubin (Arce, 1989, pág. 25). Asimismo, tuvo acceso a las bibliotecas de la Universidad de Guatemala y la Universidad de México. Se añade además la publicación de artículos para semanarios y su extensa producción bibliográfica que incluye estudios de las culturas antiguas de América, gramáticas, transcripciones y traducciones de los libros antiguos de Mesoamérica³¹. De esta forma, Brasseur debe considerarse como un viajero que comenzaba a practicar la ciencia y que lo motivó para difundir en el extranjero el pasado prehispánico a

³¹ *Lettres pour servir d'introduction à l'histoire primitive des nations civilisées de l'Amérique septentrionale* (1851); *Histoire du Canada, de son Église et de ses missions : depuis la découverte de l'Amérique jusqu'à nos jours, écrite sur des documents inédits compulsés dans les archives de l'archevêché et de la ville de Québec* (1852); *Notes d'un voyage dans l'Amérique centrale* (1855); *Histoire des nations civilisées du Mexique et de l'Amérique Centrale, durant les siècles antérieurs à Christophe Colomb, écrite sur des documents originaux et entièrement inédits, puisés aux anciennes archives des indigènes* (1857-1859); *De Guatémala à Rabinal, épisode d'un séjour dans l'Amérique centrale pendant les années de 1855 et 1856 —Revue européenne—* (1859); *Grammaire de la langue quiché, espagnole-française mise en parallèle avec ses deux dialectes, cakchiquel et tzutuhil, tirée des manuscrits des meilleurs auteurs guatémaliens. Ouvrage accompagné de notes philologiques avec un vocabulaire ... et suivi d'un essai sur la poésie, la musique, la danse et l'art servant d'introduction au Rabinal-Achi, drame indigène avec sa musique originale, texte quiché et traduction français en regard* (1862); *Voyage sur l'isthme de Tehuantepec, dans l'état de Chiapas et de la République de Guatemala* (1863); *Collection de documents dans les langues indigènes pour servir à l'étude de l'histoire et de la philologie de l'Amérique ancienne —Relación de las cosas de Yucatán de fray Diego de Landa—; Recherches sur les ruines de Palenqué et sur les origines de la civilisation du Mexique* (1866); *Quatre lettres sur le Mexique* (1868); *Études sur le système graphique et la langue des Mayas —incluido en los volúmenes de la Commission Scientifique du Mexique—; Dictionnaire, grammaire et chrestomathie de la langue maya, précédés d'une étude sur le système graphique des indigènes du Yucatan* (1872).

través del estudio de diferentes fuentes. Como se observará en el *Viaje por el Istmo de Tehuantepec*, la oralidad tiene un lugar importante pues le permitió medir la trascendencia de mitos y costumbres indígenas que subsistían a mediados del siglo XIX.

Los atractivos naturales del Istmo de Tehuantepec, múltiples aspiraciones que merodearon la ruta interoceánica en el siglo XIX.

Durante el siglo XIX, el Istmo de Tehuantepec se constituyó de la parte oriental de los estados de Veracruz y Oaxaca, que se compone de dos llanuras grandes originadas por el contacto de la Sierra Madre del Sur con la Sierra de Oaxaca, y su conexión con la Sierra Atravesada permitiendo el paso natural entre los océanos Pacífico y Atlántico. Hace dos siglos esta parte de Oaxaca comprendía las poblaciones de Juchitán, Yautepec y Tehuantepec. Su población era mayormente indígena, integrada por zapotecos, huaves, mixes, zoques y mixtecos. En 1820 representaban el 12.5% de la población estatal, es decir 52 210 habitantes; además, se estima que la densidad demográfica se limitaba al 2.6 habitantes por km^2 ; de tal forma que estamos hablando de uno de los espacios menos poblados de la república durante la primera mitad del siglo XIX, debido entre otros factores a la insalubridad del clima y las epidemias. (Aoyama L. R., 1999) · Los viajeros extranjeros como Mathieu de Fossey (1830) nos hablan de las dificultades que afrontaron por la novedad que el clima tropical representaba para ellos, provocándoles enfermedades y fiebres. Según nos cuenta de Fossey, pocos meses antes de su arribo a México, estos malestares habían ocasionado el deceso de sesenta personas “En todas las casas no se veía más que moribundos abandonados o convalecientes de color amarillento, cuya sensibilidad estaba embotada con los sufrimientos” (Fossey, 1994)

Diversos nichos naturales que circunscriben esta región promovieron la comercialización de diferentes productos tanto al interior como en el exterior de México. Cada población contribuía al mercado con artículos originarios de su área; la zona de los mixes sobresalía por sus altos rendimientos en el cultivo de maíz, frijol y calabaza, asimismo eran acopios de azúcar y piloncillo; por otro lado en las villas de Tehuantepec y Juchitán se curtía toda clase de cuero; mientras que los zoques cultivaban tabaco y producían achiote; en los Chimalapas se trabajaba el ixtle y la pita; en la costa, los huaves aportaban al mercado el

camarón y el pescado; finalmente los ranchos de Tarifa y Chivela proveían la carne de ganado y la sal. Este panorama nos demuestra la diversidad de artículos que se producían en la región de Tehuantepec y su importancia en la dinámica comercial con América Central y Oaxaca. Además, su ubicación geográfica tan privilegiada permitía las relaciones comerciales de café de Coscomatepec, Veracruz; cacao del Soconusco y tabaco de Jaltipan y Chinameca (Aoyama L. R., 2013, págs. 130,135).

Durante el siglo XVIII, la sal que extraían los pueblos huaves fue el principal producto que se comercializaba con América Central, seguido por la grana cochinilla (Gallegos, 2000). Las salinas del Istmo de Tehuantepec se ubicaban a lo largo del litoral, desde Huamelula —en el departamento de Tehuantepec—, hasta Tonalá en Chiapas (Aoyama L. R., 2013, pág. 139). En Tehuantepec se explotaron las salinas: Salina Grande donde la sal cristalizaba casi todos los años; Sobaguichi, Cruz de Soleta, Garrapatero, Contreras y Cruz de Juchitán (Guelalovitto). (Gallegos, 2007, pág. 154). Estamos hablando de una región que poseía una amplia diversidad de recursos naturales desde las montañas altas hasta la costera.

A mediados del siglo XIX, los cambios de mentalidad y de las dinámicas políticas-económicas que transformaban el mundo, modificaron los usos y costumbres del Istmo de Tehuantepec. Si anteriormente se exportaban productos elaborados, con este reacomodo del mercado se exportaron materias primas: sal, índigo, goma de la India, goma arábiga, maderas preciosas y pieles; Europa substituyó los tintes naturales por los que provenían de Asia y optó por telas baratas de Belice obligando a que los istmeños dejaran de producir algodón y seda silvestre (Aoyama L. R., 2013, pág. 141). No obstante el panorama, la atención sobre el Istmo de Tehuantepec se reforzó principalmente por un proyecto que desde varios siglos atrás venía postergándose, la construcción de la ruta transísmica.

Durante el siglo XIX el Istmo de Tehuantepec atrajo con mayor fuerza el interés de propios y extraños que veían en esta región las posibilidades de un crecimiento económico motivado principalmente por la apertura de la ruta interoceánica. Ya desde las *Cartas de Relación* de Hernán Cortés y el *Ensayo Político de la Nueva España* de Humboldt, se planteaba la necesidad de abrir una ruta que conectara los océanos Pacífico y Atlántico. Sólo a partir del siglo XIX los planes parecían materializarse. En 1851, la empresa norteamericana

Accesory Transit Company de Cornelius Vanderbilt comenzó sus recorridos del este a oeste de Estados Unidos pasando por Panamá.

La ruta interoceánica acortaría las distancias comerciales entre Oriente y Occidente, evitando dar la vuelta a todo Sudamérica, pasando por Cabo de Hornos o por el Estrecho de Magallanes (Aoyama, 1994); ahorraría a Estados Unidos 11 174km, equivalentes a 40 días de viaje, aproximadamente. Para Francia e Inglaterra, las distancias serían más breves entre los puertos europeos y los de Oriente —China, Japón y Australia—.

Durante el siglo XIX la atención sobre el Istmo de Tehuantepec quedó ampliamente registrada en la prensa mexicana y extranjera; la correspondencia privada y diplomática; asimismo en estudios científicos como *El Istmo de Tehuantepec, resultado del reconocimiento que para la construcción de un ferrocarril de comunicación entre los océanos Atlántico y Pacífico que ejecutó la Comisión Científica* bajo la dirección del ingeniero J. G. Barnard y publicado por J. J. William en 1852; y en las crónicas de viajeros como Désiré Charnay y Michel Chevalier que dedican una parte a este tema, mientras que el *Viaje por el Istmo de Tehuantepec (1859-1860)* de Charles Brasseur, es amplio por el enfoque sobre el contexto sociocultural cuando la *Louisiana Tehuantepec Company* (LTC) poseía los derechos para construir el camino transísmico.

La conjugación del clima tropical y la ubicación geográfica del Istmo de Tehuantepec dio cabida a diversos intereses. Para el conde francés Alexis de Gabriac la región gozaba de una ubicación prolífica “se buscaría en vano otro [país] colocado en condiciones tan ventajosas. Al centro del continente y situado en la ruta de Europa a Asia, la configuración de sus costas parecen ser el lugar de cita y el puerto franco de los navegantes del mundo entero” (Díaz, 1967, pág. 386). Por otro lado, Brasseur se refería a este espacio como el *paraíso* de las maderas preciosas de toda clase, de la vainilla, del añil, de la zarzaparrilla, del sangre de dragón, del cacao, café, azúcar, tabaco, algodón, miel, pita, etc. Además, añadía, “Las tierras más fértiles rinden hasta trecientos y cuatrocientos por uno” (Brasseur, 1981, págs. 62-63). Al mismo tiempo debemos agregar que el clima favoreció particularmente la explotación de las salinas de Tehuantepec —durante el siglo XVIII— en relación a otras costas del Pacífico, pues la combinación en la distribución de las lagunas, la sequedad y los vientos abundantes hacían

que el proceso de cristalización fuera natural y de calidad en su esencia, grano y color. (Gallegos, 2007, pág. 153).

Brasseur no podía dejar de referirse al paisaje salvaje “es la selva gigantesca, con un follaje metálico, variado hasta el infinito, dominado por palmeras en abanico o cocoteros (...) cada curva del río trae un nuevo cambio”. Sin embargo, ante tan magnífico lugar había un grave problema, “la población —decía— permanece insensible a estas inmensas riquezas, pero los norteamericanos, que comienzan a conocerlas, aprenden también a apreciarlas” (Brasseur, 1981, pág. 64).

Para la política estadounidense el Istmo de Tehuantepec era parte de la lista de compras que incluía la península de Baja California, casi toda Sonora y una porción de Chihuahua³², y que en constantes ocasiones aquel gobierno ponía sobre la mesa de negociación. Finalmente, la LTC se hizo acreedora a los derechos para abrir la ruta interoceánica el 7 de septiembre de 1857, después de que el entonces presidente de México, Ignacio Comonfort, depusiera la concesión a la Compañía Mixta-Tehuantepec Company (CN-TC) de A.G. Sloo, tan solo cuatro días antes, acto que revelaba los intereses políticos e internacionales que acosaron al proyecto.

Entre los liberales mexicanos, había demasiadas aspiraciones para el proyecto, según escribió el Ministro de Fomento, Colonización, Industria y Comercio, Manuel Siliceo:

aquella parte de la república comenzará a gozar de los beneficios de esos medios civilizadores propios del siglo XIX; la población aumentará como por encanto, aquellos feroces terrenos prodigarán sus riquezas a los que los cultiven, se desarrollarán prodigiosamente la industria comercial y manufacturera, y refluirán sobre el resto del país los inmensos bienes de tan ansiada comunicación (Manuel Siliceo citado por Rosa Suarez).

Para el emperador Napoleón III este tipo de obras conducirían a la configuración de la sociedad industrial de la que hablaba Saint-Simon. Aunque la lucha contra el imperio Austro-Húngaro apartaba su atención del Istmo de Tehuantepec, la información que le llegaba a través

³² “se trataba de que Estados Unidos adquiriera toda la deuda capitalizada de México —110 000 000 de pesos— con un descuento de 55 a 60% a cambio de la venta de Sonora y Baja California, tierras para construir una vía férrea de Texas al Pacífico y el tránsito por el Istmo de Tehuantepec”. Suárez, Ana R., *El camino de Tehuantepec: de la visión a la quiebra (1854-1861)*, México, Instituto Mora, 2013, pág. 177.

de sus despachos y relatos de viajeros, como Charnay, Chevalier y Brasseur, nuevamente atrajeron su atención hacia esta región del Nuevo Mundo. Como lo han demostrado estos textos, la principal preocupación del imperio fue que Estados Unidos adquiriera la concesión del proyecto, esencialmente porque su ideología de *buen vecino* expresadas en el Destino Manifiesto y la Doctrina Monroe, fue evocada para justificar su intervención en el resto de América, y en este mismo sentido, los beneficios del camino transísmico que se proyectaban para la comunidad internacional, vislumbraban ser limitados y exclusivos de Estados Unidos. Debemos agregar el deseo personal que unos años atrás tuvo Napoleón III para realizar este proyecto del que se veía a sí mismo como su emperador. El *México Antiguo y Moderno* de Chevalier muestra sin tapujos la afinidad de este viajero con la doctrina sansimoniana y los tipos de beneficios que esta región proveería al imperio “Posee también una ventaja, que puede llegar a ser un manantial de prosperidad y de grandeza; esta es su posición de caballo, por decirlo así, sobre los dos océanos (...) puede mantener relaciones fáciles con un número de comarcas productivas, como son los populosos imperios del Asia, la India, la China y el Japón, a la par que con las bellas colonias” (Chevalier, 1983, pág. 354). De igual forma Charnay convenía en que esta obra debía incluirse en los proyectos imperiales “¿no está permitido pensar que el Istmo de Tehuantepec debe pertenecernos algún día? ¿No sería una admirable posesión que pondría entre nuestras manos la gran vía de tránsito del Golfo al Pacífico? Magnífica pareja de la vasta empresa del Istmo de Suez” (Charnay, 1994, pág. 90).

El 28 de marzo de 1859 Juárez modificó cinco términos de la concesión de la LTC a cambio del reconocimiento norteamericano de éste como presidente legítimo de México; si anteriormente el privilegio no concedía tierras para la compañía, esta vez dotaba a la empresa de terrenos de una legua cuadrada a lo largo de la vía, más 500 m. a cada legua del camino, una legua cuadrada donde se erigieran estaciones, cuadras o corrales; una legua ribereña; ampliaba el plazo del privilegio a 75 años de los 60 que se habían acordado antes; y se permitía la construcción de depósitos en Huatulco (Argüello, 2013, págs. 279-280). A los ojos de Francia, estos cambios parecían cumplir la profecía de la anexión del istmo a Norteamérica “Estados Unidos (...) ve que se abre ante él la perspectiva de nuevas adquisiciones territoriales. (...) Habiendo visto que el gobierno que tiene a Juárez como jefe se muestra bien

dispuesto a comprar su apoyo a cambio de concesiones que preparan la disolución del país, lo impulsa a pronunciarse abiertamente a su favor” (Díaz, 1967, pág. 165).

Ahora bien, al enfocarnos en el relato de Brasseur como el discurso de un viandante que observó directamente lo que sucedía con la construcción de la ruta interoceánica, traslucen las formas administrativas que evidenciaban la incompetencia de la LTC para llevar la *gran obra* a buen término. El 12 de mayo de 1859 el vapor *Coatzacoalcos*, fleteado por la LTC, zarpó de Nueva Orleans con destino a Minatitlán. Entre los pasajeros se encontraba el abad Charles Brasseur, “solo una docena se dirigía a California, los demás estaban, o contratados por la Compañía Louisianesa, o deseosos de trabajar en el istmo u obtener algún empleo en la administración del tránsito” (Brasseur, 1981, pág. 24). El proyecto estuvo a cargo de John McLeod Murphy, con quien Brasseur estuvo en constante comunicación a lo largo de su travesía.

Durante el siglo XIX los proyectos de colonización en México fueron promovidos en el extranjero utilizando la idea de la región como cuerno de la abundancia. Entre 1828 y 1840 hubo diferentes arribos de migrantes que se dirigían hacia Coatzacoalcos y Jicaltepec. El primer proyecto corrió a cargo de François Giordan y Laisné de Villelève; mientras que el segundo, fue a través de la Compañía Franco-Mexicana organizada por Stéphane Guénot (Siller, 2010); y entre 1848 y 1850, la fiebre del oro en Sonora y California, movilizaron a migrantes mexicanos, franceses y norteamericanos hacia estas regiones con la esperanza de beneficios lucrativos. Los planes para abrir la ruta transísmica en 1857 nuevamente motivaron el arribo de extranjeros a territorio mexicano, particularmente hacia aquella región: “La mayor parte de los pasajeros del Coatzacoalcos llegaban con la esperanza de establecerse en el istmo y obtener allí empleos lucrativos; por eso, con qué avidez consideraban este paraíso salvaje, donde cada recodo del río ofrecía una nueva y más placentera perspectiva” (Brasseur, 1981, pág. 34). Algunos periódicos³³ se referían a la obra con gran ánimo, pregonaban los beneficios que se obtendrían al ser partícipes del proyecto a través de la inversión en las suscripciones o con el desplazamiento de migrantes a los nuevos espacios que se configuraron, como las

³³ Según nos lo hace llegar Suarez Argüello, no había una idea positiva hegemónica sobre la región. Hubieron periódicos como el Picayune, Delta, True Delta, L’Orléanais, Register que cuestionaban el éxito de la empresa Ana R., *El camino de Tehuantepec: de la visión a la quiebra (1854-1861)*, México, Instituto Mora, 2013, págs. 204-205.

ciudades Comonfort, Colón, Iturbide y Humboldt “el objeto era fundar una población en una legua cuadrada [a la que] todos los socios se obligaban a llevar inmigrantes” (Argüello, 2013, pág. 197). Por su parte, el gobierno mexicano se había comprometido a proveer ordenanzas que “facilitaran las cosas”, como fue la exención de impuestos en la venta de terrenos para construir casas, así como en la importación de materiales para la construcción, transportes y demás artículos: madera, fierro, ladrillo, cal, tejas; maquinas, carros y carretas para el transporte; semillas, manteca, harina, aceites, carnes preparadas; y las labores del campo; todo esto con la finalidad de hacer atractiva la región para el crecimiento demográfico. No obstante, muchos de los nuevos allegados —obreros y viajeros— perdían más de lo que ganaban; tenían que esperar entre 15 días y un mes el vapor que los adentraría a La Ventosa mientras eran alojados en hoteles miserables *donde se les esquilmba*, según observó Brasseur “he encontrado viajeros que, después de haber pagado un precio exorbitante por su pasaje, se han visto de esta manera abandonados en el istmo y en la necesidad de vender todos sus efectos, ropa y joyas, para poder saldar el hotel y seguir su viaje” (Brasseur, 1981, pág. 84). Con un poco más de suerte corrieron los anfitriones de los hoteles donde el viajero se alojó, en quienes percibió cierto orgullo por poseer un establecimiento en un país extranjero (Brasseur, 1981, pág. 79).

En agosto de 1857, la crisis financiera estadounidense retrasó la apertura de los libros para inversionistas, y en este sentido se prolongó el inicio de la obra. Fue hasta mayo de 1858 cuando los trabajos comenzaron al emplear a jornaleros locales, y a partir de julio se contrataron varios barcos para enviar trabajadores y suministros —provisiones, ropa, madera, mulas y carretas para el servicio de diligencias, y dinero— (Argüello, 2013, pág. 237). Se estima que se necesitaron la fuerza de 800 hombres para que la ruta comenzara a funcionar el 1 de octubre; sin embargo los problemas económicos, la temporada de lluvias y la epidemia de fiebre amarilla contribuyeron al retraso para iniciar los recorridos. De esta forma la fecha se extendió al 1 de noviembre. El resto del año se trabajó a manos forzadas, se emplearon entre 400 y 1 000 hombres para el trecho de Súchil-Almoloya; se abrieron los libros para inversionistas, y los establecimientos para recibir viajeros incrementaban. A pesar de estos contratiempos, los periódicos no dejaban de celebrar la obra. Para la prensa mexicana la modernización del Istmo de Tehuantepec era un gran acontecimiento, según lo publicó un

diario en junio de 1858, Minatitlán “se había convertido en una villa con “numerosas construcciones de madera y ladrillo”, donde los indígenas se confundían con los “franceses, españoles, ingleses y norteamericanos” (Argüello, 2013, pág. 245).

Las impresiones del abad Charles Brasseur estuvieron muy lejos de elogiar la obra. Casi dos años habían transcurrido desde que la concesión se otorgó a la LTC y sin embargo, al arribo de este viajero el declive del proyecto y la empresa parecían inevitables; el francés determinó que la causa fue el carácter moral de los norteamericanos y como su reflejo, la mala administración se debió fundamentalmente a la falta de comunicación entre los diferentes niveles que constituían el proyecto. Según nos hace saber Brasseur, el ingeniero en jefe W. Sidell dirigía la empresa en el lugar de la obra. No obstante, debido a su trabajo en *Lachivela* —el lugar más elevado del camino entre las sierras—, había delegado responsabilidades administrativas a sus sobrinos quienes no hicieron más que reducir a un estado lamentable la situación de la compañía, no habían libros de cuentas y además, señala, eran incompetentes y hasta contrabandistas:

[los norteamericanos] todos por igual tratan de sacar el mayor provecho posible, unos para indemnizarse por los gastos que creen haber hecho para llegar hasta allí, otros para resarcirse por su trabajo que, dicen ellos, no se les paga suficientemente; otros, todavía, para no perder el tiempo; todos, en fin, especulan, roban más o menos, según las circunstancias, y es la compañía, es decir los accionistas, quien paga, pagan siempre, con la idea de que las cosas marchan admirablemente. (Brasseur, 1981, pág. 80)

Con tono sarcástico, el viajero critica el autonombramiento norteamericano como *civilisé par excellence* y sus métodos para lograrlo, pues su carácter desidioso y convenenciero distaba mucho de los “inmigrantes honrados y laboriosos” (Brasseur, 1981) que esperaban; a esto se suma que no habían planeado el proyecto con la finalidad de que trascendiera, el camino era poco sólido, los animales de transporte que bien pudieron ser propiedad de la empresa —o por lo menos eso pensaban sus dueños— eran rentados y mal alimentados; no se construyeron *galapones* para resguardar los vehículos “que se abandonaban al aire libre, bajo el sol destructor del trópico”, además se había optado por la construcción de puentes de madera que resultaron costosos y vulnerables a los torrentes durante el invierno (Brasseur, 1981, pág. 83). Las experiencias desagradables en los establecimientos

estadounidenses daban cabida a las críticas de Brasseur, los servicios eran deplorables y abusivos; abundaba el alcohol sobre la comida; a pesar de que estaban en un lugar que brindaba gran diversidad de comestibles sus anfitriones no mostraban interés en su consumo, finalmente añadía el lado violento, pues asegura que difícilmente se podía encontrar a uno de ellos desarmado. Brasseur concluye que el único objetivo de Estados Unidos que lo guio a conseguir la concesión fue demostrar la “preponderancia norteamericana en estas regiones” y dar pie a la expansión estadounidense en tierras mexicanas.

Los efectos de este escenario aparecieron sin demora, tan solo unos días antes del arribo de Brasseur, los animales para el transporte habían sido embargados y en junio de 1859 el vapor *Coatzacoalcos* fue confiscado por acreedores locales (Argüello, 2013, pág. 299), el proyecto se difuminaba. Los empleados y obreros reclamaban sueldos que la empresa era incapaz de satisfacer; además que el 24 de mayo los traslados de personas y correo habían sido suspendidos por los hermanos Hargous, tan solo doce días después de que el francés se dirigiera hacia el istmo; ante tal panorama se despidieron a los empleados sin pagarles su trabajo y solo ponían a su disposición el vapor *William H. Webb* para devolverlos a la Ciudad del Cuarto Creciente. Por más que se buscaron los recursos económicos, ni en Washington, ni en México, ni en Europa se encontró el respaldo. El 24 de junio el diario *New York Courier and Enquirer* daba a conocer la quiebra de los hermanos Hargous (Argüello, 2013, pág. 299), así Brasseur presenciaba el fin de la LTC.

Medio año más tarde, la firma del tratado Mc Lane-Ocampo agudizó la desconfianza del ministro francés Saligny, y el marqués de Radepont, haciendo llamados urgentes al emperador; si Napoleón III no intervenía, Estados Unidos dominaría una puerta importante hacia China y Australia; y poco a poco se adueñaría de Cuba, Santo Domingo y las Antillas francesas (Argüello, 2013, pág. 342). Para entonces comenzaban a tener resonancia las voces que venían demandando su atención para México, aunque sin mayor éxito pues a pesar de que Radepont le planteaba los beneficios de esta obra, y de forma paralela se integraba la Compañía Internacional de Tehuantepec, pronto el entusiasmo del emperador se volvió a distanciar “ya tenía bastantes problemas con el canal de Suez (...) no deseaba mezclar a su gobierno en el asunto” (Argüello, 2013, pág. 351); de igual forma no había inversionistas que secundaran la propuesta.

El intento de la LTC para construir la ruta interoceánica y su fracaso fueron percibidos en el imperio francés como meros pretextos para anexionar el Istmo de Tehuantepec y continuar cercenando a México. Como testigo directo del contexto de la obra interoceánica, en 1862 Brasseur procuró atraer nuevamente la mirada de Napoleón III evidenciando que Estados Unidos era incapaz de llevar a buen término un proyecto que de ser bien administrado tendría un impacto mundial.

Percepciones de la violencia en el Istmo.

El siguiente tema que sobresale en el *Viaje por el Istmo de Tehuantepec* fue la inestabilidad regional del Istmo en el contexto de la Guerra de Reforma. Para Brasseur éste fue un proceso que devenía del movimiento independentista de 1810 pues consideraba que las continuas luchas suscitaban de los grupos sociales excluidos que buscaban representación sociopolítica; en este sentido la guerra de independencia se originaba en la población criolla con el apoyo de la fuerza indígena, que buscaba acceder a los cargos reservados exclusivamente a los peninsulares. Posteriormente, el movimiento intelectual del liberalismo de mediados de siglo condujo a los mestizos a la participación de la vida política y burguesa de México “vestida a la moda, recubre los esfuerzos de las razas cruzadas y de las indígenas, humilladas por tanto tiempo en toda la extensión de América española (...) combaten para reconquistar sus derechos; es por lo mismo que en este partido se ven tantos individuos cobrizos, morenos, rojos o amarillos” (Brasseur, 1981, pág. 114), un ejemplo fue la *generación oaxaqueña del 57* que incluía Benito Juárez, Marcos Pérez, José Ma. Díaz Ordaz, Manuel Ruíz, José Justo Benítez, Ignacio Mejía, Ignacio Mariscal, Matías Romero, Félix Romero y José María del Castillo Velasco como integrantes de las filas liberales.

Brasseur trata superficialmente los motivos de la Guerra de Reforma y excusa su falta de información señalando la vaguedad de los proyectos tanto de liberales como conservadores

el lector que desde Europa tiene la vista fija en estos acontecimientos no ve en general más que una lucha abierta entre liberales y gentes de la iglesia. Si puede haber algo de verdadero en esta apreciación, se equivoca necesariamente cuando se quiere descubrir en ella todas las causas originales de la guerra

actual: pero los partidos que combaten en México no siempre se preocupan de explicar esto al extranjero (Brasseur, 1981, págs. 113-114).

El viajero omite y confunde aspectos cuando se propone explicar las dinámicas políticas de los bandos en pugna. Para Brasseur, el partido liberal encubría su interés principal en un discurso que buscaba la extinción de la dominación extranjera “¿Es, pues, de asombrarse el que en un conflicto tal, donde todas las pasiones humanas están en juego, la avidez, la avaricia, los intereses privados de todo tipo revestidos de un manto de liberalismo, hayan tomado este pretexto para despojar a la iglesia y perseguir sacerdotes?” (Brasseur, 1981, pág. 115). Con tinte sansimoniano y religioso Brasseur condenó este objetivo de los liberales, consideraba un error el acoso al clero, pues concedía al espíritu católico el verdadero camino hacia la paz y prosperidad de México:

Se sabe que los indígenas de México han tenido siempre un profundo sentimiento de respeto a la autoridad; es el secreto del recuerdo sorprendente que han guardado de la monarquía conquistadora. Pero los mexicanos, a cualquier raza que pertenezcan, son naturalmente religiosos; en tales condiciones ellos pueden, por tanto, bajo un gobierno fuerte, esperar obtener la igualdad legal y ver a la iglesia católica volver a tener entre ellos una justa y legítima influencia (Brasseur, 1981, págs. 115-116).

En este planteamiento la religión trasluce como el común denominador en la población mexicana y en este sentido el factor unificador que debía aprovecharse para configurar la nación, solo faltaba un líder político que la reconociera como vértebra del nuevo orden; de ahí que se lea con un tanto de indignación el “pretendido interés” de los liberales para erradicar la religión católica. Para Brasseur la formación del estado mexicano era un designio providencial que solo el catolicismo podría lograr “por su mezcla con las razas latinas y católicas han comprendido instintivamente lo que vale la libertad; pero si esta libertad se traduce para ellas en la igualdad absoluta de todos ante la ley, deberán pensar que su conservación consistirá principalmente en su unión y su obediencia al poder establecido” (Brasseur, 1981, pág. 115).

¿Qué prevenciones consideró Brasseur debían tomarse para consolidar el poder establecido? El viajero reconocía que México debía conservar su independencia del extranjero evitando las prácticas que motivaban la preponderancia de una raza sobre otra; por otra parte, en el plano nacional hacía un llamado a la desarticulación de las oligarquías por considerarlas agrupaciones que devoraban la vitalidad del país, causando desórdenes de toda clase,

incendios y pillajes, es decir, los pronunciamientos que surgían como reacción a la transgresión de los intereses de grupos sociales. En Tehuantepec, se recurrió a esta práctica como respuesta a los atropellos de los gobiernos sobre la población, que iban acumulándose desde los inicios del México independiente, el más estudiado en esta región ha sido el que dirigió José Gregorio Meléndez.

En tiempos de la Nueva España, la economía de Juchitán se basó principalmente en la producción de sal, textiles y grana, productos comercializados con Chiapas y Guatemala (Chassen, 2007 , pág. 41). El advenimiento de la modernidad y las ansias del partido liberal por edificar un estado de este orden condujeron a la modificación de los usos y costumbres de la región a través de la privatización de tierras, lo que causó estragos en su economía y motivó confrontaciones constantes entre los líderes locales y el gobierno estatal de Oaxaca, entre 1830-1857.

Desde finales del siglo XVIII el comercio de la sal presentó continuas modificaciones; en un inicio fue el incremento de su costo principalmente para financiar las guerras insurgentes. Hasta 1813, la carga se vendía a un peso en las salinas y dos en los almacenes de la villa, el doble de su costo en 1781; después se cobraba un peso demás que se destinaba a pagar al ejército realista; en 1816 se volvió agregar un peso como impuesto de guerra. En los años sucesivos a 1821, el costo en las salinas ya era de 4 pesos, y cinco en los almacenes (Gallegos, 2007, pág. 161). Posteriormente hubo otra modificación; en 1839 el gobierno oaxaqueño había “centralizado” la explotación de las salinas que redituaba alrededor de 25 000 pesos anuales, acto que se percibió como la exclusión a la comunidad de las ganancias que éstas proveían, y que en 1834 motivó el primer levantamiento de Melendre en una lucha que se extendió hasta su muerte en 1853 (Chassen, 2007 , pág. 43). Otros levantamientos campesinos que surgieron en el estado de Oaxaca para defender sus comunidades entre 1840-1850 fueron los de Hilarión Alonso (1832-1839) en Copala, la Mixteca; y Juan Álvarez (1842-1845) en el sur, hoy parte de Guerrero y Oaxaca (Aoyama L. R., 2013).

Conocido popularmente como Che Gregorio Melendre, fue un líder indígena de los pueblos zapotecas, huaves, zoques y chontales que luchaban para proteger sus derechos comunales e intereses comerciales. Este personaje contaba con amplia experiencia en

movilizaciones armadas, formó parte de las fuerzas de Mariano Matamoros durante la guerra de independencia; en 1835 secundó el Plan de Texca de Juan Álvarez y en 1852 se adhirió al Plan de Jalisco contra Mariano Arista (Chassen, 2007 , pág. 56).

El contexto que propició los levantamientos indígenas de Melendre se agudizó entre 1836 y 1843 cuando se trataron de privatizar dos espacios importantes para la comunidad, a través de la venta. En el primer año, las haciendas marquesanas que eran utilizadas por la población para pastoreo fueron vendidas a Estaban Maqueo y José Joaquín Guergué; y en 1843, el gobierno central de Santa Anna puso en venta las salinas por la cantidad de 249 582 pesos entregando el monopolio de la sal a Francisco José Echeverría. En ambos casos se pretendió imponer la propiedad privada en contraposición al derecho antiguo que le permitía a la población el pastoreo en tierras comunales y la extracción de sal, lo que ocasionó el descontento de los pueblos que se negaban a entregarlos y que acarreó las siguientes represalias: la prohibición de la venta de sal en la plaza, la confiscación de mulas de los mixes, la incautación de ganado a los indígenas y la sal que habían comprado a los istmeños (Abardía M. & Reina Aoyama , 1990)

La respuesta de la población no se hizo esperar; según observó Gustav V. Tempsky, en su viaje por México entre 1836-1839, los juchitecos poseían un espíritu combativo “tienen la reputación de ser un grupo revoltoso, de políticos turbulentos y revolucionarios”³⁴. Sus reacciones escalaban de lo legal a las armas demostrando nuevamente el peso del sentimiento de pertenencia pueblerina del que habla Díaz Viruell, y que los motivaba a movilizarse. Una prueba de esto es que en 1842, los juchitecos expulsaron al juez de paz por apropiarse del mapa antiguo del pueblo; y al síndico procurador acusado de malversación de fondos (Chassen, 2007 , pág. 43). No sorprende entonces las continuas confrontaciones con las autoridades locales y federales; por un lado Tehuantepec les cobraba excesivos impuestos, mientras que el gobierno estatal no escuchaba sus demandas y les imponía altas alcabalas (Abardía M. & Reina Aoyama , 1990). El viajero tanteó el tema de las confrontaciones entre Juchitán y Tehuantepec como consecuencia de las diferencias sociales entre criollos e indígenas, dando cabida a las oligarquías. Durante la colonia, Tehuantepec fue un centro

³⁴ Traducido del inglés “Its habitants have the reputation of being a very unruly set, turbulent politicians and revolutionists” (Tempsky, 1858)

importante político-administrativo y comercial habitado principalmente por población criolla que se benefició de la ubicación geográfica, privilegiada por el camino real de Guatemala a Oaxaca, Puebla, México y Veracruz, haciéndolo acreedor al departamento más grande en que se dividió el estado de Oaxaca. Mientras que Juchitán, dependiente de Tehuantepec, era una comunidad indígena que se dedicaba al comercio de añil y textiles; en 1830 creció tanto como su vecino y llegó a disputarle el control de las rutas comerciales. Con el surgimiento de una élite indígena urbana sobresalió como un lugar de agitación política por las rebeliones y la defensa de la explotación de recursos naturales (Aoyama L. R., 2010).

La guerra con Estados Unidos en 1847 fue el escenario propicio que la población aprovechó para levantarse en armas contra el gobierno, lo que demuestra la capacidad de coordinación e involucramiento de las comunidades ante la vorágine del contexto, tal como señaló Hamnett “los grupos sociales étnicos más bajos en Oaxaca y en otros lados estaban listos y preparados para aprovechar la crisis a nivel nacional y la política de facciones a nivel estatal para alcanzar sus propios objetivos” (Hamnett citado en Chassen 2007). De esta forma, Gregorio Meléndez decidió atacar la Guardia Nacional que se encontraba en Juchitán para restablecer las antiguas prácticas de la región. Brasseur cae en el reduccionismo al hablar de este personaje debido a la información imprecisa que tuvo del contexto regional. Para este viajero las rebeliones que dirigía Melendre se incluían en los pronunciamientos injustificados que dominaron en la época, toda vez que era considerado como resultado de un capricho personal motivado principalmente “porque se le hubiera rehusado el cargo de gobernador de Tehuantepec, que había solicitado, [lo que] alimentaba un odio implacable contra dirigentes del estado” (Brasseur, 1981, pág. 145).

En esta extrapolación del pronunciamiento, Melendre adquiere tal tinte por sus antecedentes en levantamientos, así como su carácter y proceder, “mañoso y audaz, tanto como sus conciudadanos supersticiosos, los persuadió de que los criollos eran la fuente de esos dos males (...) no se necesitaba mucho más para inflamar a los juchitecos y sobre la marcha les propuso lanzarse sobre Tehuantepec. Comandados por este jefe improvisado, avanzaron en masa contra la ciudad enemiga” (Brasseur, 1981, pág. 145). La prensa por su parte, criminalizaba a la población teniéndolos por “foragidos que llevan el pillaje, el robo y el asesinato a todas las poblaciones indefensas” (Chassen, 2007 , pág. 57).

La información incompleta de Brasseur no le permitió comprender lo complejo de este asunto. Chassen ha demostrado que Gregorio Meléndez acotó en primer término el medio legal y discursivo con el fin de que fueran devueltos sus antiguos privilegios a los indígenas a través de dos planes políticos, el primero fue lanzado el 20 de octubre de 1850, en el que desconocía a Arista como presidente; denunciaba al gobierno estatal de Oaxaca por las transgresiones a los indígenas juchitecos y solicitaba la separación del Istmo, del gobierno estatal de Oaxaca. El segundo plan fue emitido el 10 de enero de 1851, esta vez reconocía a Arista y reiteraba dichas demandas. El tono de la lucha escaló ante las negativas. El entonces gobernador de Oaxaca, Benito Juárez, también buscó por diferentes medios apaciguar a los rebeldes sin éxito, hasta que, según Leticia Reina y Francisco Abardía, un infiltrado de Juárez motivó cambios a su pronunciamiento, esta vez deseaba la hermandad con la villa de Tehuantepec (Abardía M. & Reina Aoyama , 1990, pág. 469). Con el regreso de Santa Anna a la presidencia, el gobierno indultó a Meléndez y lo colocó en el poder del Istmo, se instauró un nuevo concejo municipal y solicitó nuevamente su separación, esta vez con resultado favorable; el 29 de mayo de 1853 el presidente centralista firmó el decreto que establecía el Territorio Federal del Istmo de Tehuantepec (Chassen, 2007). Sobre este tema Brasseur es superficial, omite la intermediación del estado, porque para él, en realidad no existe sino un entramado de intereses que se balanceaban según las circunstancias, era un régimen que se veía obligado a pactar con rebeldes “Meléndez, ampliamente recompensado por sus fatigas, prudentemente se retiró a la frontera con Guatemala” (Brasseur, 1981, pág. 146).

El viajero continúa su relato exponiendo a los líderes de los dos partidos contendientes. El grupo conservador, integrado por criollos y *los que imaginan[ban] serlo*, estuvo dirigido por el general Miramón quien sucedió a Zuloaga en 1859. Según Brasseur, Miramón era “*demasiado militar y demasiado español para ser capaz de conducir los mecanismos putrefactos de este gobierno*”, lo concebía como una extensión del régimen que se trataba de superar. En cuanto a Juárez resulta ser más extenso, reconoce el ascenso de este indio zapoteca dotado de “un talento y de una probidad notables” en la política; le reconoce honestidad ante un contexto en el que a la menor oportunidad se sacaba provecho “El hombre que al recibir un empleo sabe que no va a poder conservarlo sino por muy poco tiempo, para volver a caer después en la miseria de donde apenas salió, se apresura a aprovecharse del mismo lo máximo

posible; todos los medios le parecen buenos para ello y su menor preocupación es el cuidado de los intereses que le han sido confiados” (Díaz, 1967, pág. 387). Para Brasseur, Juárez no era este tipo de hombres, decía que se había retirado “con las manos vacías y sin haber adquirido la mejor fortuna”. No obstante el verdadero problema eran sus allegados, pues sus intereses lo obligaban a tomar decisiones insanas a la nación que trataba de configurar; de esta forma Juárez debió verse en Europa, como un hombre honesto que reflejaba la ambición de los indígenas por ser partícipes del nuevo orden que se anhelaba configurar, sin embargo lo sobrepasaban los intereses particulares de terceros desviando la atención de las necesidades de la población mayoritaria. De la misma forma que lo hizo notar Charnay, Brasseur generaliza la violencia y señala que ambos bandos incitaban a la violencia permanente:

ni una ni otra de las dos facciones cuyas discordias arruinan México está exenta de reproches: las crueldades que ambas cometen, los pillajes que organizan, las perfidias, los asesinatos, están igualmente a la orden del día tanto entre los *patricios* [Nombre con que eran conocidos los conservadores en Tehuantepec] como los liberales: roban, saquean e incendian con la misma sangre fría (Brasseur, 1981, pág. 148).

Brasseur precisó que ninguno de los bandos tuvieron bases sólidas para la construcción del orden político. No obstante, las diferencias sobre el régimen que cada uno proyectaba para México derivaron en confrontaciones recurrentes motivando que los viajeros, como Charnay y Brasseur, generalizaran la violencia en México; tanto liberales como conservadores fueron vistos como un par de las oligarquías que fragmentaban el territorio mexicano. Como se ha mostrado, las modificaciones a los usos y costumbres de la población indígena que implementó el bando liberal ocasionaron revueltas en diferentes regiones oaxaqueñas. En el Istmo de Tehuantepec, el gobierno fue incapaz de contener las revueltas por medio de la fuerza; sólo lograba tranquilizar temporalmente la región a través de la negociación con los rebeldes. Podemos decir que esta crónica proyectó a sus lectores franceses, la ingobernabilidad de una de las regiones más atractivas de México, así como la incompetencia de sus bandos políticos para estabilizar el país.

Permanencia de la cosmogonía prehispánica en el siglo XIX.

Las culturas precolombinas que tanto atraían a Brasseur tienen un lugar relevante en su crónica de viaje. En la región del Istmo de Tehuantepec, estudió el pasado histórico de la cultura zapoteca antes, durante y después del proceso de conquista y evangelización española; para lo cual se apoyó en los trabajos de Francisco de Burgoa y Diego Durán; así como en las impresiones y transmisión oral que durante su viaje le permitieron conocer las adaptaciones que éstos pueblos experimentaban en el siglo XIX. No obstante, la crónica contiene ideas incompletas e inconsistentes, que en gran parte derivan de las mismas imprecisiones que atraviesan los relatos indios.

Entre los años 1000 – 1500, el contexto mesoamericano estuvo envuelto de guerras constantes, de faccionalismo y migraciones, que llevaron a los pueblos zapotecos a la peregrinación y que finalmente los condujeron hacia la sierra y al Istmo de Tehuantepec (Frizzi, 2012). En 1370, Cosiioeza I, rey de Tehuantepec, dirigió a los bènizàa de Zaachila hacia Guevea y Jalapa con la finalidad de controlar las rutas comerciales de Xoconosco y Coatzacoalcos (Oudjik, 2008 , pág. 113). El señorío mexica no vio con buenos ojos esta maniobra provocando las batallas sucesivas entre Cosiioeza II — hijo de Cosiiope I, nieto de Cosiioeza I— y los ejércitos de Ahuizotl y Moctezuma Xocoyotzin, en lo que podemos ver un antecedente sobre la actitud de independencia por la que luchaban los pueblos zapotecos, y que posteriormente asentó su fama como pueblo rebelde (Medrano, 2011).

El sitio arqueológico de Quie Ngola o Guiengola (“Piedra Antigua”), tiene un lugar relevante en la historia regional y en la crónica de Brasseur; es una montaña situada entre Jalapa y Tehuantepec (Oudjik, 2008, pág. 93) que se ubica a unos 15 Km de éste último; abarca una área de 50 000 m² donde se han encontrado dos pirámides y más de 80 estructuras; en la parte occidental de la montaña se observan grandes cuevas que en su interior gozaron de estalactitas y estalagmitas. Realmente las descripciones sobre este lugar son escasas, Burgoa apenas se refiere a ella (Peterson, 1972); durante el viaje de Guillermo Dupaix por México (1805-1807), el belga visitó rápidamente estos emplazamientos; los escasos renglones que ofrece del espacio se refieren principalmente a su orografía “subimos por unas veredas

tortuosas, empinadas y peñascosas; a más de esto un sol que lanzaba unos rayos perpendiculares que nos liquidaban.” (Dupaix & Estrada , 1978).

A través de anécdotas Brasseur nos ilustra cómo la orografía de este lugar enmarcó diferentes momentos históricos coyunturales en la región. Guiengola trascendió como símbolo de la resistencia de los pueblos zapotecos ante un contexto determinante del México prehispánico cuando el coqui zapoteca se resguardó en aquella montaña *las tres veces [que] el rey de los mexicanos despachó nuevas tropas para desalojar a su enemigo de este sitio temible; tres veces fueron destrozadas en el paso o diezmadas en la llanura, y el soberbio Ahuitzotl se vio obligado a ofrecerle la paz a través de una alianza que se consolidó con el matrimonio entre el señorío zapoteca y la hija de Moctezuma, Copo de algodón*. De esta unión nació el último sucesor legítimo del reinado de Tehuantepec, Cosiiopii II.

En 1522, los ejércitos de Hernán Cortés arribaron a esta región y fueron recibidos con obsequios, ornamentos de oro, joyas, arte plumaria y la lealtad al rey de España (Oudjik, 2008 , pág. 94). A pesar de que los señores de su corte se opusieron al bautizo (Brasseur, 1981, pág. 138) de Cosiiopii II, éste se integró a la nueva religión bajo el nombre de Juan Cortés; su conversión al catolicismo sólo se había hecho en la apariencia, ya que *conservó en el fondo de su corazón el apego más completo al culto de sus padres, que continuó practicando secretamente durante muchos años* (Brasseur, 1981, pág. 138), hasta que el padre Bernardino de Santa María, vicario general de Tehuantepec, se enteró de que continuaba realizando sacrificios y ofrendas. Según Brasseur, Juan Cortés fue acusado de apostasía y hecho prisionero mientras realizaba uno de sus antiguos ritos; la población respondió rápidamente *“se levantó contra los españoles y religiosos (...) de todas partes, de las montañas y de la orilla del mar, se vio acudir una multitud furibunda, pidiendo a gritos que se le devolviera su querido rey”* (Brasseur, 1981). Para calmarlos, el antiguo coqui zapoteca les expresó: “Sabía, dijo, tomando la palabra, que todos vosotros érais súbditos leales y fieles. Agradecidos de la bondad con la que os he tratado siempre. Pero recordad que ya hace mucho tiempo os había anunciado de qué manera nuestros reinos y señoríos debían pasar a manos extranjeras. El destino se ha cumplido, nosotros no podíamos sustraernos a él” (Brasseur, 1981, pág. 141); de esta forma el viajero veía como una especie de designio el proceso de evangelización y conquista española.

Los estudios recientes de Romero Frizzi y Michel Oudjik demuestran que los grupos indígenas veían que las alianzas con los conquistadores españoles y la aceptación de la nueva religión fueron oportunidades para solventar sus demandas tales como la fundación de su pueblo y protección para sus tierras, toda vez que frecuentemente se veían confrontados en batallas con las etnias dominantes quienes los obligaban a migrar a las montañas en busca de estabilidad. Los relatos fundacionales que se han estudiado son: la *Memoria de Juquila*, el *Testamento de los caciques de Solaga* y el *Titulo primordial de San Francisco Yatee*, en los que se menciona que para su obtención se requería el bautismo de la población pues con este sacramento se marcaba la jurisdicción cristiana.

Como se observa, la nueva religión fue asumida e interpretada por los nativos desde necesidades muy particulares, Ethelia Medrano considera que se dio un cristianismo popular por la combinación entre elementos cristianos y prehispánicos, al mismo tiempo prevé que en las zonas más alejadas, la religión se inclinó mayormente hacia la idolatría, como lo muestra este fragmento de Brasseur donde nos describe la forma en que el evangelio fue interpretado en San Juan Guichicovi durante su fiesta patronal:

Como de costumbre la fiesta comienza en la iglesia; los mayordomos de las diversas cofradías, reunidos en el cabildo (...) esperan vestidos con su mejor ropa el momento de dirigirse a ella: entre tanto se les lleva en una mula, la más bella del pueblo, adornada con cintas y flores, y el jefe de la cofradía de San Juan le dirige un discurso en lenguaje mije, como a la representante del genio de esa raza bastarda. No podría decir si el animal responde. Lo que sí es cierto es que las autoridades se dirigen en seguida hacia la iglesia, conduciendo con honores a la mula. El cura, con sobrepelliz y estola viene a recibirla a entrada del templo y la bendice con agua bendita. Quiéralo o no, se tiene que entrar la bestia con los mayordomos para que asista a misa. Es una condición *sine qua non* que se le impone al sacerdote desde su nombramiento y a la que debe someterse, así como a muchas otras, si quiere que se lo reciba como cura de San Juan Guichicovi (Brasseur, 1981, págs. 110-111).

Las similitudes en la organización religiosa tanto india como católica permitieron que los sacerdotes antiguos restablecieran sus grados jerárquicos con ciertos matices en sus escondites. A través de ritos, la escritura tradicional y la idea del nahualismo, los indígenas procuraron mantener su antigua religión. Sin duda una ventaja importante que tenían los indios

fue el conocimiento del terreno que les permitía esconderse de la mirada de los netamente católicos

las nuevas leyes que les habían sido impuestas y siguiendo con afectada puntualidad las principales obligaciones de la iglesia Católica, se reunían de noche ya fuese en algún palacio lejano, en los bosques o en el fondo de las grutas (...) la historia recuerda con asombro la multitud de cavernas en el estado de Oaxaca, donde, a pesar de la vigilancia de los dominicos, los indios seguían celebrando sus antiguas solemnidades (Brasseur, 1981, pág. 169).

En cuanto a los ritos, se sabe que ante la permanencia de prácticas idólatras a finales del siglo XVII en la sierra zapoteca de Villa Alta, se incautaron 99 calendarios que señalaban celebraciones de la religión prehispánica y el nombre de sus dioses; otro caso se presentó en Cajonos en el año de 1652 cuando el cacique zapoteco fue denunciado por realizar actos de idolatría; y a principios del siglo XVIII este mismo pueblo fue acusado de celebrar ritos en los que colocaban santos cristianos bocabajo a los que hacían sacrificios animales. En cuanto a los registros, los indios del Valle de Oaxaca, la sierra y el Istmo continuaron pintando códices, lienzos e iniciaron la escritura alfabética de textos en zapoteco en donde reivindicaban su historia y narraban la genealogía de sus gobernantes (Medrano, 2011).

Brasseur vinculó el nahualismo con el factor orográfico en un relato ampliamente ilustrativo. Según este viajero el objetivo principal del nahualismo era *minar la dominación española y restablecer, junto con los altares de la antigua religión, el gobierno de sus príncipes naturales*; los espacios propicios eran las cuevas, grutas como la del rey Condoy y los subterráneos de Rayudeja. Mientras convalecía de fiebre en Tehuantepec, el cuidador del viajero le contó la vez que fray Alonso fue informado de que los indígenas se internaban en lo alto de la sierra para consultar un brujo, a lo que el religioso decidió seguirlos hasta aquel sitio donde encontró una soberbia sala con petates sobre los cuales varios indios estaban prosternados en adoración delante de una Guacamaya —el nahual del brujo—, en una especie de altar rodeado de cirios y cubierto de flores

la villana bestia se puso a gritar en cuanto lo vio, como si de veras hubiera tenido el diablo en el cuerpo (...) [el brujo] estaba completamente desnudo y sangrando de

picaduras que se hacía en todos los miembros con espinas, para dar de comer a este maldito pájaro carne rociada con su propia sangre, el padre respondió haciendo un gran signo de la cruz,[y] le torció el cuello. En el mismo instante, el brujo dio un gemido espantoso, llevándose la mano a la nuca que pareció torcida al mismo tiempo y no pudo haber sido más que Satán en persona quien le hizo tal servicio, al salir del cuerpo de la guacamaya su nahual (Brasseur, 1981, págs. 183-184).

Estos tres aspectos culturales se observan como medios por los que la población procuró que las prácticas prehispánicas pervivieran, demostrando que la evangelización nunca fue hegemónica, sino asumida solo en la apariencia por los indios que buscaban beneficios específicos, motivando la mezcla y amoldamiento de su antigua religión; no obstante, ante la insistencia de su erradicación, las medidas “estuvieron marcados por ríos de sangre castellana y sus primeras víctimas fueron casi siempre los religiosos católicos, enviados para administrar los pueblos indígenas”. Un ejemplo data de 1770, cuando la población de San Pedro Cajonos asesinó a dos fiscales por haberlos denunciado con las autoridades españolas por practicar la idolatría (Medrano, 2011). Laura Matthew asegura que a mediados del siglo XVI los indios contribuyeron a la conquista española, mostraron una creciente frustración porque las cosas no estaban saliendo como ellos esperaban (Matthew, 2007).

En cuanto al nahualismo, Brasseur nos habla de su permanencia a mediados del siglo XIX. Mientras el viajero daba un paseo por los barrios de Tehuantepec conoció acerca de la *Didjazá*, una mujer que la población consideraba bruja y *descendiente de los antiguos señores*, que en el monte de *Rayudeja* se unía con su nahual, los indios la seguían y respetaban porque evocaba su antigua religión. La población guardaba con celo la información sobre los puntos de reunión, así como la razón y en qué consistían los ritos, pues conservaban el recuerdo del conflicto durante la evangelización española que les rememoraba con el constante arribo de extranjeros. Por otro lado, las burlas de los estadounidenses hacia estas creencias obligaron a los indios a reservarse la mayor información posible, temiendo la rapiña y “paz” que habían alcanzado.

El testimonio de Brasseur enriquece la información sobre el contexto regional del Istmo de Tehuantepec, en una época tan estudiada en la historia nacional y desde la perspectiva económica, pero al mismo tiempo escasa en lo local. El equilibrio que concede a los tres temas que se trataron es un diagnóstico de la potencialidad del espacio en la economía

internacional; en la historia y el coleccionismo que tanta atención recibían en Europa. Sin embargo estas virtudes se veían amenazadas por el amplio faccionalismo interno de México y los intereses de Estados Unidos por abarcar territorio mexicano; para Brasseur, éstos argumentos que convocaban la atención del imperio posteriormente contribuyeron al planteamiento de la intervención francesa en México.

A través de diferentes aspectos, los relatos de Charnay y Brasseur nos han demostrado que sus travesías hacia territorio mexicano fueron antecedentes importantes en la construcción de la “aventura mexicana”. Las constantes en sus crónicas que nos permiten categorizarlas como tal son: 1) la temporalidad de las travesías (1857-1860), como señala Riviale por esa época Napoleón III no prestaba gran atención a América y con menos interés veía México; 2) una estructura de diagnóstico/alternativas de resolución; 3) los temas que se plantean: la postura estadounidense a través de los proyectos de industrialización en México; la situación interna del país desde diferentes aspectos; la política en el marco del movimiento reformista; los pronunciamientos como el origen de su inestabilidad, en esta parte la rebelión de Gregorio Melendre en el Istmo de Tehuantepec es un ejemplo regional de éstas prácticas. Finalmente 4) lo histórico y arqueológico —que tanta fascinación creaban en estos viajeros franceses— tienen gran valor por el desenvolvimiento e impacto que el pasado, prehispánico y colonial, ejercieron en la sociedad decimonónica.

En estos relatos, la idea sansimoniana de una sociedad industrial se lee en dos planos, el primero es el tácito en el que se habla de los contratiempos que ocasionaban las divisiones e intereses políticos internos de México, que evitaban su construcción nacional; la consolidación de proyectos con “aprovechamiento” a gran escala y por consiguiente una representación estable y confiable a la comunidad internacional. Por otro lado, se percibe entre líneas la constante búsqueda por parte de los viajeros, del factor unificador que les serviría para su estabilización y progreso. Las dificultades por identificarlo surgen de la diversidad de intereses particulares, sin embargo llegaron a plantear el aspecto religioso como una herramienta importante para aquel que deseara intentar algo en México.

Como hemos visto a través de este apartado sin duda Oaxaca fue una región atractiva para estos viajeros principalmente por su ubicación geográfica, su naturaleza y pasado

histórico; lo que posteriormente motivaría diferentes tipos de intervención mediante misiones de estudios que revelaron con mayor detalle los beneficios que la región pudiera brindar a la *sociedad industrial*.

Con éstos relatos de viajeros franceses podemos constatar que el imperio galo tuvo gran interés en las culturas antiguas de México. En la mirada decimonónica de estos viandantes, la región oaxaqueña destacó en este tema por la diversidad de espacios y culturas indígenas que aún subsisten. De esta forma no podemos dejar de reconocer que éstas travesías contribuyeron a la construcción de la ciencia arqueológica e histórica.

Finalmente, estos relatos de viajeros fueron unos de los diversos acercamientos del contexto mexicano con el segundo imperio francés en un tiempo en que Napoleón III no le daba tanta importancia a esta región de América pues se encontraba absorbido por los asuntos internos de reacomodo europeo. Al hablar de la “aventura mexicana” debemos pensar que estos viajeros enriquecen la historia de mediados del siglo XIX, puesto que son fuentes que proyectaron una gama diferente de intervenciones que la historia oficial ha resumido unilateralmente en la intervención militar.

Capítulo III: La vida del cuerpo de voluntarios austriacos en Oaxaca en las memorias del barón Henrik Eggers entre 1865-1867.

Después de tres años de guerra, Juárez regresó a la capital de México el 11 de enero de 1861, y fue nombrado presidente de la república el 15 de junio. No obstante, continuaron las confrontaciones con los opositores al régimen, que a mediados del año cobraron la vida de tres liberales cercanos a Juárez: Melchor Ocampo, Santos Degollado y Leandro Valle. Para reducir las reacciones armadas se tomaron decisiones que pronto afectaron las relaciones internacionales con las tres potencias europeas más importantes. Por falta de fondos económicos, el 17 de julio el gobierno mexicano decretó la suspensión —por un periodo de dos años— de los “convenios extranjeros” con los que se pretendía pagar la deuda que incluía los daños y perjuicios ocasionados a los súbditos de las naciones española, inglesa y francesa, que se vieron afectados durante las revueltas. Dichas naciones buscaron que el gobierno mexicano reconsiderara su decisión, sin embargo Juárez la sostuvo. Para estas naciones europeas la alianza era importante, sin embargo tenían diferencias en cuanto al procedimiento y el fin que realmente buscaban. Si bien este fue el objetivo en común por el que llevaron sus embarcaciones a los puertos de Veracruz y Tampico, los planes y acciones que se maquinaron desde el imperio francés pronto degeneraron en una intervención militar que pretendía algo más: la instauración del segundo imperio mexicano.

La producción historiográfica acerca de la “aventura mexicana” es abundante. Sin embargo la información sobre el proceso de su instauración en territorio oaxaqueño es limitada desde la perspectiva militar, a pesar de que existen numerosos testimonios de este sector (Meyer, 2000). Gracias a las indagaciones de Jean Meyer en los archivos parisinos, sabemos que los tenientes Claude Romington y Zédé estuvieron en la región en 1864, pero lamentablemente sus diarios no están disponibles. Para conocer acerca de la presencia militar extranjera en Oaxaca las memorias de Henrik Eggers tienen un peso histórico importante por ser un testimonio directo de las campañas en esta región. De tal forma que este capítulo le concede la voz principal por sus tareas como miembro del cuerpo de voluntarios austriacos que operó en Oaxaca. Asimismo su relevancia incrementa por la información sobre la vida cultural y cotidiana del estado durante 1865 - 1867.

La vida del danés Henrik Franz Alexander Baron von Eggers fue una combinación interesante de la práctica viajera que abarcó la milicia y los estudios botánicos. Aunque se tienen pocos datos acerca de su formación, sabemos que nació en 1844, en el ducado de Schleswig; a la edad de 20 años se enlistó al ejército danés, y fue partícipe de la guerra que sostuvo Dinamarca contra Prusia y Austria (1864) en la que se disputaron los ducados de Holstein, Lauenborg y Schleswig.

El Barón Henrik Eggers pudo viajar hacia diferentes regiones de Europa y América gracias a las campañas militares. Anhelaba conocer el nuevo continente, y el 10 de diciembre de 1864 abandonó Dinamarca para dirigirse a Hamburgo donde se enteró sobre el cuerpo de voluntarios que se estaba formando en Austria para trasladarse a México en apoyo del nuevo imperio (Eggers H. , 2005), su estancia se prolongó dos años y medio, hasta 1867 poco después del fusilamiento de Maximiliano. Recorrió la capital y las provincias de Veracruz, Puebla, Oaxaca y Morelos. Las experiencias de esta primera travesía fuera de Europa quedaron registradas en su obra “Ærindringer Fra Mexico”, *Memorias de México*, que se publicó en Copenhague, en 1869. De manera que este testimonio es un acercamiento a la conciencia planetaria de los hombres militares que por primera vez salían de Europa, solo que en este caso en particular buscaba principalmente la aventura en América, más que un reconocimiento de la milicia.

Su experiencia viajera incrementó en 1868 cuando se volvió a enlistar al ejército danés, esta vez para integrarse al destacamento de las Indias Occidentales que se dirigía hacia las islas Vírgenes del Caribe –Saint Thomas y Santa Croix–, que en aquellos tiempos pertenecían a Dinamarca. En ese camino continuó su carrera militar y su afición por la naturaleza, lo que más tarde le valió el reconocimiento por sus aportaciones a la historia natural. En 1876, publicó su primer libro de botánica titulado *La flora de Santa Croix*; entre 1888-1890 viajó hacia diferentes islas del Caribe como Dominicana, Cuba y las Bahamas, donde levantó inventarios de la flora y recogió 14 000 colecciones; gracias a que descubrió una familia de plantas, ésta fue bautizada con el nombre de *Eggersia*. En 1891, fue comisionado por el Jardín Botánico de Copenhague. Sin embargo, diferencias con Eugenius Bülow Warming, director del proyecto, le hicieron abandonar la misión que lo había llevado por primera vez al sur de América, específicamente a Venezuela. Entre 1893 y 1897 administró la hacienda *El Recreo*

en Ecuador, en este lugar hizo 1 700 colecciones que publicó en un artículo sobre el área costera en 1894. Finalmente falleció a la edad de 59 años en la ciudad alemana de Leipzig. Como observamos, sus aspiraciones por viajar en un inicio estuvieron justificadas por las campañas militares y más adelante por los estudios botánicos. Tal como sucedió con los viajeros anteriores, Eggers no se limitaba a una disciplina o labor en particular, sino más bien sabía que para viajar y conocer debía arriesgarse, tal como lo escribió en sus memorias: “decidí probar mi suerte” (Eggers H. , 2005, pág. 25), siendo así que llegó a radicar por varios años en diferentes regiones de América. En este sentido sus impresiones sobre la intervención francesa y el segundo imperio, son relativamente objetivas, no era francés ni austriaco; asimismo el hecho de que los objetivos que lo llevaron a enlistarse no fueron políticos ni económicos, sino más bien personales con el interés de conocer, es decir la experiencia viajera en América.

A lo largo de este capítulo se desarrollan dos temas principales que figuran en las memorias de Eggers: el primero es la vida militar de los cuerpos de voluntarios austriacos, y el segundo son sus impresiones sobre Oaxaca durante las campañas militares que promovieron la instauración del imperio en la región. El testimonio de Eggers es enriquecedor porque nos habla del contexto de los cuerpos de voluntarios previos a su llegada a México, información que no suele figurar en los *souvenirs* o diarios, y que solamente había sido consultable en el diario del príncipe Carl Khevenhüller. Si bien los cuerpos militares se movilizaban continuamente por diferentes partes del territorio mexicano; Eggers regresó frecuentemente a Oaxaca, por lo que sus anécdotas enriquecen el contexto de la región durante el imperio.

Como se percibe en sus memorias, este viajero concibió y clasificó el mundo a partir del papel que los involucrados desempeñaron en el proceso de instauración monárquico en México, así como en el campo de batalla. Describe la organización del cuerpo de voluntarios austro-belgas; actores principales como Juárez, Díaz, el Coronel Thun y Bazaine; las brigadas imperiales, la población mexicana y las tropas republicanas.

Diferentes brigadas, diferentes intereses alrededor del proyecto imperial. La heterogeneidad de los cuerpos de voluntarios.

El estudio de las brigadas militares extranjeras que apoyaron la instauración del segundo imperio mexicano es un tema importante que sobresale en el relato del barón Henrik Eggers, que nos revela sus impresiones en torno a los hombres que las configuraron. Durante este proceso fue necesario que trabajaran conjuntamente cinco contingentes de diferente procedencia. De Europa provenían la legión extranjera de Francia, y los cuerpos de voluntarios belga y austriaco; por parte de África los zuavos y en América, los mexicanos que estaban a favor del imperio. Como veremos a continuación, el rumbo y desenlace de esta “aventura mexicana” en gran medida estuvo determinada por las formas en que las brigadas, siendo tan diversas, trataron de convivir y coordinarse en las misiones militares.

Gracias a los múltiples testimonios de soldados que sirvieron en las campañas del imperio (correspondencia oficial, correspondencia privada, diarios, bitácoras y crónicas de viajeros) nos es posible conocer más sobre las dinámicas de reclutamiento y convivencia entre los contingentes en un país poco familiar para muchos de sus miembros. Si bien en lo general, la historiografía mexicana de la intervención y el segundo imperio mexicano han prestado atención al tema militar, lo cierto es que los cuerpos de voluntarios belgas y austriacos rápidamente se difuminan y no han sobresalido más que en contados estudios³⁵. Los relatos de militares extranjeros en tierras mexicanas son una combinación de información; por una parte muestran la sensibilidad del sujeto en sus impresiones sobre los paisajes, la naturaleza y la población; y que se complementa con la parte militar y sus acciones en el campo de batalla.

Cuando Maximiliano de Habsburgo aceptó el título de emperador de México en octubre de 1863, su hermano el emperador de Austria Francisco José le mostró su apoyo en una especie de compensación por declinar a los títulos reales, convocando a la formación del cuerpo de voluntarios austriacos cuya tarea principal sería mantener la seguridad en edificios

³⁵ El estudio preliminar de Brigitte Hamann en el *Diario del príncipe Carl Khevenhüller* concede voz al cuerpo de voluntarios austriacos, mientras que el texto de O'Dogherty titulado *La guardia de la emperatriz Carlota su trágica aventura en México, 1864-1867* nos habla de los voluntarios belgas. Por su parte *El México que vieron los belgas* de Carlota de Ángela Moyano Pahissa es un estudio superficial de las impresiones de esta brigada.

del gobierno; asimismo Maximiliano solicitó a su suegro el rey Leopoldo de Bélgica, que le concediera hombres que garantizarían la seguridad de la emperatriz, el rey respondió el llamado con entusiasmo por la proyección e influencia que sus hombres generarían en América y Europa (Vázquez, 2013). De esta forma se determinó el reclutamiento de 8'000 hombres que serían distribuidos en: tres batallones de infantería, dos regimientos de caballería con cinco escuadrones, dos baterías de artillería de montaña, dos compañías de pioneros y un regimiento belga con dos batallones (Niox, 2012, pág. 277).

Hubo numerosos interesados en formar parte del cuerpo de voluntarios austriacos, que provenían de diferentes regiones europeas, se enlistaron alemanes, italianos, polacos, ingleses, bohemios, húngaros y checos. El reclutamiento se hacía en Laibach ante el Coronel austriaco Franz Graf Thun-Hohenstein, a quien el emperador Francisco José tenía por un excelente oficial. La diversidad de solicitantes se ampliaba por la gama de sus ocupaciones: oficiales despedidos, comerciantes, artistas, literatos, artesanos, trabajadores, vagabundos, mendigos y campesinos. Ante tal complejidad se establecieron normas para unificar el cuerpo: explícitamente se aplicó el reglamento austriaco con rigurosidad para mantener el orden así como el uso de un uniforme³⁶; y de forma implícita se empleó el alemán como lengua “oficial”. Las continuas revueltas que asolaban a Europa ocasionaban el desplazamiento de soldados desde y hacia diferentes regiones, y por lo menos, asegura Eggers, debían conocer esta lengua de forma rudimentaria; en este mismo sentido la *camadería* servía como amalgama que contribuía a la educación y ánimos de los más jóvenes (Eggers H. , 2005).

La respuesta que tuvo esta convocatoria en gran medida se debió a las expectativas que generaron sus requisitos y recompensas. Aquellos que deseaban incorporarse al cuerpo de voluntarios fueron seleccionados en base a su buena conducta, que fueran solteros, fuertes, no mayores de cuarenta años y que pertenecieran a la religión cristiana. A cambio de su servicio se plantearon remuneraciones nada despreciables. Dado que muchos eran desempleados de diferentes zonas de la monarquía, pobres que no tenían qué perder más que la vida, una

³⁶ No obstante el regimiento de húsares que dirigió Carl Khevenhüller, fue una excepción al intento de integración, pues la mayoría de sus miembros eran casi enteramente húngaros, además su uniforme decía mucho de ellos, pues era completamente rojo haciéndolos lucir más como verdugos. Hamann, Brigitte, *Con Maximiliano en México. Del diario del príncipe Carl Khevenhüller, 1864-1867*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.

expedición militar en el nuevo mundo debió verse como una oportunidad de enriquecimiento; asimismo se recompensaría a aquellos militares que después de servir a su patria en el extranjero, regresaban a casa, leales para continuar asistiéndola. Tras seis años de servicio en México:

se garantizaba a los soldados no sólo el financiamiento del viaje de regreso sino también la posibilidad de reintegrarse al ejército austriaco (...) Si los voluntarios preferían, por el contrario, permanecer en México el gobierno mexicano les prometía terrenos para el cultivo “en la zona templada y fértil” de México: 12 yugadas de tierra labrantía para el soldado raso y hasta 28 yugadas para el primer sargento (Hamann, 1989, pág. 65).

Lo atractivo de formar parte del cuerpo austriaco estuvo influido además porque, según se sabía en Europa, México estaba en paz gracias a los franceses, de tal forma que el cuerpo de voluntarios solo asistía a la permanencia de esa tranquilidad “No se mencionaba en absoluto que el Imperio todavía debía tratar, penosamente y con muchos sacrificios de sangre, de conquistar el territorio y el pueblo” (Hamann, 1989, pág. 71).

La capacidad de congregación que tuvo la convocatoria fue tal que hubo un total de ocho embarcaciones de este cuerpo de voluntarios que se dirigió hacia México. El 19 de noviembre de 1864 el primer destacamento de voluntarios austriacos y belgas que comandaba el Coronel Franz Thun (Hamann, 1989, pág. 71) zarpó del puerto francés St. Nazaire en buques de la *Compagnie Transatlantique*; y arribó a tierras mexicanas a principios de 1865 (Niox, 2012, pág. 340), en esta primera brigada se encontraba también el conde Carl Khevenhüller y estuvo configurada de:

1° De un regimiento belga de dos batallones;

2° De un cuerpo austriaco que comprendía:

Tres batallones de cazadores a pie,

Dos compañías de zapadores,

Dos baterías de montaña,

Un regimiento de húsares de cinco escuadrones,

Un regimiento de ulanos de cinco escuadrones.

Los belgas fueron trasladados hacia México mientras que los austriacos permanecieron en Orizaba y Puebla (Niox, 2012, pág. 358).

En cuanto al reclutamiento del cuerpo de voluntarios belga encontramos algunas diferencias en relación a la brigada austriaca. Desde el principio la convocatoria no fue bien recibida por un sector político bastante influyente que se oponían a que sus tropas sirvieran a una empresa militar en el extranjero bajo otra bandera, así, dieron inicio a la propaganda “en defensa del derecho de deserción”³⁷ lo que se volvió un problema pues fue un padecimiento constante de aquel cuerpo. A pesar de que los requisitos se relajaron, aproximadamente la cuarta parte de los militares belgas que se habían registrado no se embarcó hacia México, por su parte los que sí se aventuraron tenían dos motivos principales: el primero fue el deseo de salir de la rutina al que estaban consignados en los cuarteles ya que sus actividades se limitaban a la vigilancia de las fronteras principalmente con los Países Bajos; el segundo, tiene que ver más con la oportunidad de crecimiento en la carrera militar, ya que al ofrecer sus servicios en el extranjero de entrada eran elevados un rango más al que ostentaban en Bélgica: “Aquí soy un gran comandante, al frente de tres compañías [escribía el capitán A. Gauchin], yo que en Bélgica comandaba apenas a un caporal y cuatro soldados” (O’Dogherty, 2004, pág. 41).

Solo una quinta parte de la brigada belga estuvo formada por militares, los demás eran artesanos sin trabajo, estudiantes y dependientes, la mayoría muy jóvenes y sin instrucción militar; habían sido atraídos principalmente por las oportunidades de estabilidad que pensaban les podría brindar su estancia en América, E. Walton decía que eran “una colección de dependientes sin trabajo, de empleados atraídos por una perspectiva de una brillante carrera administrativa [...] de maestros que esperaban convertirse en ministros de instrucción”³⁸. Los testimonios de los soldados evidencian el desconocimiento del cuerpo belga sobre la disciplina militar, principalmente por la juventud de sus reclutas, más del 90% tenían menos de 25 años; para Alfred Baron Van der Smissen el cuerpo “está formado de pequeños mocosos [...] se dejan desarmar por los mexicanos o bien pierden por el camino a los prisioneros que les son confiados”³⁹. En este mismo sentido con un poco más de sutileza Khevenhüller subrayó que

³⁷ Modeste Loiseau citado por O’Dogherty 2004 tomado de MRA, XII/662 y carta de F. Chazal a F. Eloin, Bruselas, 10 de septiembre de 1864, XIII/120 y Timmerhans 1866.

³⁸ E. Walton citado por O’Dogherty 2004 de una carta dirigida a sus padres, Monterrey, 28 de julio de 1866, en Emile Walton, *Souvenirs d’un officier belge au Mexique*, 1864-1866, París s. e. 1868, págs. 166-167.

³⁹ Smissen citado por O’Dogherty 2004 de una carta dirigida a Bassompierre, México, 22 de enero de 1865, MRA, XIII/894.

“los cerca de dos mil belgas eran demasiado jóvenes y estaban mal entrenados” (Hamann, 1989); O’Dogherty añade que algunas decenas de menores carecían de autorización y que en el afán de engrosar sus filas se reclutaron a los menos aptos “una multitud de endeble que nunca debieron ser reclutados, mequetrefes completamente inapropiados para el servicio” (O’Dogherty, 2004, pág. 38). Incluso ya estando en aguas caribeñas se habla de hombres que buscaban la desertión por cualquier medio, Khevenhüller recuerda la vez que antes de partir de la Martinica hacia Veracruz, se percataron de que faltaban 16 hombres del cuerpo belga: “Trajeron a doce atados, cuatro fueron imposible de hallar (...) descubrí en la penumbra a un belga encadenado que estaba a punto de arrojar al mar después de haber tomado mucho ímpetu(...) ¡Tal era la condición de los belgas! Por cierto, una bella raza, puros jóvenes fuertes, pero blandos y poco aptos para los esfuerzos, particularmente en climas cálidos” (Hamann, 1989, pág. 108). Esto llama particularmente la atención porque a diferencia de los hombres que configuraron el cuerpo austriaco, los miembros de las brigadas belgas habían sido advertidos de que en caso de no poder aclimatarse tenían la posibilidad de regresar en cualquier momento, sin embargo esto solo puede verse como un gancho ante las dificultades de reclutamiento. Este tipo de anécdotas ilustran la desesperación de los reclutas por abandonar las brigadas y la intención de los generales para retenerlos a toda costa. Khevenhüller afirma que el cuerpo belga era sometido a una disciplina poco agradable. No dudamos que debiera ser severa, tomando en cuenta que la mayoría no tenía conocimiento de la vida militar, que eran jóvenes y que muchos anhelaban la desertión.

En medio de este contexto de preparativos, Henrik Eggers decidió enlistarse dentro del cuerpo austriaco como soldado raso a inicios de 1865. En sus impresiones de índole militar y desde la mirada del determinismo geográfico, este viajero nos plantea la complejidad de la tropa al mismo tiempo que esbozó superficialmente cómo el factor racial impactaba en su desempeño y papel dentro del cuerpo militar. Se tenía la impresión de que los italianos, particularmente los de Lombardía y Venecia, eran malos soldados, poco confiables y cobardes; por su parte a los alemanes se adjudicaba conocimiento preciso en los deberes y derechos del soldado, tenían la sangre fría y valentía “sabían demostrar gran devoción hacia un oficial inteligente, una total falta de consideración para cualquier población civil y mucho amor propio”. Los austriacos eran considerados los “medianamente civilizados”, para ellos los

argumentos de la razón eran completamente inaccesibles; no obstante los provenientes de Viena y del norte eran bonachones y joviales. Los húngaros poseían exaltado nacionalismo, amabilidad, coraje y pensamiento caballeroso; los polacos, señala Eggers, aunque son los más urbanos también son los más falsos y desleales, éstos eran principalmente asignados a la caballería mientras que los bohemios se concentraban en la artillería; finalmente el barón observó que en Austria se tenía a los checos por tontos aunque no se les dejaba de reconocer cierta astucia. Se refiere a los austriacos con cierto desdén: “no se podía negar que los militares prusianos de diferentes grados y que en gran número se enlistaron en el cuerpo de voluntarios eran, sin excepción más inteligentes y eruditos que la mayoría de los austriacos” (Eggers H. , 2005, pág. 32). Con menos reserva otro general señaló los defectos de la misma tropa “El cuerpo austriaco no resultaba en absoluto acertado en su organización: las tropas, en su mayoría compuestas por hombres ya mayores, a menudo borrachos y chusma difícil de disciplinar” (Hamann, 1989).

Durante su estancia en Laibach, los reclutas se preparaban para la campaña en México, muchos de ellos como Eggers jamás habían salido de Europa por lo que esto era un gran acontecimiento; trataban de aprovechar su tiempo en aquello que les podría ser útil, como el aprendizaje del español; sobre las condiciones del país basándose en un material cartográfico⁴⁰ y literario deficiente pues consideraban que la información de Alexandre de Humboldt ya estaba desfasada; Carl Mühlenpfordt era un charlatán y sólo se podían confiar en M. Müller (Eggers H. , 2005).

El contexto de la vida militar fue difícil para muchos principalmente por la disciplina que se procuraba mantener: se castigaba con azotes la impuntualidad del soldado que no estuviera durante la inspección y del que abusara del alcohol. Eggers pensaba que otro castigo que no fuera meramente corporal surtiría pocos efectos. Durante su permanencia en la Martinica coincidió con un grupo de legionarios de las fuerzas francesas, que en su mayoría se conformaba de criminales y desertores, tres de ellos de origen prusiano se habían suicidado por la desesperación, lo cual señala el barón, era una decisión recurrente. En un caso más nos relata la vez que el corneta eslovaco que los acompañaba fue castigado por haberse

⁴⁰ Kiepert, Berghaus, Sanssure y Cansorter adolecían de un buen conocimiento del español y eran fantasiosos.

emborrachado “por lo que conforme al reglamento fue desnudado hasta la cintura, se le recogió el uniforme y el equipo, y se le abandonó a su suerte. No supimos más de él; probablemente fue asesinado por algún guerrillero” (Eggers H. , 2005, pág. 52). Posteriormente durante el imperio de Maximiliano se prohibió los azotes como castigos, en su lugar cavaban hoyos a la manera francesa, lo que según Carl Kurtzrock producía magníficos resultados (Hamann, 1989). En el peor de los casos, el amotinamiento y los intentos de desertión fueron penados con el fusilamiento⁴¹.

Entre las fuerzas imperiales también se contó con el destacamento de egipcios que el virrey de El Cairo proporcionó a Napoleón III, se habla aproximadamente de 500 soldados jóvenes procedentes de Sudán y Alejandría. Por la familiaridad que tenían con el clima tropical fueron asignados a los espacios en donde los europeos eran más propensos a las enfermedades y malestares característicos del trópico: “Siempre tenían que ir al frente (...) sólo habían de emplearse como chair-a-paté (“carne para empanadas”). Eran nubios color negro azabache en trajes austriacos con el fez sobre el cráneo lanudo” (Hamann, 1989, págs. 110-111).

Ahora bien, nuevamente el pronunciamiento tiene un lugar relevante en los relatos de los soldados extranjeros, que da rienda suelta a críticas y generalizaciones sobre las fuerzas mexicanas, es decir tanto del bando imperial como republicano. La tropa mexicana que se adhirió al ejército imperial estuvo conformada por oficiales, bandas guerrilleras y la leva, el enrolamiento forzoso (Niox, 2012) que al final de cuentas continuaba siendo el grueso de los ejércitos y en este sentido un factor importante para el triunfo en las batallas. La importancia de esta población fue tal que se impedía la desertión a través del encierro de sus miembros.

La mayor parte del tiempo esa pobre gente, ignorante de las querellas de los partidos a los cuales sirve de instrumento, se someten con resignación a la suerte que se les impone; sobrios, caminantes incansables, arriesgando la vida si es preciso, algunas veces llegan a ser buenos soldados, pero desertan en la primera oportunidad (Niox, 2012, pág. 258).

⁴¹ Josef Mucha nos plantea el caso del cazador Johann Jobst (campesino), ejecutado el jueves 7 de agosto de 1865, acusado de intento de desertión y complot. Bazant, M. y Bazant, J., *El diario de un soldado: Josef Mucha en México, 1864-1867*, México, Miguel Ángel Porrúa, Colegio Mexiquense, 2004.

En este contexto, en Junio de 1865, se comenzó a integrar el batallón llamado “Cazadores de México” con oficiales y suboficiales franceses y soldados indígenas que “habían sido cogidos donde se les encontró y a la fuerza convertidos en soldados”; sin embargo fueron sometidos a entrenamientos bajo el modelo francés que muchos no aguantaban optando por la desertión, una actitud que el bando imperial no toleró. (Eggers H. , 2005, pág. 139)

Lo interesante de los textos de Khevenhüller, Eggers y Niox es que nos brindan la oportunidad de reflexionar sobre cómo el extranjero percibió a la mayoría de la población mexicana dentro de las dinámicas militares. Tanto Eggers como Niox, quien resulta un poco más severo, nos hacen referencia a la ausencia de conciencia política por parte de los mexicanos siendo el factor principal por el que fueron manipulados para incorporarse en ambos bandos, argumento que además les sirve para explicar lo sencillo que les parecía adherirse al enemigo cuando les convenía. En este sentido las críticas alrededor de estas dinámicas de las fuerzas mexicanas son abundantes desde la mirada extranjera:

Cuando las eventualidades de la guerra los hacen caer en manos del partido antagónico, el vencedor los enrola en sus rangos; sin entusiasmo, sin espíritu militar, no teniendo ninguna esperanza de modificar su miserable condición, el triunfo de unos o de otros les importa poco. Sus mujeres los siguen habitualmente y comparten con ellos la escasa ración que es suficiente para su sobriedad india; si el sueldo se les paga con regularidad, no consideran su vida demasiado infeliz, pero cuando el dinero falta, es necesario, para impedir las desertiones, encerrar a los soldados como rebaños en los patios de los cuarteles o de los *mesones* cuyas salidas son cuidadosamente vigiladas. Si a eso se agrega que los jefes, la mayoría oficiales improvisados, frecuentemente carecen de instrucción y de moralidad; que están dispuestos a considerar los cambios de gobierno como las ocasiones idóneas para obtener nuevos grados; que su promoción depende del capricho de tal o cual general, sin que exista ninguna ley que proteja los derechos adquiridos y los servicios prestados, se advertirá la diferencia que existe entre estas tropas y las tropas europeas. (Niox, 2012, pág. 258).

Si bien esto se plantea desde la perspectiva militar, descubrimos que en el fondo esta mirada nos dice más sobre las impresiones del extranjero entorno a la condición indígena. Niox despersonaliza a esta población debido a la pobreza en que está imbuida, pensándolos

más bien como objetos que se pudieran utilizar según la recompensa que se les ofreciera o lo que el jefe militar les permitiera.

¿En verdad se advertían diferencias entre las tropas mexicanas y las europeas? Como ya se mencionó los móviles de los reclutas en las brigadas extranjeras fueron principalmente económicos y profesionales; de tal forma que su objetivo primordial no fue la instauración del imperio como una empresa de política exterior necesaria, sino más bien por las recompensas que se ofrecían a cambio de su servicio en México en un lapso de seis años. Josef Mucha nos demuestra esta ausencia de convicción y la poca prioridad que se daba al proyecto monárquico. Mientras estaban en la parada obligada de la Martinica, los belgas habían optado por la revuelta debido a la falta del pago de su salario, inconformidad que les irritaba aún más por las condiciones del viaje transatlántico en el que escaseaban la comida y el agua. Este cúmulo de problemas pronto los llevaría al motín “La extrema necesidad y el hambre los lleva a esto, seguro que yo no me voy a excluir de participar aun si me cuesta la vida. El trato de parte de los oficiales es de lo peor hasta en un momento como éste, cuando uno pelea por ser o no ser” (Bazant & Bazant, 2004, pág. 59); en este sentido los ascensos de grado y el incremento del salario fueron estímulos importantes para continuar en el cuerpo: “Esta mejora de las condiciones materiales establece que por el sueldo obtenido uno se hace también acreedor a una pensión” (Bazant & Bazant, 2004, pág. 91).

Otro aspecto fuertemente criticado en estos testimonios ha sido la falta de unidad entre y al interior de los diferentes contingentes que respaldaron al imperio, siendo un contratiempo importante que debemos subrayar ya que dificultó la consolidación del régimen en México. Las formas de convivencia entre los contingentes europeos y el mexicano imperial deben traerse a colación por los roces e inconformidades de sus miembros. Khevenhüller y Niox aseguran que las confrontaciones se dieron principalmente entre los franceses y el cuerpo austriaco, desde el momento en que el mando le fue otorgado al mariscal Bazaine lo que ocasionó que: “Los austriacos se sintieron degradados a tropas auxiliares franceses y enviados al fuego siempre que un combate parecía demasiado arriesgado”. Por todo lo anterior conjeturamos que el ejército imperial no difería mucho del republicano en cuanto a solidez y convicción por el régimen que cada uno luchaba, hasta cierto punto las razones y grado de conciencia política en torno a las movilizaciones en México fueron similares, solo que los

primeros vestían uniforme, tenían un control escrito y rangos marcados desde su reclutamiento en Laibach; de igual forma muchos de ellos no contaban con la experiencia en campo de batalla. Finalmente todos estos testimonios de militares monárquicos dejan entrever, que las inconformidades por quiénes ostentaban los mandos fueron factores importantes en la ejecución de las misiones y por consiguiente en el dominio del territorio mexicano, ocasionando paulatinamente el derrumbe del imperio de Maximiliano, toda vez que los oficiales de los dos cuerpos de voluntarios se resistieron a aceptar una posición subordinada. El coronel a cargo del cuerpo belga solamente defendía que éste permaneciera íntegro y distinto del cuerpo imperial, y en general aceptaba acatar el mando francés (Hamann, 1989, pág. 50). Por su lado, el general Thun solicitó que su ejército tuviera la posición que debían guardar los ejércitos de dos potencias aliadas. Lo que sucedió después fue que los austriacos operaron con autonomía, concentrándose alrededor de Puebla, ciudad que se convirtió en su guarnición permanente, y los belgas como cuerpo auxiliar del ejército francés (Hamann, 1989, pág. 51) .

La resistencia imperial en Oaxaca y el fin de la “aventura mexicana”.

Hacia 1862 la inseguridad y destrucción fueron estragos de las Guerras de Reforma e Intervención visibles en la capital oaxaqueña que se trataron de remediar durante la gubernatura del liberal moderado Ramón Cajiga. Por un lado se dio inicio a obras públicas como fueron la adaptación del convento de Santa Catalina para cárcel pública y edificio municipal; se inauguró la escuela normal que ocupó el antiguo convento de San Francisco; los terrenos del antiguo hospital de San Juan de Dios se utilizaron para dar cabida al mercado que se había establecido en la Plaza de Armas, así como el embellecimiento del espacio con la colocación de faroles, la plantación de algunos árboles y la continuación del empedrado (Cervantes, 1997, pág. 22). En el aspecto de la seguridad se consideró licenciar a la mayoría de la tropa y devolver los cuerpos de la Guardia Nacional a sus lugares de origen. Aunque las aspiraciones por reorganizar al ejército fueron muchas⁴², la realidad del contexto con las

⁴² En 1861, como Ministro de Guerra, el general Ignacio Zaragoza insistió en organizar e instruir un ejército pues era la mejor base para utilizar a los cuerpos de la Guardia Nacional, proponiendo las siguientes medidas: poner en

condiciones económicas y los conflictos que siguieron no fue posible realizarlas. La percepción sobre el ejército que dominó permanentemente desde la guerra insurgente fue principalmente de hostilidad; para Juárez y Zaragoza esta idea debía cambiar, ante lo cual proponían que “el soldado republicano debía ser “el ciudadano armado para defender a la patria” (López, 2008).

El avistamiento del conflicto bélico con una de las potencias más poderosas de entonces nuevamente retardó tales aspiraciones. En 1861, el gobierno de Juárez expidió un decreto determinando “que todo ciudadano de 16 a 50 años tenía la obligación de presentarse, armado o no, a formar las compañías y batallones que saldrían a la campaña, y se precisó que los considerados como traidores a la patria serían fusilados de inmediato” (Cervantes, 1997, pág. 21). Una diferencia importante que debemos destacar entre este decreto y la convocatoria con que atrajeron a los voluntarios austro-belgas es que el gobierno republicano recurrió al sentimiento patriótico de tal forma que el enlistamiento fuera obligación y compromiso. Mientras que en la brigada extranjera se ofrecieron recompensas a cambio de su participación.

Debido a que Oaxaca fue mayormente partidaria del bando liberal⁴³, la población se interesó y fue partícipe de las huestes republicanas, tal como lo demuestra la indagación hemerográfica de Ruíz Cervantes. En 1862, el Heraldo de la Ciudad de México destacó su participación poniéndola como ejemplo para las demás provincias: “De todos los estados esperamos iguales esfuerzos que del de Oaxaca, pero si alguno tibio o egoísta por la distancia del peligro olvidare sus deberes, aprenda de tan noble ejemplo” (Cervantes, 1997, pág. 23). Diferentes sectores de la población contribuyeron al sustento de la guerra; algunos

marcha una Escuela de Formación para Oficiales del Ejército y recomendó al Congreso la reorganización del cuerpo médico y el Estado Mayor General. Asimismo se recomendaba a los legisladores que la organización se hiciera sobre bases distintas de las del ejército anterior principalmente sobre tres aspectos: 1) reclutando con “una ley que obligue al servicio militar a todos los ciudadanos sin distinción alguna, como lo quiere el sistema actual”; 2) estableciendo “colegios militares y escuelas facultativas y de aplicación y 3) canalización de empleos para los jefes sobrantes que “les garanticen su vida futura”. López, C. H., “Las fuerzas armadas durante la Guerra de Reforma (1856-1857)”, *Signos Históricos*, México, núm. 19, enero-julio de 2008, págs. 36-67.

⁴³ (Eggers H. , 2005); (Berry, 1989); (Cervantes, La Batalla de Miahuatlán , 1997). Una de las excepciones es la Mixteca donde el paso de las tropas francesas fue posible por la vía construida por esta población quienes estaban descontentos con los tratos recibidos por las huestes de Díaz; asimismo en la capital oaxaqueña se insistió en que la población estaba de acuerdo con el orden imperial, y agradecidos por los dineros que el imperio repartió para reparar los daños que los republicanos habían hecho a muchas casas durante el proceso de fortificación de la ciudad previo al ataque de las tropas francesas a la capital oaxaqueña (Cervantes, La Batalla de Miahuatlán , 1997, pág. 44).

profesionistas decidieron pagar la manutención de soldados, en este mismo sentido unas comunidades ofrecieron dinero para los gastos de guerra; mientras que las mujeres y sastres se ofrecieron a coser la ropa que fuera necesaria.

Conforme las fuerzas francesas se internaron al territorio mexicano, la resistencia republicana se organizó según la situación en cada región. En diciembre de 1863, los mandos político y militar de Oaxaca fueron cedidos al general Porfirio Díaz quien a lo largo del año siguiente concedió todos los esfuerzos propios y de la población para el fortalecimiento del departamento; reorganizó los contingentes militares hasta sumar alrededor de seis mil hombres, al mismo tiempo que habilitó cursos en el Instituto de Ciencias para mejorar los conocimientos de jefes y oficiales; se hicieron trabajos de fortificación de la ciudad, se acondicionaron los fortines situados en los cerros que la circundan; “se estableció un cuadro interior de defensa al cerrar con barricadas y trincheras las calles y se demolieron diversas manzanas de los barrios periféricos” (Cervantes, 2012); se almacenaron municiones y provisiones, se acondicionaron hospitales y se improvisó una fábrica de pólvora⁴⁴ (Magaña, 1983, pág. 140).

El 3 de enero de 1865, el mariscal Bazaine y su contingente salieron de la Ciudad de México con el objetivo de atacar Oaxaca, éste se compuso de:

Infantería:

2 batallones del 3° de zuavos

Regimiento extranjero, con tres batallones a las órdenes de los comandantes

Guyot, De Leuchey, De Brian y Saussier.

1 batallón ligero de África.

Caballería:

1 Compañía de zuavos montados

3 escuadrones de caballería (franceses).

4 escuadrones de caballería (mexicanos).

Artillería:

⁴⁴ Según registros de la época, Díaz había confiscado los templos de los pueblos con la idea de usarlos para la fabricación de armas o a fin de llenarlas de pólvora y metralla, y usarlas como minas en una gran explosión, en caso de que los franceses hubieran lanzado un ataque frontal Berry, Charles, *La reforma en Oaxaca*, México, Ediciones Era, 1989, pág. 113.

- 1 batería de a 4.
- 1 batería de a 12.
- 4 secciones de artillería de montaña.
- 1 sección de artillería mexicana. (Magaña, 1983, pág. 140)

Quince días después llegaron al Valle de Etla donde idearon el plan de operaciones. En los días siguientes hubo acercamientos de las tropas extranjeras y bombardeos, finalmente la resistencia que Díaz dirigía se rindió el 8 de febrero de 1865 ante un contingente enemigo que lo superaba a razón de tres a uno a los 3 500 soldados que iniciaron en su ejército (Cervantes, 1997, pág. 57), los cuales rápidamente disminuyeron a tan sólo 700 hombres principalmente por las constantes deserciones que se motivaron de causas diferentes: una de estas fue la falta de provisiones en la ciudad, pues la ocupación de San Felipe del Agua significó que la ciudad se quedara sin el vital líquido; otra causa fueron las quejas de los ciudadanos que permanecían en las cercanías de la batallas (Berry, 1989, pág. 110), como tercer factor se habla de la moral de las tropas republicanas que decayó en diferentes momentos propiciando la reducción de sus filas, algunos de los motivos fueron la retirada del coronel Treviño y sus lanceros antes de intentar sitiar Huajuapán, que se planeó ejecutarían junto con Félix Díaz; en este mismo sentido descubrimos que dentro de la élite política muchos buscaron mantener su status económico y profesional dentro del nuevo régimen como lo fueron José Antonio Noriega, Miguel Castro (compadre de Juárez), José Inés Sandoval, Manuel Dublán (concuño del presidente), Ramón Cajiga (ex gobernador) y Cenobio Márquez: “Para los “borlados” su aceptación a colaborar en el nuevo régimen no pareció chocar con sus concepciones políticas, además de que se sentían ultrajados por el trato que les había dado Porfirio Díaz en los últimos tiempos” (Cervantes, 1997, pág. 47). A diferencia de las percepciones que Charnay y Eggers plantearon sobre la permanencia y deserción en el bando liberal como meros caprichos, observamos que sí hubo argumentos con mayor profundidad para tomar tal decisión.

Las tropas francesas sitiaron la capital oaxaqueña dando inicio al régimen imperial en este territorio. Los republicanos fueron tomados prisioneros y enviados a reclusión a la Angelópolis; mientras que Juan Pablo Franco, comerciante y vecino de la ciudad de Oaxaca, fue nombrado prefecto imperial y el mayor Hotze, comandante superior de las fuerzas de ocupación en el departamento de Oaxaca. Mientras este era el estado de cosas en México, en Europa, Henrik Eggers se enlistaba al cuerpo de voluntarios el 27 de diciembre de 1864; su

brigada estuvo conformada de 230 hombres que después de tres meses de espera en Laibach dejaron el viejo mundo a bordo de “La Floride” el 16 de marzo de 1865; fue una de las últimas embarcaciones de voluntarios que arribaron al Puerto de Veracruz⁴⁵. A tan solo 28 días de viaje transatlántico, Eggers pisó por primera vez tierras mexicanas el 12 de abril. Sin más contratiempos, su contingente se internó en el territorio dirigiéndose a Oaxaca por la ruta de Orizaba; durante su camino padecieron las dificultades orográficas de la región: montañas boscosas y de pizarra de color: roja y negra; abismos creados por la intensa lluvia; interminable maleza de mimosas; granizadas en zonas con clima bastante caliente, por mencionar algunas (Eggers H. , 2005). Finalmente arribaron al distrito central de Oaxaca el 31 de mayo de 1865 y fueron alojados en el convento de la Concepción.

Para Eggers, Oaxaca evocaba la imagen del paraíso terrenal; rodeado de montañas, campos frutales; surcado por los ríos Atoyac y Verde haciendo de éste un paisaje sin igual. Era un espacio que gozaba de diversos recursos naturales y culturales. La ciudad contaba con 25 iglesias, una plaza de Armas al estilo español, un Instituto de Ciencias y Artes, que resguardaba la única biblioteca pública del estado que por entonces poseía alrededor de 16 000 tomos; la Casa de Moneda que a pesar de las revueltas de la última década sobrevivió acuñando, en 1866, 12,628 ½ pesos en plata; y 2,339 pesos en oro tan solo en el mes de noviembre; otras edificaciones públicas que sobrevivían fueron la gran cárcel de Santa Catarina en el Rosario; al norte de la ciudad “El Panteón”; y por último nos habla de un acueducto que distribuía agua a la ciudad desde el norte.

El viajero nos acerca a la región de Oaxaca a través de dos temas principales: el primero es la narrativa en la que destacó aspectos categóricos en torno a la población mexicana haciendo acotaciones en las particularidades de los oaxaqueños. Como segundo tema se tratan las impresiones de Eggers durante su estancia en la región, en medio de las campañas que promovían el régimen imperial. Mi intención no es socorrer a la cronología de

⁴⁵ “La sexta y última embarcación emprendió la travesía a mediados de diciembre. Algunos soldados viajaron por propia cuenta, unos cuatrocientos rezagados siguieron en febrero de 1865” Hamann, Brigitte, *Con Maximiliano en México. Del diario del príncipe Carl Khevenhüller, 1864-1867*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, pág. 71.

las batallas; los historiadores⁴⁶ que han trabajado el segundo imperio mexicano en la región ya nos han traído a colación esta información. Más bien el interés de este trabajo es ofrecer otra perspectiva del proceso que complementa el material existente, por lo que se propone rescatar las impresiones y acciones de los soldados durante el conflicto armado que se desarrolló en este departamento a través de la figura de Henrik Eggers.

Eggers fue un observador atento de la sociedad oaxaqueña de su presente sus descripciones gozan de detalles sobre la cotidianidad en las poblaciones⁴⁷; en la lectura de este viajero, identificamos cierto determinismo geográfico que conjuga el medio natural con el desenvolvimiento sociocultural y su efecto por el devenir histórico, permitiéndole configurar una idea integral de esta región de México. Un ejemplo de esto es el esbozo del paisaje siguiente:

Durante el día principalmente se ve a los mestizos un tanto haraposos y a los indígenas tomando la siesta sobre las bancas, así como a las vendedoras de frutas con sus grandes cestas. Cuando se pone el sol y el aire se torna más fresco, hace su aparición el mundo fino de la ciudad; especialmente múltiples damas que salen a disfrutar la frescura de la noche. Ese es el momento en que se pueden observar a las famosas oajaqueñas reputadas por su vivacidad y agradables movimientos; se pasean con gracia y dignidad luciendo todos los matices existentes de colores y conversando alegremente con galantes caballeros (Eggers H. , 2005, pág. 61).

Eggers nos habla de un espacio en particular en el que convergen dos grupos sociales diferentes, lo importante a destacar es que el tiempo y el clima determinaban los momentos en que cada uno podía disfrutarlo. Eventualmente en el relato, retoma la idea decimonónica que asoció las altas temperaturas con la autarquía, una imagen recurrente sobre los mexicanos y el área tropical en aquel siglo; con todo esto el danés relaciona la relevancia de los juegos de azar en la sociedad mexicana, que se anteponían a las actividades realmente productivas “Esta pasión necesariamente influye negativamente en la vida del pueblo al distraerlo de ocupaciones más productivas, pero la realidad es que el mexicano sólo trabaja lo indispensable para vivir, amén de que la generosidad de la naturaleza y el clima caliente contribuyen a

⁴⁶ En la región ha sido trabajado por José Ruiz Cervantes. Aurelio Martínez López *Historia de la intervención francesa en el estado de Oaxaca (años de 1864 a 1866) Centenario de epopeyas gloriosas*, México 1966; Charles Berry; y Niox otorgan considerable atención a lo que sucedió en el departamento de Oaxaca.

⁴⁷ Una escena rica en detalles corresponde al mercado que se ponía en la Plaza de Armas.

fomentar su pereza” (Eggers H. , 2005, pág. 177). A lo largo de la crónica descubrimos que el determinismo geográfico fue un elemento medular en la construcción narrativa de este viajero, y que durante sus andanzas por distintas regiones de México le proveyeron información y categorías de los individuos según la región que habitaron.

La población oaxaqueña a la que Eggers se refiere, fue principalmente seguidora del bando republicano. La gran mayoría de los adeptos al ala conservadora abandonaron la ciudad motivados por los daños que producían las campañas de fortificación que Díaz emprendió; así como por las posibles represalias que les podría traer su postura política:

Les consternaba su presencia, les molestó verse obligados a hacer tantos sacrificios a lo largo de 1864 mientras Díaz se preparaba para la guerra y, ahora que ésta había llegado y ellos veían a su ciudad hecha una fortaleza a gran costo para ellos, estaban enojados. Muchos residentes habían huido en pos de la relativa seguridad de los pueblos circunvecinos al empezar el sitio, pero aquellos que permanecían en la capital eran del todo hostiles a los defensores republicanos y se habían distanciado entre ellos (Berry, 1989, pág. 109) .

En un balance general, Eggers consideró que la población mexicana tenía mucho potencial para llegar a ser una gran nación. No obstante consideró que el estado de violencia en que se veía sumergida, inevitablemente se remitía a su carácter de “falsedad y deslealtad en sus relaciones con los demás, lo que bien puede ser considerado como una especie de traición” (Eggers H. , 2005, pág. 175). Señalaba que tales actitudes dificultaban la convivencia y el desarrollo del “patriotismo y otros nobles sentimientos entre sus ciudadanos”; llegando a afectar diversas escalas y ámbitos. Se comprende entonces que por su condición de soldado, la lealtad fuera de gran importancia para Eggers, no solo en la convivencia cotidiana sino a escala global, de ahí que las percepciones del desplazamiento de hombres entre los diferentes bandos en pugna —tan frecuente en el siglo XIX— sean a sus ojos actos desleales. Si bien esta perspectiva categórica generalizaba el carácter desleal como una constante en la naturaleza de la población mexicana; Eggers comprendió que en la vorágine del contexto, éstas conductas fueron más bien una “arma indispensable para poder sobrevivir” (Eggers 2005, pág. 175).

en parte puede atribuirse al antecedente indígena, pues innegablemente ese es ladino y astuto pero sin duda la principal causa ha sido el continuo enfrentamiento entre ellos mismos (...)Desgraciadamente la deslealtad, que se podía decir se ha convertido en una segunda naturaleza del mexicano, está tan

difundida que hasta en los más mínimos detalles y en las cosas más irrelevantes se manifiesta constantemente; cuando se le promete algo a uno o se ha llegado a un acuerdo, de antemano se sabe que de inmediato el mexicano ya está pensando en la mejor forma de no cumplir (Eggers H. , 2005, pág. 175).

No podemos dejar de señalar las inconsistencias en esta parte del discurso de Eggers, toda vez que, como ha sido señalado en el apartado anterior, también las fuerzas de voluntarios extranjeros al que perteneció condicionaron su permanencia en el cuerpo de según les conviniera.

Ahora bien, en el particular caso de Oaxaca Eggers describe la relación entre el clima y su efecto en la población. A diferencia del clima hostil que experimentó a lo largo del camino, la ciudad gozaba de una “naturaleza generosa y sus cielos están despejados; la agradable brisa que predomina durante todo el año abanica sobre el fresco y florido valle la alegría y el júbilo de las siempre verdes montañas” (Eggers H. , 2005, pág. 66). De tal forma que este ambiente vivaz se reflejaba en la sociedad “la alegría que la población oajaqueña(sic) manifiesta en los días festivos no es menor a la que muestra en su vida cotidiana. El oajaqueño es conocido por su temperamento ligero, su inteligencia y gran hospitalidad” (Eggers H. , 2005, pág. 66). En este primer punto recurre un par de veces a la comparación con los poblanos y la gente del interior, a quienes tuvo por “un carácter más reservado, serio y santurrón (...) Sería incomprensible que la población local [oaxaqueña] fuera sombría o ensimismada, puesto que vive en una región de gran riqueza, cuya naturaleza es generosa y sus cielos siempre están despejados” (Eggers H. , 2005, pág. 66). El antagonismo de estas regiones se reforzaba por la postura política que ostentaron, Oaxaca por lo general era liberal y anticlerical; mientras que los poblanos “los que por ser descendientes directos de los españoles se parecen más a ellos” eran principalmente integrantes del ala conservadora, “la ciudad [Puebla] siempre ha sido refugio del partido clerical”. Estas impresiones sobre los oaxaqueños fueron permanentes, incluso cuando el danés estuvo prisionero en esta capital “La población, al margen de sus convicciones políticas, se mostraba amable y atenta con nosotros, especialmente los que favorecían la causa liberal, porque los ex imperialistas temían si mostraban demasiada simpatía por los desgraciados prisioneros” (Eggers H. , 2005, pág. 155).

Oaxaca ha sido una región con población muy diversa. Durante el siglo XIX contó con un número reducido de blancos; los mestizos eran más numerosos, pero la gran mayoría eran indígenas de origen zapoteco. Sobre esta etnia el viajero llama la atención, consideraba que “La tribu zapoteca es una de las más inteligentes, y sin duda puede ser considerada como superior a los famosos aztecas de la época de Cortés”, no sólo por su sobrevivencia sino por la relevancia en la política e historia decimonónica que entonces jugaba en las figuras del presidente republicano Benito Juárez; los hermanos y generales Porfirio y Félix Díaz; el conocido diplomático y general Almonte, y otros hombres de igual talento, todos indígenas puros del pueblo zapoteco (Eggers H. , 2005, pág. 67), para Eggers estos hombres eran pruebas fehacientes de que la educación de la población indígena en una escala mayor contribuiría a su involucramiento en el desarrollo y política de México.

su inteligencia natural de ninguna manera es inferior y lo único que le hace falta es el aprendizaje necesario para que pueda colocarse al mismo nivel cultural europeo; los múltiples casos de indios puros que se han convertido en los hombres más ilustres de México es testimonio de ello. El indio tiene mayor energía y firmeza de carácter que el criollo o el mestizo y no hay duda de que una vez que la difusión de la educación permita su elevación, él será quien conducirá a México a un futuro mejor (Eggers H. , 2005, pág. 194).

Para hablar de las dinámicas de los cuerpos militares del imperio en Oaxaca, Eggers es una fuente importante porque sus labores fueron desempeñadas principalmente en este territorio. Entre junio y julio de 1865 trabajó como secretario del comandante en jefe, ocupándose de su correspondencia en español; en septiembre fue ascendido a oficial de su cuerpo; fue escolta de prisioneros republicanos y fiscal de la corte marcial⁴⁸. Las descripciones sobre las campañas militares en la narrativa de Eggers sobresalen principalmente porque fue espectador y partícipe. En este tema descubrimos que la finalidad de este escrito es que sus lectores de Europa se informaran de la experiencia militar en México durante el proceso de instauración imperial, cuya perspectiva estuvo determinada por su papel en el proceso y las necesidades del cuerpo de voluntarios.

Aunque políticamente el prefecto imperial, el coronel Hotze, el coronel De Thun, el mariscal Bazaine, y el cuerpo de voluntarios —que como ya vimos arriba era muy diverso—

⁴⁸ Los concejos se establecieron poco después de la rendición de Oaxaca para enjuiciar a los delincuentes y sobre todo a los salteadores de caminos que operaban en todo el país.

pertenecían al mismo bando; lo cierto es que las diferencias entre ellos generaron una serie de comunicados y llamados de atención en los que se percibe un enfoque sobre el cuerpo de voluntarios un tanto diferente del relato del viajero. En la correspondencia militar percibimos preocupación por el control de las fuerzas extranjeras. En Oaxaca destacaron los conflictos con la población y exigencias exageradas por parte de los contingentes imperiales, lo que entorpeció la adhesión de la comunidad a favor de aquel régimen.

Las verdaderas dificultades consisten en la conducta poco mesurada que han observado algunos jefes austriacos, enajenándose así, tanto para ellos como para el Gobierno, las simpatías de las poblaciones, lo cual, como calculareis, no puede producir buenos resultados (...) Respecto a alojamientos, ha habido en esta población constantes dificultades, por abusos cometidos por algunos oficiales y por sus exigencias bastante exageradas. Sobre este particular he procurado siempre vencer las dificultades y establecer la armonía, facilitando hasta los muebles del Palacio para mayor comodidad de los alojados. Por lo expresado, señor general, os convenceréis que el desacuerdo no existe entre el que suscribe y la Comandancia Militar, sino entre los jefes austriacos y la población⁴⁹.

Continuamente el visitador imperial llamó la atención sobre estas actitudes y lo contraproducente que resultaban para la consolidación del régimen, que como ha trascendido en la historia del segundo imperio, el tema de la aceptación popular resultaba muy importante, sin embargo por los atropellos de sus abanderados la simpatía con los nativos menguaba “Estos hechos han alarmado de tal manera a estas poblaciones, que la mayor parte del vecindario huyó de ellas; y esto, además de desconcetuar (sic) a una fuerza, es tal el descontento que produce, que difícilmente se restablecerá la confianza que se ha procurado inspirar a los pueblos, si se repiten y no son castigados”⁵⁰.

La permanencia del cuerpo austriaco en Oaxaca contribuyó a la inestabilidad, sus exigencias constantemente ocasionaron descontentos entre la población, a lo que el prefecto imperial⁵¹ respondía con una serie de solicitudes a los responsables del orden: el coronel Thun

⁴⁹ Copia de comunicación del visitador Franco al General De Thun, donde informa el desacuerdo entre la población oaxaqueña y los jefes austriacos. Oaxaca, 26 de septiembre de 1865 García, Genaro, *La intervención francesa en México según el archiva del Mariscal Bazaine*, México, Porrúa, 1973, págs. 912-915.

⁵⁰ Comunicación del Subprefecto de Nochixtlán al visitador Franco, donde informa los atropellos cometidos por los austriacos en esa población y Quilitongo. Septiembre 16 de 1865 García, Genaro, *La intervención francesa en México según el archiva del Mariscal Bazaine*, México, Porrúa, 1973, pág. 892.

y el mariscal Bazaine. El 11 de septiembre de 1865 le escribió al mariscal: “Haga cesar los excesos y tropelías que cometen los jefes austriacos que existen en este Departamento con el carácter de comandantes superiores (...) esto causa el desprestigio del Gobierno y enajena las simpatías”⁵². Por su parte, hacía notar al general Thun que las concesiones complacientes hechas por el departamento eran *bastante exageradas* pues incluso habían llegado a facilitar los *muebles del Palacio para mayor comodidad de los alojados*. Al interior del territorio también hubo quejas, el subprefecto de Teotitlán del Camino reportó al visitador los daños que causaron a la población cuando a su llegada a la comunidad exigieron maíz y forraje para sus cabalgaduras; sin embargo, la población no tenía excedentes más que para el consumo propio por lo que los extranjeros resolvieron en rozar las milpas que estaban en las inmediaciones del pueblo; y llevarse las vigas, algunas puertas y el armazón de las casas para leña⁵³. Por su parte, para Eggers esto cobra sentido desde la perspectiva de supervivencia que nos plantea aceptando que durante el sitio de Oaxaca “embargamos todo el arroz, harina y café que había en la ciudad; el ganado y las ovejas fueron llevados al jardín del convento, y vino, aguardiente y todo lo que pudiera hacer falta fue almacenado en las bodegas de Santo Domingo” (Eggers H. , 2005, pág. 145).

El contexto de los soldados del imperio empeoraba por las intrigas entre sus miembros, y Eggers no se escapó de contribuir a este ambiente de por sí ya inestable. Adjudicó la responsabilidad de la caída del régimen en Oaxaca de 1866, al visitador imperial: “El mencionado inspector imperial Franco, por el contrario, no cesó de repetir que la ciudad era un lugar sumamente tranquilo y benévolo que no requería la presencia de tropas extranjeras y, como consecuencia de su ingenuidad, el mando supremo de Puebla acabó retirando a H. y a la mayor parte del destacamento austriaco” (Eggers H. , 2005, pág. 140). Para Eggers, Juan Pablo Franco fue una persona incompetente para el cargo que fue designado “un amigo cercano al emperador que carecía de carácter y que era despreciado por los dos partidos”. Es

⁵² Comunicación del Visitador Franco al Mariscal Bazaine que informa sobre los abusos de los jefes austriacos en Oaxaca. Nacaltepec, septiembre 11 de 1865. García, Genaro, *La intervención francesa en México según el archiva del Mariscal Bazaine*, México, Porrúa, 1973, pág. 881.

⁵³ Copia de comunicación del Subprefecto de Teotitlán al secretario de Gobierno de Oaxaca, donde se queja de las tropelías cometidas por los austriacos. Teotitlán, septiembre 19 de 1865. García, Genaro, *La intervención francesa en México según el archiva del Mariscal Bazaine*, México, Porrúa, 1973, pág. 899.

posible que esta apatía hacia el visitador se originara por los reportes acerca de las tropelías que el cuerpo de voluntarios provocaba y que de alguna manera contribuían a su ya difícil organización y proceder en las campañas. Cuando Díaz escapó de la prisión en Puebla y asediaba Jamiltepec, Franco no contó con muchos hombres que auxiliaran en la defensa de la población “Hotze se había negado a prestar apoyo para detener el avance de Díaz diciendo que él sólo comandaba la guarnición austriaca de la ciudad de Oaxaca” (Berry, 1989, pág. 124). La verdad fue que nunca se logró la armonía entre las diferentes brigadas que conformaron el grupo de extranjeros, que en su lugar dividían las fuerzas llegando a considerarlos enemigos tal como escribió Franco:

el enemigo, para mí, no está en el Sur. Tengo la energía y entusiasmo suficientes para resistir en defensa del imperio (...) El mal está en la discordia interior, pues la Comandancia Superior Austriaca y el general Thun, por meras cuestiones de fórmula y de orgullo, posponen los intereses más sagrados del Imperio, y con su conducta no sólo pueden disminuir el entusiasmo que he logrado crear en este Departamento (Berry, 1989, pág. 123).

En este contexto, Franco presentó al emperador de México tres propuestas para defender la ciudad de Oaxaca:

- 1) retirar a la guarnición austriaca y sustituirla por cuatrocientos o quinientos soldados franceses, a fin de garantizar la seguridad de Oaxaca, dejando libre a Franco de proseguir con sus planes para los otros departamentos; 2) ordenar a la guarnición austriaca que participara en la campaña contra Díaz, después de lo cual Franco partiría para Chiapas a empezar operaciones allí, dejando a Hotze al mando con plenos poderes sobre Oaxaca; 3) Dar a Franco los medios para organizar nuevas fuerzas en Oaxaca, suficientes para guarnecer la capital y al mismo tiempo pacificar los departamentos del sur (Berry, 1989, págs. 121-124).

Las discordias por el control surgieron debido a que el prefecto pensaba que las operaciones y los funcionarios, civiles y militares, estaban subordinados a él, un status que la ciudadanía respaldaba toda vez que lo consideraban su intermediario y protector; sin embargo no corrió con el mismo apoyo por parte de la milicia de tal forma que ninguna de las propuestas anteriores fue aprobada.

En octubre de 1866, comenzaron avizorarse las primeras tropas republicanas que avanzaban hacia la ciudad de Oaxaca, eran más de 5 000 hombres; mientras que las fuerzas imperiales sumaban apenas 600: “100 hombres (...) de las tropas que habían partido hacia

Tehuantepec (...) 200 austriacos, 40 franceses, 100 mexicanos de infantería, y unos 150 voluntarios del suburbio de Coyula (...) además se disponían de cañones de todo tipo y calibre” (Eggers H. , 2005, pág. 145). Los intentos por hacer retroceder a los republicanos fueron en vano por lo que resolvieron aprovechar el tiempo acondicionando el espacio para el resguardo de sus heridos y las batallas sucesivas que esperaban una vez que llegaran las fuerzas auxiliares del exterior. Después de librar la batalla de La Carbonera (octubre de 1866) Porfirio Díaz se hizo de 400 prisioneros del bando imperial y se apoderó de cuatro cañones con los que regresó a la capital oaxaqueña (Niox, 2012, pág. 502). La caída del sitio pronto fue inevitable, los cuerpos imperiales se rindieron el 31 de octubre de 1866.

Hemos visto que las dificultades de organización y comunicación entre los miembros de las diferentes fuerzas imperiales fueron determinantes en la caída del régimen en Oaxaca, tal como lo sugiere Charles Berry:

El intercambio epistolar entre Franco, Thun y Bazaine al parecer era una tempestad en un vaso de agua, pero en realidad tuvo grandes repercusiones por cuanto la disputa de jurisdicciones y prerrogativas, y la falta de cooperación entre funcionarios mexicanos que cuando en verdad surgió una crisis, no se pudo emprender una acción efectiva. En ello radica la razón fundamental de que triunfara la república liberal y fracasara la intervención. (Berry, 1989, pág. 123).

Eggers continuaba repartiendo culpas: las imprudencias de unos mexicanos que en el primer día del sitio hicieron estallar tres cajas de granadas; la desertión de las indígenas que “desaparecían a la primera oportunidad por no estar dispuestos a perecer al lado de los decididos franceses y austriacos” (Eggers 2005); las decisiones de Juan Pablo Franco y el espionaje, fueron las causas que emanaron de la población mexicana y que condujeron al derrumbe del régimen en la región. Deslindaba de toda responsabilidad a los miembros europeos de la tropa imperial no con la intención de victimizarlos; sino más bien con el objetivo de evidenciar que la insensatez e ignorancia de los mexicanos fue el verdadero enemigo de su paz, puesto que eran incapaces de organizarse y comprometerse alrededor de un objetivo en común. En esta crónica de Eggers, la figura del coronel Quintana, quien fungía como espía en ambos bandos, es un ejemplo claro de esa deslealtad:

Más tarde pudimos confirmarlo; el propio primer oficial del general Oronoz, el coronel Quintana, había estado desempeñando el papel de delator para que, en caso de que fuéramos derrotados, pudiera salvar su miserable vida. En tanto que confidente del general, podía circular libremente por las líneas de defensa, y desde ahí arrojaba al enemigo pequeñas piedras envueltas en un papel donde hacía anotaciones sobre nuestras fuerzas, el estado de ánimo de los soldados indígenas, los planes que formulábamos etc. (Eggers H. , 2005, pág. 150).

En estos testimonios que demuestran la fragmentación de la sociedad y política mexicana, también trasluce la perspectiva publicitaria de la narrativa de Eggers; tales consideraciones probablemente surgen para evitar acusaciones del exterior sobre el grado de responsabilidad, que él y el cuerpo al que perteneció, tuvieron en la caída del régimen, suscitando cuestionamientos en torno a cómo una de las alas del ejército mejor preparado y en una campaña que les venía costando mucho dinero y años, concluyera con el fusilamiento de un príncipe europeo, dando material para publicidad hostil contra aquellos hombres y naciones partidarias del imperio en México.

A la caída del sitio de Oaxaca se acordó con Porfirio Díaz que:

Todos los miembros del ejército imperial nos entregaríamos como prisioneros de guerra a condición de que se respetaran nuestras vidas; los oficiales conservarían sus armas, sus caballos y pertenencias, y todas las demás armas, municiones y equipo militar se entregarían al enemigo (...) nuestros compañeros mexicanos, mortalmente odiados por los juaristas, fueron encerrados en la cárcel de Santa Catarina destinada a los crímenes comunes (Eggers H. , 2005, pág. 152).

Los extranjeros que defendían el imperio fueron confinados al arresto domiciliario hasta el 15 de abril; al día siguiente, la secretaría de la comandancia les extendió la oportunidad de establecerse en el lugar que desearan residir beneficiándose de la *gracia* que les concedía el general Díaz⁵⁴.

Finalmente en febrero, tras varios intentos de negociación, los prisioneros extranjeros fueron trasladados hacia Acatlán, donde Porfirio Díaz estableció su cuartel. La condición de

⁵⁴ “Los nombres que aparecieron en los periódicos y los documentos de la década siguiente sugerían que un número considerable de ex soldados austriacos y franceses se quedaron a residir de manera permanente en el estado de Oaxaca, y que estuvieron activos en los negocios, la minería y la agricultura”. en el periódico del gobierno de Oaxaca “La Victoria” el 18 de abril de 1867 en Berry, Charles, *La reforma en Oaxaca*, México, Ediciones Era, 1989, pág. 262.

los cautivos era deplorable, para el sustento diario de los oficiales les entregaban un peso; mientras que a los soldados dos reales (medio peso); lo cual los obligó a vender sus pertenencias; lo más lamentable que perdieron fueron sus caballos pues llegado el momento de trasladarse por distancias largas tuvieron que hacerlo a pie o en:

miserables animales que compraron por ocho o 10 pesos (...) a los cuales les faltaba un ojo, tenían orejas recortadas o estaban tremendamente flacos y desvencijados (...) Los suboficiales y los criados no desentonaban con los tristes caballos, pues sus maltrechas vestimentas y el polvo que llevaban encima asimilaba una cosa con la otra; nuestra miserable situación contrastaba enormemente con el esplendor que alguna vez habíamos tenido (Eggers H. , 2005, pág. 157).

En los meses sucesivos, los partidarios del imperio tomaron dos caminos diferentes, algunos trataron de resistir con ayuda del enlistamiento forzoso y de algunas tropas austro-belgas; mientras que el contingente⁵⁵ francés siguió las órdenes de retirada hechas por su emperador; el mariscal Bazaine abandonó la capital de México en febrero de 1867. La resistencia imperial cayó paulatinamente. Con el fusilamiento de Maximiliano, Miramón y Mejía en el Cerro de las Campanas la mañana del 19 de junio de 1867, finalmente se rindieron las fuerzas imperiales, “el contingente extranjero ya no vio ninguna razón por la cual continuar resistiendo” (Eggers H. , 2005). Eggers confiesa que llegó a considerar la opción de quedarse a residir en Oaxaca, sin embargo según declara, el arribo de Santa Anna a Yucatán motivó a que el presidente Juárez expidiera un decreto ordenando la expulsión de todos los soldados extranjeros, por lo que el 18 de octubre de 1867 salió de Oaxaca, donde había permanecido después de su liberación. El 15 de noviembre se embarcó junto con 100 suboficiales y soldados austriacos de regreso a Europa en el vapor *Panamá* y arribó a Francia a finales de diciembre.

En este relato de Eggers hemos observado el desarrollo militar del proyecto imperial durante 1866 y 1867. Un tema relevante que se ha tocado es la diversidad de intereses que llevaron a sus actores a participar en este proceso y que apresuraron el fin de la “aventura mexicana”. La mirada de Eggers nos ha permitido conocer diferentes aspectos del paisaje,

⁵⁵ Las últimas tropas se embarcaron el 17 de marzo de 1867. Eggers, H., *Memorias de México*, México, Miguel Ángel Porrúa, 2005.

cotidianidad y vida militar en Oaxaca durante las campañas monárquicas, ofreciendo al estudio histórico una perspectiva parcialmente objetiva debido a que su interés primario fue viajar y no la empresa imperial, aunque no por eso dejamos de reconocerle gran compromiso con el esquema militar.

Las memorias de Eggers nos dejan principalmente tres aprendizajes: el primero es que nos lleva a reconsiderar la diversidad de hombres con ocupaciones y motivos particulares, que se enlistaron al cuerpo de voluntarios para la “aventura mexicana”. El segundo es que durante el siglo XIX los hombres que engrosaron las filas del bando republicano o imperial se adhirieron a cada grupo por intereses propios y no como fieles adeptos a cada proyecto, lo que nos lleva a concebir a ambos bandos de forma heterogénea y sin un real antagonismo radical, pues desde su propio contexto su participación emanó de intereses personales. El tercero es la imagen de Oaxaca durante el segundo imperio mexicano, un espacio que distinguió principalmente por dos aspectos: el abanderamiento a favor del bando republicano, y su población mayormente indígena con gran potencial para aportar a la nación mexicana.

Las memorias del danés son fuentes que nos permiten repensar la configuración de los contingentes extranjeros, sus móviles de participación y desempeño en las campañas en México, y en este mismo sentido el desenvolvimiento del proyecto imperial, que al mismo tiempo nos revela la responsabilidad que recayó en estas brigadas, que por falta de organización y acuerdos, condujeron al imperio hacia su final.

Por último, la información que nos ofrece sobre las dinámicas militares en Oaxaca sin duda enriquece no solo a esta investigación sino también a los estudios regionales del segundo imperio que han omitido la presencia y permanencia del cuerpo de voluntarios austriacos en la provincia, principalmente por el desconocimiento de esta fuente que recientemente en 2005 fue publicada, solo para darnos una idea de lo olvidado que está el segundo imperio en los estudios oaxaqueños actuales. Debemos reconocer el valor histórico de ésta crónica de Eggers porque es el único del que se tiene conocimiento y registro de que recorrió el territorio oaxaqueño durante el segundo imperio mexicano. Para este viajero danés su experiencia en México fue importante puesto que significó el inicio de una serie de viajes a diferentes regiones de América.

Reflexiones finales.

A lo largo de esta tesis hemos analizado tres crónicas de viajeros extranjeros que se enmarcaron en diferentes momentos de la “aventura mexicana”. La investigación ha tenido como propósito destacar la relevancia del estado de Oaxaca durante este proceso de la historia que en lo regional ha quedado de lado. A través de las impresiones de Charnay, Brasseur y Eggers se ha procurado identificar los factores que motivaron y desarrollaron la “aventura mexicana”. La estructura expuesta nos ha permitido conocer de forma cronológica el desenvolvimiento de esta empresa, que emanó de las aspiraciones de Napoleón III por ver configurada la *sociedad industrial* de la que habló Saint Simon. En este sentido, la presente investigación ha propuesto que los viajes promovidos por el imperio se organizaron pensando en la contribución y engrandecimiento de aquella idea, a través de la intervención militar.

En una extrapolación del concepto *conciencia planetaria* que utiliza Mary Louise Pratt, esta investigación ha bosquejado el contexto, las perspectivas y escalas en que los recorridos de estos viajeros decimonónicos favorecieron a su construcción. El contexto de manifestaciones culturales como la literatura, la prensa, el desarrollo científico, las exposiciones y los avances técnicos en transportes se entretajeron dando cabida a la promoción de la práctica viajera, al mismo tiempo que anunciaban la modificación y percepción del mundo, más definido por la configuración nacional y en éste sentido, se planteó cómo los recursos y atributos de cada región podrían contribuir a la comunidad internacional. En este estudio hemos identificado cuatro escalas diferentes en que dichos viajeros promovieron la conciencia planetaria: 1) en el ámbito personal del viajero su labor le permitió dimensionar el dinamismo del mundo decimonónico, su diversidad sociocultural, lingüística, política y mental. 2) a través de la interacción e intercambio de información, impresiones y conceptos con los anfitriones de los espacios que recorrieron. 3) Sus lectores en Europa a quienes dirigieron las anécdotas durante su estancia en México; y finalmente 4) el impacto que posteriormente generaron en el público mexicano la lectura y apreciación de sus registros.

Desde la perspectiva de la práctica viajera hemos observado que el bagaje cultural de los franceses en torno a México fue mínimo. Francia tenía su atención puesta en el reacomodo nacional que experimentó Europa, y fuera de ella su interés continuaba fijo en África y Asia.

Como ha sido la intención de ésta tesis, se demuestra que las crónicas de viaje que Charnay y Brasseur realizaron en apoyo del Ministerio de Instrucción Pública, fueron parteaguas importantes que atrajeron la atención del imperio. De esta forma, los escritos y registro visual de este par de franceses contribuyeron a la formulación del contexto mexicano, y su introducción de forma más amplia, al público europeo de mediados de la centuria. En lo que concierne a la “aventura mexicana”, esta tesis sostiene que los relatos de estos viajeros se planearon desde el Ministerio con la finalidad de diagnosticar sin mayor interés, los atributos que México podría, en algún momento, aportar a la comunidad internacional que visualizaba el imperio francés. De tal forma que en esta primera parte, las travesías no figuran dentro de los planes de intervenir e instaurar una monarquía en México. Lo que sí debemos de reconocer es que eventualmente sus testimonios fueron parte del cúmulo de llamados a la instauración de un régimen extranjero en México, a la par que lo fueron las solicitudes de los mexicanos monárquicos y los informes diplomáticos.

Las aportaciones de esta investigación son varias. Para la disciplina histórica, esta tesis demuestra que las crónicas de viajeros pueden ser temas centrales y fuentes primarias con las que podemos reconstruir y reinterpretar procesos de la historia. En este caso, dichos testimonios enriquecen los estudios consagrados a la “aventura mexicana” y el segundo imperio mexicano, y que por el contrario han permanecido como complemento, es decir en segundo plano. La literatura viajera durante la “aventura mexicana” no ha sobresalido en el género literario ni histórico, y es casi inexistente si hablamos de su reflexión para el estado de Oaxaca. De tal forma que una aportación más de este estudio es su contribución a la configuración de una tipología de los viajeros que recorrieron México como parte y durante esta etapa de la historia.

La propuesta principal de esta investigación fue ofrecer una interpretación de la “aventura mexicana”, que se centrara en la perspectiva de tres viajeros extranjeros, toda vez que por su temporalidad y forma discursiva nos permitieron distinguirlos como sus antecedentes y partícipes directos. Si bien el material historiográfico que nos habla de este proceso es abundante, al igual que la literatura viajera decimonónica, lo cierto es que las impresiones de los viandantes en esta etapa que expuso por segunda vez en la centuria las relaciones franco-mexicanas, no se habían estudiado como temas principales considerándolas

más bien como fuentes secundarias. Aunque las figuras de Michel Chevalier, Désiré Charnay y Charles Brasseur no son desconocidas, la atención que se ha fijado en ellos se ha limitado principalmente por la información que brindan al americanismo, como si sus tareas fueran empresas aisladas y distantes de un proyecto mayor como fue la *grand pensée* de Napoleón III. Por todo esto la aportación de esta tesis es original en tanto que indaga el fondo político y sociocultural de Europa, particularmente de Francia, que promovió viajes hacia diferentes regiones del mundo con el objetivo de recabar información, que pudiera ser útil al imperio y contribuir a la *sociedad industrial*, de tal forma que los resultados de éstas travesías que se dirigieron hacia territorio mexicano, recorriendo diferentes regiones de Oaxaca, dieron cabida a la configuración paulatina de la “aventura mexicana”. La delimitación espacial sobre esta región es relevante por la ausencia de estudios del segundo imperio mexicano.

Esta tesis ha sostenido que los escritos de Charnay y Brasseur contribuyeron en los antecedentes de la “aventura mexicana”. A mediados del siglo XIX el imperio francés no mostró gran interés en los asuntos en México, por lo que éste par de crónicas se plantearon como materiales propagandísticos que sirvieron para llamar su atención, toda vez que sugerían intervenciones: económica, científica y política. En cuanto al proceso de instauración del imperio de Maximiliano esta tesis se sustenta en el testimonio del soldado danés Henrik Eggers, miembro del cuerpo de voluntarios austro-belga que participó en las campañas imperiales y cuyas tareas fueron desempeñadas principalmente en el departamento oaxaqueño. La información que nos brinda sobre este sector militar nos ha permitido concebirlo como un ente heterogéneo en procedencia, ocupación, nacionalidad y por consiguiente en el desempeño de las campañas militares en México, esta característica resulta relevante porque como se expuso, tales diferencias suscitaron inconformidades entre sus miembros y por consiguiente desorganización y falta de coordinación en el campo de batalla motivando el desenlace trágico del segundo imperio mexicano. Por lo anterior, se sostiene que las actitudes que enmarcaron el pronunciamiento, tan ampliamente criticado por los viajeros, no se limitó a las tropas de la joven nación americana, sino que fue permanente en los hombres del siglo XIX, toda vez que los soldados europeos que integraron el cuerpo de voluntarios austro-belgas fueron reclutados y conservados en las filas por los beneficios personales que su permanencia en la campaña les pudiera brindar, tal como también sucedió en el bando republicano.

Ahora bien, hablando en lo regional, las aportaciones de esta tesis sobre el proceso de la “aventura mexicana” en Oaxaca son diversas. La primera es que a través de los relatos de tres viajeros es posible conocer dos momentos importantes de este hecho: los antecedentes y las campañas militares que trataron de consolidar el imperio de Maximiliano en la región. En cuanto a los antecedentes, los textos de Charnay y Brasseur nos han permitido identificar en los paisajes, la población e historia de Oaxaca, los atractivos que alentaron misiones por parte del imperio francés. Dado que es un territorio con gran diversidad natural y étnica, ambos viajeros sugirieron principalmente la intervención económica con la migración francesa y el proyecto transísimico en el Istmo de Tehuantepec; así como la intervención científica que en esta región se orientó al estudio y recolección de objetos del pasado precolombino, que por entonces llamó ampliamente la atención del emperador con los proyectos expositivos y coleccionistas en Europa. Por todo esto podemos decir que los franceses percibieron a Oaxaca como la región tropical de México que gozaba de los dos grandes intereses de Napoleón III: las culturas antiguas y la sociedad industrial que ansiaba su materialización en América con la unión de los océanos Pacífico y Atlántico. Asimismo se destaca la descripción sociocultural de la región que muchas veces se difumina, cuando no se suprime en la indagación histórica. Finalmente debemos reconocer que como material literario las dos crónicas fueron útiles para introducir e incorporar la región oaxaqueña en la mentalidad gala.

El moldeamiento y difusión de la conciencia planetaria en el siglo XIX fue permanente por la serie de acontecimientos y cambios que sucedieron tanto en Europa, América y Asia. Los viajes en territorio mexicano que aquí se tratan aportaron información de diferentes índoles. Para sus lectores en Europa la crónica de Charnay dio cuenta de tres aspectos importantes: 1) el contexto de la época de permanente estado de guerra encontraba su antecedente histórico en los años de la evangelización española, pues las prácticas que en ese entonces se implementaron dividieron a su población evitando su constitución nacional (tanto en lo económico como político) durante el siglo XIX. 2) La diversidad de posturas entre España, Inglaterra, Francia y Estados Unidos en relación con la situación de México. El tercer aspecto se limitó al estado de Oaxaca; en esta región el viajero dio cuenta de la gran diversidad de vestigios de la cultura precolombina que subsistían a mediados del siglo XIX, que si bien fueron considerados evidencias del pasado, su permanencia e interpretación por la

población de la época, demostraron el moldeamiento y vigencia de aquella cosmogonía; mientras que para los extranjeros esto demostraba su estancamiento y retroceso.

La fotografía fue una herramienta innovadora que Charnay utilizó para dar veracidad a su misión; logrando gran trascendencia para los estudios históricos, iconográficos y arqueológicos. Los registros visuales que resultaron sin duda fueron imágenes que sorprendieron a sus espectadores contemporáneos, por primera vez la arquitectura prehispánica con sus relieves desgastados, y casi devorada por la naturaleza, tal como estaba en su hábitat, se detuvo en el tiempo sobre un pedazo de lámina. Los registros escritos y gráficos de Charnay se complementaron creando en sus lectores de Europa una idea del territorio mexicano con mayor definición que los registros anteriores. Desde la perspectiva eurocéntrica México no era civilizado y en las categorías de Saint Simon era *immoral*; un espacio del nuevo mundo atravesado por la violencia porque las disputas constantes entre un par de grupos oligárquicos evitaban su configuración nacional, es decir civilizarse. Se añadía además el exotismo permanente en este tipo de literatura que describía paisajes carentes de la tecnología e industria como se concibió en Europa, así como la arquitectura precolombina que evocaba la permanencia de la antigüedad en los indígenas.

El testimonio de Charnay y su contribución a la conciencia planetaria no se limitó a sus lectores en Europa; en México sus fotografías fueron representaciones que también infundieron esta idea. Aunque el texto no apareció en nuestro país sino hasta finales del siglo XIX, sus fotografías fueron difundidas por Julio Michaud en 1858. A través del álbum fotográfico que comentó Manuel Orozco y Berra; y las imágenes coleccionables que la prensa ofrecía a sus suscriptores, se acercaron espacios que en el contexto de inseguridad en los caminos, las dificultades de la naturaleza y técnicas para el desplazamiento al interior de México, limitaba a la población mexicana el conocimiento directo y estudios de aquellos espacios que Charnay facilitaba con sus fotografías. Las imágenes que el viajero francés capturó definitivamente contribuyeron a que también la población mexicana construyera/actualizara una conciencia planetaria que empezaba por reconocer los espacios propios del territorio más próximo, es decir al que pertenece. Asimismo las imágenes que enmarcaron la arquitectura antigua fueron acercamientos para eruditos y curiosos sobre las condiciones en que estos espacios se encontraron. Por todo lo anterior podemos decir que el

viaje y registros de Charnay contribuyeron en gran medida al moldeamiento de la conciencia planetaria de sus lectores decimonónicos ya fuera dentro o más allá de Europa.

El *Viaje por el Istmo de Tehuantepec* de Charles Brasseur se inscribe también en las crónicas que antecedieron y promovieron la “aventura mexicana”. Sus aportaciones contribuyen en gran medida a la contextualización de una de las regiones más ambicionada por las potencias entre 1859-1860. Si bien es cierto que la ruta transísmica y el Istmo de Tehuantepec fueron temas constantes para nacionales y extranjeros del siglo XIX, la realidad es que los estudios históricos que se enfocan en los trabajos de la Louisiana Tehuantepec Company son inexistentes, hasta hace un par de años el estudio detallado de Suárez Argüello permitió subsanar tal ausencia. La recuperación de esta crónica del viajero francés permite incorporarla como una fuente que se debe estudiar al hablar sobre el proyecto transísmico en la época de Juárez. Sus contribuciones a la conciencia planetaria decimonónica fueron principalmente dos: 1) la información que proporciona sobre el Istmo de Tehuantepec representándolo como un cuerno de la abundancia; la diversidad cultural, su historia, población, paisaje y economía dieron cuenta de una región rica que despertaba diversas posibilidades de aprovechamiento y explotación de impacto mundial. 2) el contexto en que se encontraba la obra que dirigía la *Louisiana Tehuantepec Company* mostró las dificultades, limitantes y peripecias que una empresa extranjera sorteaba en territorio mexicano. En este sentido, sus impresiones procuraron bosquejar una interpretación de cómo Estados Unidos y sus ciudadanos proyectaron la gran obra. Este relato de Brasseur no solo aportaba a la conciencia planetaria la idea sobre el territorio mexicano, sino que también bosquejó una imagen de los estadounidenses que habían llegado al Istmo. Una de las grandes contribuciones de Brasseur es que nos habla de un espacio que para el imperio fue muy importante. De realizarse una obra que uniera los océanos Atlántico y Pacífico, diferentes territorios se acercarían permitiendo la difusión de ideas y conocimientos que continuamente enriquecerían la conciencia planetaria. El segundo imperio francés ya había sorteado este tipo de proyectos que promovían la aproximación de espacios: en 1857, los puertos de China se abrieron al comercio extranjero europeo; el tendido de rieles en Francia durante el régimen interconectó al imperio; y en 1859, el canal de Suez se proyectó para la unión del mar Rojo y el mar Mediterráneo.

Las descripciones de la naturaleza, política, sociedad, cultura e historia de México que generaron los viajeros entre 1857-1867, transmitieron a sus lectores una imagen de esta región de América con múltiples características; les indicaba la grandeza del mundo, sus limitantes y cualidades de desplazamiento más allá de Europa; el conocimiento de espacios que apenas y se sabía de su existencia; y finalmente de su lugar individual y nacional frente a otras regiones. De tal forma que podemos considerar que los relatos de viajeros que aquí se tratan contribuyeron a la construcción de la imagen de México como una pieza en el rompecabezas del mundo que Napoleón III trataba de configurar con la sociedad industrial. A diferencia de los testimonios de diplomáticos franceses en México, los relatos de viajeros adquieren una cualidad en este sentido. Por su formato y organización del discurso crearon un perfil del territorio mexicano que permitía medirlo con otros espacios haciéndolo acreedor a un sitio en particular frente a las demás regiones del globo. Esta parte ha resultado ser muy importante para la investigación pues nos habla de la relevancia de este tipo de auto reconocimiento para la sociedad decimonónica de Europa, principalmente de Francia. De esta forma, en el capítulo primero ha quedado demostrado tal interés. Por medio de manifestaciones culturales diferentes se trató de promover una idea del mundo que se medía en su industrialización, potencialidad y por consiguiente “civilización”. Como se ha descrito: las imágenes litográficas y fotográficas; los vestigios arqueológicos; revistas, misiones científicas, la literatura, las exposiciones universales y el coleccionismo; fueron medios que expresaron la atención que recibió la concepción del mundo y los diferentes espacios que lo constituyen, al mismo tiempo que con su publicidad procuraba dar continuidad a estas prácticas.

Desde una perspectiva general de la “aventura mexicana”, esta tesis bosqueja la forma en que el imperio francés dirigió sus empresas en el exterior. Primero fueron los viajes científicos que recogían información que podía interesar al imperio, algo que han demostrado saber tanto Charnay como Brasseur, al conceder gran parte de sus escritos a las dos atracciones principales de Napoleón III: las culturas antiguas y la sociedad industrial. Si bien es cierto que no fueron la única fuente que trataba de atraer su atención —por su parte los mexicanos imperiales y diplomáticos franceses hacían sus propios méritos— sin duda por la narrativa de aventura y las peripecias que debían sortear en esta región de América debemos considerarlo como un texto literario entretenido y bastante sugerente por sus planteamientos

intervencionistas. Posteriormente las acciones militares del segundo imperio se muestran de forma urgente porque no debían desaprovechar el contexto que distanció a Estados Unidos del territorio mexicano; lo que nos lleva a considerar algunas acciones hasta precipitadas. Las esperanzas eran grandes sin embargo, como han demostrado los testimonios de soldados austro-belgas, no podemos negar cierta ligereza en el reclutamiento, organización y desempeño de los cuerpos de voluntarios.

Por su lado la participación de Eggers en esta investigación ha sido de gran significado principalmente porque ha dado voz al cuerpo de voluntarios austriacos. El bosquejo de este sector de la brigada imperial nos ha permitido conocer su organización y acciones tanto en el proceso de instauración monárquico (1864), así como en su desenlace (1867). Debido a que es el único testimonio de algún soldado que recorrió Oaxaca como parte de las campañas militares, su testimonio es de gran valor histórico para la historia regional. Sus memorias hacen tres aportaciones principales a esta investigación: 1) la percepción sobre la población diversa en Europa Central que contribuyó a su idea planetaria de este espacio; 2) La perspectiva geopolítica de concebir a la región de Oaxaca y su población; en relación a otros espacios del territorio mexicano. De tal forma que para él, la calidez de la región, su clima, pasado y población indígena, fueron factores que permearon a la población oaxaqueña lo que explicaba su respaldo al bando liberal. 3) Como tercer aspecto se demuestra que la brigada imperial y el cuerpo de voluntarios fueron heterogéneos en miembros e intereses. Particularmente en el cuerpo austriaco destacó los contratiempos de reclutamiento y permanencia de sus hombres, algo que sin duda demuestra que su falta de solidez fue un factor importante para la coordinación de acciones y disciplina de sus miembros puesto que sus actitudes no ayudaron a afianzar el régimen, siendo más bien una determinante del fin de la “aventura mexicana” en Oaxaca.

La mirada de estos tres viajeros revela el lugar de México y el territorio oaxaqueño en la conciencia planetaria. Sus impresiones y la forma de concebir estos espacios que son testigos, actores y difusores de la reestructuración del mundo, particularmente del territorio mexicano, se forjaron a partir de su vocación e interés primario de viajar y conocer esta región de América. Sus testimonios dan cuenta de la inquietud de estos hombres por catalogar al mundo, en el que distinguieron al otro a partir del propio auto reconocimiento.

La conciencia planetaria tal como la percibieron, registraron y retrataron estos viajeros es de gran valor para la historia que no solo nos permiten conocer la percepción del mundo a través de los hombres decimonónicos, sino la trascendencia, modificación y permanencia de percepciones posterior a la “aventura mexicana”. Como por ejemplo, el papel de México en la comunidad internacional que se continuó representando en las exposiciones universales; la definición y desarrollo de las áreas científicas como la etnografía, historia, arqueología y antropología; la continuación de la misma práctica viajera durante la segunda mitad de la centuria; el registro de los testimonios de viajeros así como el discurso económico y modernizador que se proyectaba en el exterior.

Finalmente, con esta investigación apenas se abre el camino al estudio de la “aventura mexicana” en Oaxaca, motivando temas y enfoques que quedan por estudiar en la región. Esta tesis en particular, da cabida a continuar con la indagación de lo acontecido después de la guerra con Francia. Al mismo tiempo que propone su abordaje desde la perspectiva de viajeros en los años de la República restaurada.

Bibliografía

- Abardía M., F., & Reina Aoyama, L. (1990). Cien años de rebelión. En M. d. Frizzi, *Lecturas históricas del estado de Oaxaca. Siglo XIX* (Vol. III, págs. 435-492). México: INAH.
- Anónimo. (1998). Invitación que hace un oaxaqueño a su suelo patrio. En Oaxaca, *Pensamiento político y social oaxaqueño* (págs. 18-25). Oaxaca: IEEPO.
- Aoyama, L. R. (1999). Poblamiento y epidemias en el istmo de Tehuantepec siglo XIX. *DESACATOS*(1).
- Aoyama, L. R. (Enero-Abril de 2010). Los pueblos indígenas y la conformación del territorio oaxaqueño y el Estado Nacional en la época juarista. *Dimension Antropológica*, 115-145.
- Aoyama, L. R. (2013). *Historia del Istmo de Tehuantepec. Dinámica del cambio sociocultural, siglo XIX*. México: INAH.
- Arce, P. A. (1989). *Brasseur de Bourbourg. Esbozo biográfico*. San Salvador : Academia Salvadoreña de Historia .
- Argüello, A. R. (2013). *El camino de Tehuantepec: de la visión a la quiebra (1854-1861)*. México: Instituto Mora.
- Arrijoa Díaz Viruell, L. A., & Sánchez Silva, C. (2010). La edificación del nuevo orden republicano (1824-1857). En M. d. Romero Frizzi, C. Sánchez Silva, & F. J. Ruíz Cervantes, *Oaxaca. Historia Breve* (págs. 101-124). México: FCE.COLMEX.
- Arrijoa Díaz Viruell, L. A., & Sánchez Silva, C. (2012). Pueblos, reformas y contrariedades agrarias: Oaxaca, 1742-1857. En L. A. Arrijoa Díaz Viruell, & C. Sánchez Silva, *Conflictos por la tierra en Oaxaca: de las reformas borbónicas a la reforma agraria* (págs. 21-42). Zamora, Michoacán : Colegio de Michoacán, UABJO .
- Bazant, M., & Bazant, J. J. (2004). *El diario de un soldado: Josef Mucha en México, 1864-1867*. México : Miguel Ángel Porrúa. El Colegio Mexiquense.

- Bernecker, W. L. (2003). Literatura de viajes como fuente histórica para el México decimonónico: Humboldt, inversiones e. *Tzintzun Revista de Estudios Históricos*, 35-64.
- Berry, C. R. (1989). *La Reforma en Oaxaca. Una microhistoria de la revolución liberal. 1856/1857*. México: Era.
- Biart, L. (2008). La Tierra templada escenas de la vida mexicana 1846-1855. En A. Coste Setién, & M. A. Martínez Cruz, *Cronistas y viajeros de Puebla* (Vol. VI, págs. 225-254). Puebla: Aquamarina Editores.
- Branchetti, I., & Muñoz, A. (1990). Consideración histórica de la soberanía del estado de Oaxaca en 1857. En C. M. Dalton, *Oaxaca. Textos de su Historia. Tomo III* (págs. 186-188). México : Instituto Mora. Gobierno del Estado de Oaxaca .
- Brasseur, C. (1981). *Viaje por el Istmo de Tehuantepec* . México : Fondo de Cultura Económica.
- Bury, J. (s.f.). *Napoleon III and the Second Empire*. Londres: The English Universities Press LTD.
- Burke, P. (2000). *Formas de Historia Cultural*. España: Alianza.
- Carmagnani, M. (2011). *El Otro Occidente. América Latina desde la invasión europea hasta la globalización*. México: COLMEX. Fideicomiso Historia de las Américas.Fondo de Cultura Económica.
- Cervantes, F. J. (1997). *La Batalla de Miahuatlán* . Oaxaca: Gobierno del Estado de Oaxaca.
- Cervantes, F. J. (2012). La resistencia oaxaqueña ante la intervención francesa . En P. Galeana, *La resistencia republicana en las entidades federativas de México*. (págs. 563-585). México : Senado de la República. Gobierno del Estado de Puebla. Siglo XXI editores.
- Covarrubias, J.E. (2015). Riqueza, ilustración y población en el pensamiento mexicano, 1821-1847. En Francisco Altable et. al, *El mito de una riqueza proverbial. Ideas, utopías y*

- proyectos económicos en torno a México en los siglos XVIII y XIX*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Covarrubias, J.E. (1998). *Visión extranjera de México, 1840-1867*. México: Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Históricas. Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
- Chance, J. K. (1990). La edad de oro de Oaxaca . En M. Dalton, *Oaxaca Textos de su Historia.Tomo I* (págs. 206-214). México : Instituto Mora. Gobierno del Estado de Oaxaca .
- Charnay, D. (1994). *Ciudades y ruinas americanas*. México: CONACULTA.
- Chassen, F. R. (2007). ¿Una derrota juarista? Benito Juárez vs los juchitecos . En A. E. Ohmstede, *Los pueblos indios en los tiempos de Benito Juárez* (págs. 37-68). México : UABJO. UAM.
- Chevalier, M. (2012). *La expedición a México* . Puebla : Secretaría de Educación Pública del Estado de Puebla. Colegio de Puebla.
- Chevalier, M. (1983). *México Antiguo y Moderno* . México : FCE. SEP.
- Cunningham, M. (2012). *México y la política exterior de Napoleón III*. Puebla: Secretaría de Educación Pública del Estado de Puebla. Colegio de Puebla .
- Davis, K. F. (1981). *Désiré Charnay. Expeditionary photographer* . New Mexico : The University of New Mexico press Albuquerque .
- Debroise, R. C. (1989). *Sobre la superficie bruñida de un espejo. Fotógrafos del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica .
- Demeulenaere-Douyère, C. (XIII). 1867: Los parisinos descubren el México antiguo. *ISTOR. Revista de Historia Internacional* , 283-311.
- Díaz,L. (1967). *Versión francesa de informes diplomáticos, 1864-1867*. (Vol.2). México. Colegio de México.

- Dupaix, G., & Estrada, A. (1978). *Atlas de las antigüedades mexicanas*. México : San Ángel Ediciones .
- Eggers, B. H. (2005). *Memorias de México*. (W. Astié-Burgos, Ed.) México : Miguel Ángel Porrúa. La H. Cámara de diputados LIX Legislatura.
- Fairbank, J. K. (1996). *China, una nueva historia*. . Chile: Andrés Bello.
- Figuier, L. (1860). *La photographie au salon de 1859* . París : Librairie de L. Hachette .
- Fowler, W. (Julio-Diciembre de 2009). El pronunciamiento mexicano del siglo XIX. Hacia una nueva tipología. *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, 38(38), 5-34.
- Fossey, M. D. (1994). *Viaje a México*. México: CONACULTA.
- Frizzi, M. d. (2010). La Historia Colonial. En M. D. Romero Frizzi, C. SÁnchez Silva , & F. J. Ruíz Cervantes , *Oaxaca. Historia Breve* (págs. 45-81). México : FCE.COLMEX.
- Frizzi, M. d. (enero-abril de 2012). Tres títulos primordiales zapotecos. Una mirada comparativa. *Dimensión Antropológica*, 54, 7-28.
- Galeana, P. (2012). Historia de una quimera: la monarquía como la "salvación" de México. En A. Aguilar Ochoa , P. Galeana , E. Rivera Gómez , L. Herrera Feria , & R. Torres Domínguez , *La intervención francesa en México. En el sesquicentenario de la batalla del 5 de mayo* (págs. 55-71). Puebla : Benemérita Universidad Autónoma de Puebla .
- Gallegos, L. M. (2000). El impacto del repartimiento de mercancías en la provincia de Tehuantepec durante el siglo XVIII: los pueblos de la grana. En M. Menegus , *El repartimiento forzoso de mercancías en México, Perú y Filipinas* (págs. 120-145). México : Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora - Centro de Estudios sobre la Universidad-UNAM.
- Gallegos, L. M. (2007). *Comercio de sal y redes de poder en Tehuantepec en la época colonial* . México: Publicaciones de la Casa Chata. CIESAS. Fomoto Cultural BANAMEX.

- García, G. (1973). *La intervención francesa en México según el archivo del Mariscal Bazaine* . México: Porrúa.
- García, J. E. (2011). *Municipios, cofradías y tierras comunales. Los pueblos chocholtecos de Oaxaca en el siglo XIX* . México : CIESAS. UNAM.
- Hamann, B. (1989). *Con Maximiliano en México. Del diario del príncipe Carl Khevenhüller. 1864-1867*. México : Fondo de Cultura Económica .
- Herrera, M. d. (2014). *Puebla en las exposiciones universales del siglo XIX* . México : BUAP.
- Ionescu, G. (2005). *El pensamiento político de Saint-Simón* . México: Fondo de Cultura Económica.
- Juárez, B. (1990). Los acontecimientos políticos del centro y su influencia en Oaxaca . En C. M. Dalton, *Oaxaca Textos de su Historia. Tomo II* (págs. 245-249). México : Instituto Mora. Gobierno del Estado de Oaxaca.
- Kolonitz, P. (1984). *Un viaje a México en 1864*. México : FCE. CULTURA SEP.
- López, C. H. (2007). Juárez y los militares (1855-1867). En C. Hernández López , & I. Arroyo, *Las rupturas de Juárez* (págs. 161-181). México: UAM-UABJO.
- López, C. H. (enero-julio de 2008). Las fuerzas armadas durante la Guerra de Reforma (1856-1857). *Signos Históricas* (19), 36-67.
- Löwenstern, I. (2012). *México. Memorias de un viajero* . México : FCE.
- Magaña, L. G. (1983). *La intervención francesa en México. La historia de la expedición militar francesa enviada por Napoleón III para establecer el Segundo Imperio Mexicano* . México : Panorama.
- Matthew, L. E. (2007). Indian Conquistadors. Indigenous allies in the conquest of Mesoamerica. En L. E. Matthew, & M. R. Oudijk , *Whose conquest? Nahua, Zapoteca and Mixteca allies in the Conquest of Central America* (págs. 102-126). Oklahoma : University of Oklahoma .

- Medrano, E. R. (mayo-agosto de 2011). Un breve recorrido bibliográfico por la historia de los pueblos zapotecos de Oaxaca. *Dimensión Antropológica*, 52, 57-80.
- Mejía, P. V. (2007). *Los grandes cambios del siglo XIX. Historia de las relaciones internacionales. Segunda Parte*. Colombia: Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- Melville, H. (2011). *Viajar*. España: Gadir.
- Meyer, Jean. (2000). *México en un espejo. Testimonio de los oficiales franceses de la intervención, 1862-1867*, México: CIDE.
- Mongne, P. (2005). Désiré Charnay y la imagen fotográfica de México. En L. López-Ocón, J.-P. Chaumeil, & A. Verde Casanova, *Los americanistas del siglo XIX. La construcción de una comunidad científica internacional* (págs. 41-64). España: Iberoamericana-Vervuert.
- Morales, J. B. (1986). Militares a la mexicana. En L. González, *Galería de la Reforma. Una remembranza y 45 testimonios de Juárez y su México* (págs. 117-122). México: SEP-Cien de México.
- Napoleón III. (1947). *Ideas napoleónicas*. Argentina: Espasa-Calpe.
- Niox, G. (2012). *La Expedición a México. Relato político y militar*. Puebla: Colegio de Puebla.
- Ochoa, A. A. (2001). *La fotografía durante el imperio de Maximiliano*. México: Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Estéticas.
- O'Dogherty, L. (2004). La guardia de la emperatriz Carlota su trágica aventura en México, 1864-1867. *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, 31-76.
- Ortega y Medina, J. A. (1987). *Zaguan abierto al México Republicano (1820-1830)*. México: UNAM.
- Ortega y Medina, J. A. (2015). *Obras de Juan A. Ortega y Medina. Literatura Viajera. Vol. 3*. México: UNAM.

- Oudjik, M. (2008). Una nueva historia zapoteca. La importancia de regresar a las fuentes primarias . En S. Doesburg, *Pictografía y escritura alfabética en Oaxaca* (págs. 89-116). Oaxaca: Secretaría de Cultura, IEEPO, Fundación Alfredo Harp Helú .
- Palmade, G. (1990). *La época de la burguesía*. España : Siglo XXI.
- Payno, M. (1997). La Exposición Universal . En M. Payno, *Crónicas de Viaje* (págs. 59-86). México: CONACULTA.
- Peterson, D. A. (1972). Guiengola. En S. m. antropología, *Religión en Mesoamérica XII mesa redonda sociedad mexicana de antropología* (págs. 281-286). México: Sociedad Mexicana de antropología.
- Pratt, M. L. (2010). *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. . México: FCE.
- Ramírez Sevilla, R., & Ledesma Mateos, I. (2012). El Cuestionario del IV Comité de ña Commission Scientifique Du Mexique ¿Progreso o colonialismo? En C. P. Galeana, *El imperio napoleónico y la monarquía en México* (págs. 429-444). México : Siglo XXI.
- Riviale, P. (2000). *Los viajeros franceses en busca del Perú antiguo (1821-1914)*. Lima : Institut français d'études andines, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Riviale, P. (2005). Las colecciones americanas en Francia en el siglo XIX: objetos de curiosidad, objetos de estudio. En L. López-Ocón, J.-P. Chaumeil, & A. Verde Casanova, *Los americanistas del siglo XIX. La construcción de una comunidad científica internacional*. (págs. 23-39). España: Iberoamericana.
- Rodríguez, José A. (2007) Ciudades y ruinas americanas: la versión nacional. En Revista *Alquimia* (31), págs. 21-23.
- Romero Frizzi, M. d., Sánchez Silva, C., & Ruíz Cervantes , F. J. (2010). *Oaxaca.Historia Breve* . México: FCE. COLMEX.

- Schefer, C. (2012). *La gran idea de Napoleón III. Los orígenes de la Intervención francesa en México 1858-1862*. México: Colegio de Puebla, Gobierno del Estado de Puebla y Secretaría de Educación Pública.
- Stephens, J. L. (2003). *Viaje a Yucatán 1841-1842*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Siller, J. (2014). *Correspondencia México-Francia. Fragmentos de una sensibilidad común*. México : Trilce Ediciones.
- Siller, J. P. (2010). Radiografía de franceses en las urbes mexicanas: tránsito del modelo virreinal al nacional. En J. Pérez Siller, & D. Skerritt, *México-Francia Memoria de una sensibilidad común. Siglos XIX-XX*. (Vols. III-IV, págs. 73-101). Puebla: Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos. Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades "Alfonso Vélaz Pliego" - BUAP. Editorial EÓN.
- Soberanis, A. (2004). Sabios, militares y empresarios. Sansimonismo y exploración científica. En J. Pérez Siller, & C. Cramaussel, *México-Francia: Memoria de una sensibilidad común* (Vol. II, págs. 243-268). Puebla: BUAP, Colegio de Michoacán,CEMCA.
- Sontag, S. (2006). *Sobre fotografía*. México: Alfaguara.
- Tempsey, G. F. (1858). *Mitla a narrative of incidents and personal adventures on a journey in Mexico, Guatemala and Salvador*. Londres : Longman, Brown, Green, Longmans and Roberts.
- Traffano, D. (2012). De cómo el católico fiel resolvió ser ciudadano. Indígenas, iglesia y estado en Oaxaca, 1857-1890. En A. Acevedo Rodrigo , & P. López Caballero, *Ciudadanos inesperados. Espacios de formación de la ciudadanía ayer y hoy* (págs. 71-95). México : Colegio de México. Centro de Investigación de estudios avanzados.
- Trejo, F. (2005). El barco como una ciudad flotante. En A. R. García, *Historia de la Vida Cotidiana. La ciudad barroca. Tomo II* (págs. 141-165). México: COLMEX, FCE.
- Vásquez, C. L. (2008). *Arquitectura y sociedad. Oaxaca rumbo a la modernidad 1790-1910*. México: Universidad Autónoma Metropolitana UAM.

Vázquez, J. A. (2013). *Un sueño monárquico: El proyecto de organización militar del segundo imperio mexicano (1864-1867)*. México : Facultad de Filosofía y Letras. UNAM.

Verne, J. (2003). *Una Ciudad Flotante* . Argentina : Biblioteca Virtual Universal .

Waldeck, F. d. (1996). *Viaje pintoresco y arqueológico a la Provincia de Yucatán, 1834 y 1836* . México : CONACULTA.

Ward, H. G. (1985). *México en 1827*. México: Fondo de Cultura Económica. SEP.

Web

Aoyama, L. R. (septiembre-diciembre de 1994). Los istmos centroamericanos: Nicaragua, Panamá y Tehuantepec. *Dimensión antropológica*, vol.2., 71-94. Obtenido de <http://www.dimensionantropologica.inah.gob.mx/?p=1547>

d'Orsay, M. (2006). *Musée d'Orsay*. Obtenido de Max Berthelin: http://www.musee-orsey.fr/es/colecciones/obras-comentadas/busqueda/commentaire_id/palacio-de-la-industria-6802.html?no_cache=1&S=2

Juárez, B. (2 de Agosto de 2016). *Memoria política de México* . Obtenido de 1855 Ley de Administración de Justicia y Orgánica de los Tribunales de la Federación. Ley Juárez.: <http://www.memoriapoliticademexico.org/Textos/3Reforma/1855LEJ.html>

Marc Maison . (10 de abril de 2016). Obtenido de Exposition Universelle de 1855: <http://www.marcmaison.fr/architectural-antiques-resources/exposition-universelle-de-1855>.

Mey, C. (s.f). *Histarmar*. Obtenido de Historia y arqueología marítima: <http://www.histarmar.com.ar/LineasPaxaSA/01-IndiceGeneral.htm>

Michaud, J., & Charnay, C. D. (13 de mayo de 2016). *Huella de Luz. Investigación sobre el patrimonio visual latinoamericano en acceso libre*. Obtenido de Lado meridional el cuarto palacio en Mitla:

http://lais.mora.edu.mx/huellasdeluz/#contenido;id=hdlrep:MXIM-5-2-2-11/de_listado_id=MiVENGv1.

Rojo, J. R. (15 de febrero de 2014). *Dos visitas a México...¿un sólo país? La mirada en dos libros de Charnay*. Obtenido de Biblioteca Jurídica del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM: //www.biblio.juridicas.unam.mx/libros/7/3481/11.pdf

(1988-2011), B. C. (6 de Noviembre de 2011). *National Archives of Grenada* . Obtenido de National Archives of Grenada:

<https://grenadanationalarchives.wordpress.com/category/heritage-at-risk/heritage/page/3/>

Udenrigsministeriet, D. I. (14 de Julio de 2017). *Danmark I Mexico Udenrigsministeriet*. Obtenido de Danske personligheder i den Mexicanske historie:

<http://mexico.um.dk/da/om-mexico/danske-personligheder-i-den-mexicanske-historie>